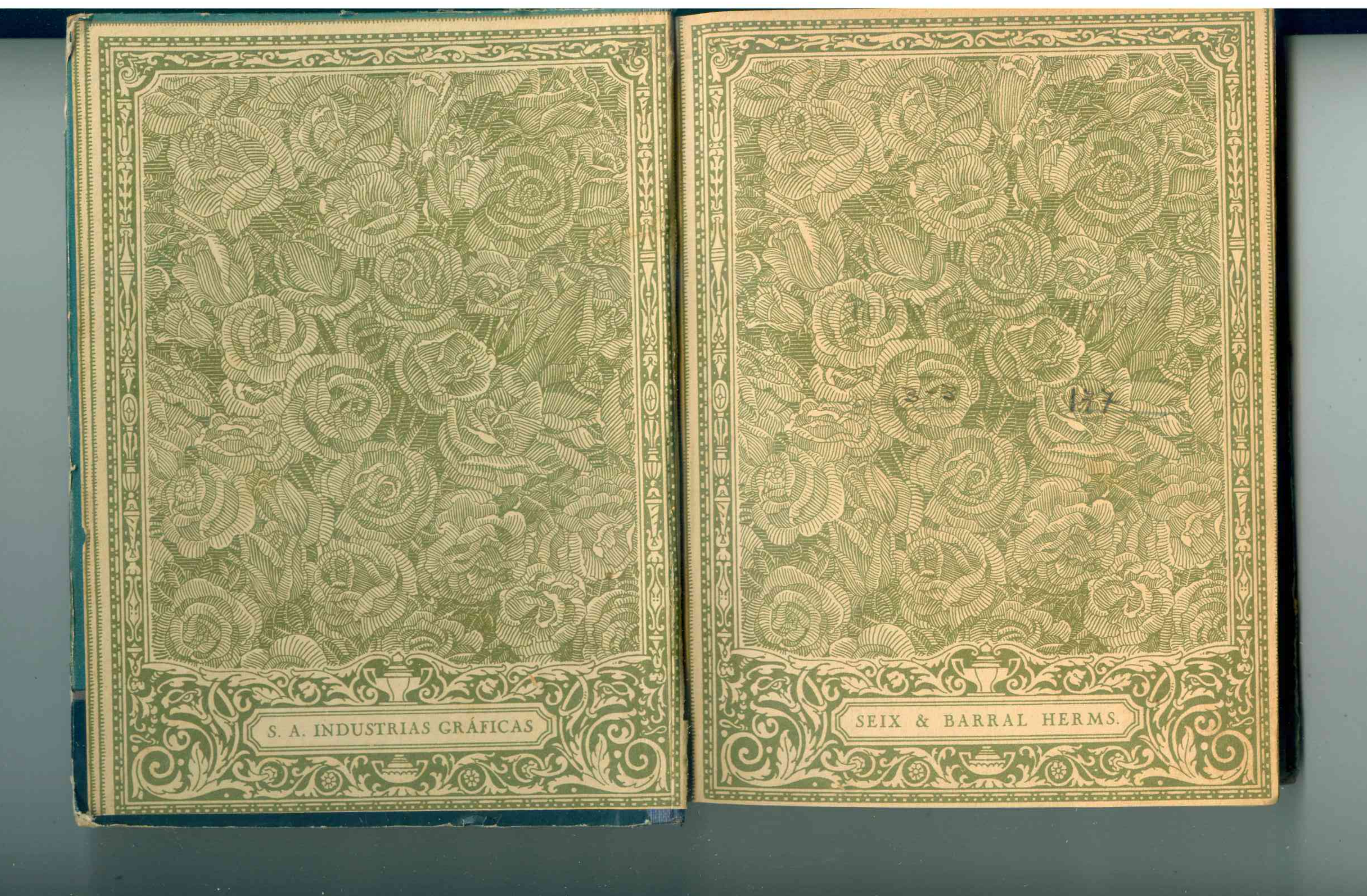
LOS GRANDES EXPLORADORES ESPAÑOLES

EL PAÍS DEL ORO


S. A. INDUSTRIAS GRÁFICAS
SEIX & BARRAL HERMS.
127

A la Biblioteca del Colegio del Atlántico, gustosamente,

Hor Vengoechea.

Mayo 21 de 1933—

FRANCISCO PIZARRO

LOS GRANDES EXPLORADORES ESPAÑOLES

OBRAS PUBLICADAS

El Descubrimiento del Pacífico
(Vasco Núñez de Balboa)
La Fuente Encantada
(Juan Ponce de León)
La Conquista de México
(Hernán Cortés)
El Hijo del Sol
(Pedro de Alvarado)
El País del Oro
(Francisco Pizarro)

EN PREPARACIÓN

La primera Vuelta al Mundo
(Juan Sebastián Elcano)
Siete años de vida errante
(Alvar Núñez, Cabeza de Vaca)

& & &

LOS GRANDES EXPLORADORES ESPAÑOLES
Vol. V

Francisco Pizarro
o
El País del Oro

Narraciones novelescas de la conquista del Nuevo Mundo
por
JOSÉ ESCOFET



1929



I

Porquerizo, soldado, aventurero

Sería interesantísimo ir a buscar a Francisco Pizarro a su encinar extremeño, cuando era un mozuco enzamarrado, pastor en Trujillo de una manada de puercos, para seguir su vida aventurera paso a paso, no dejándole hasta verle muerto a manos de traidores, después que hubo conquistado un imperio y vivido el mito de los antiguos argonautas. Este nuevo Jasón, que también pudo llevar en la proa de su nave un pedazo de encina, no la profética de Dodona, sino de otra encina cuyas bellotas comieron los puercos que apacentara el héroe en su niñez, se hizo dueño del soñado vellocino por un milagro de su voluntad, sin que para nada le hiciera falta el amor de Medea ni el auxilio de ninguna divinidad olímpica: era español y cristiano; lo esperaba todo de Dios y de su esfuerzo.

Sería muy interesante, decimos, reconstruir, en forma novelesca, toda la vida de Pizarro, llena de episodios dramáticos, cuya emocionante realidad supera a cuanto inventar podrían los poetas de más fértil ingenio. Cuanto más leve y pálida fuese la aurora de su juventud, mejor resaltaría la grandiosidad de su ocaso, ¡y qué de aventuras intermedias y lances de amor y de fortuna para graduar el interés de estas páginas, que no se dedican a exaltar la conquista del Perú, sino a poner de relieve cuanto hay de noble, de heroico, de ejemplar, de romántico, en la vida y

hazañas maravillosas del gloriado extremeño! Obsérvese el camino recorrido por Pizarro: de porquerizo a conquistador, y no menos grande que Julio César. ¿Puede darse en la vida de un hombre una más formidable y novelesca ascensión?

Pero sobre los primeros dos tercios de la vida de Pizarro ha querido el destino amontonar las sombras, hasta el punto que apenas se permite algún atisbo a los historiadores mejor documentados. Ello nos pone en el trance doloroso de tener que presentar al héroe de esta historia ya en edad provecta, cumplidos los cincuenta años y colono con escaso peculio en Panamá; pero todavía joven por su ambición, sus ensueños de gloria y su castellana bizarría.

Nos lo podemos imaginar como un viejo soldado de arrogante figura, alto, enjuto, fuerte, todo nervio y fortaleza. Rostro chupado, curtido a todos los soles y a todas las intemperies de Europa y de los trópicos; ojos pequeños y hundidos, donde se acusan las huellas de infinitas privaciones, pero en los que brilla inextinguible la llama de la fe, de la voluntad y de un valor a toda prueba; la nariz recta y prolongada, un poco puntiaguda; el bigote lacio, canoso, y la barba casi blanca, no muy espesa, desigual y revelando la ausencia de todo cuidado. Una verruga pequeña en una de las mejillas, cerca del pómulo derecho, como detalle complementario y característico, y en cuanto a la indumentaria, mejor es pintarle embutido en su armadura, de coraza bruñida, y llameando sobre su capacete el airón de plumas, que vistiendo la ropilla, calzas, jubón, cuello y puños alechugados y sombrerete de media copa, según la moda del reinado de Felipe II; porque no es de creer que Pizarro gastara lujos de cortesano en sus andanzas. Sin embargo, nos sirven de guía para representarnos la figura del héroe, sus retratos, que se conservan en la Sala de Estampas de nuestra Biblioteca Nacional, y allí se encuentra

el descubridor de Nueva Castilla lo mismo vestido al estilo de Pantoja que armado de todas armas, según es costumbre pintar a los grandes conquistadores.

No tenemos nosotros por qué deplorar los detalles del vestido y arreos, sino ese rostro marchito, esos ojos hundidos, esa barba y ese bigote casi blancos, que nos hacen pensar en cinco décadas perdidas para la historia del grande hombre, precisamente todo el tiempo que requería la formación definitiva de su personalidad. ¿Cómo resignarse a pasar por alto los años mozos del héroe; olvidarle en sus primeras luchas; prescindir de sus ilusiones juveniles; dejar en la sombra sus amores, si acaso los tuvo; en fin, no seguirle en sus vicisitudes de cincuenta años, que sin duda diéronle un caudal de experiencia, y temple a su alma, y firmeza de acero á su carácter y admirable cautela para poner freno a los ímpetus exagerados de su osadía?

No hay más remedio.

Ni siquiera se ha podido afirmar la época exacta del nacimiento de Pizarro, que probablemente fué hacia 1471, aunque los antiguos cronistas de Indias, en completo desacuerdo sobre este punto, añaden o quitan años al conquistador del Perú de un modo más caprichoso que razonado. Todos sus contemporáneos que dejaron escrita la memoria de sus hechos, le conocieron ya maduro, y a nosotros nos bastará saber que en 1524, año en que Pizarro se embarcó para explorar los países del Sur de Panamá, es decir, cuando dió el primer paso camino de la conquista y de la gloria, llevaba ya vividos más de diez lustros.

¿Qué había sido de su vida hasta 1524? No porque no podamos seguirle paso a paso desde su infancia renunciaremos a recoger aquí los antecedentes que se le conocen. Son pocos, pero dan la certeza de su humildísimo origen y la seguridad de una vida de aventuras, dura, amarga, cruel, muy a propósito

para templar el alma de un soldado que no temió ni al hambre ni a la muerte, sino sólo a Dios, y observando fielmente sus deberes de buen cristiano, halló fuerzas para resistir a todas las penalidades imaginables y tuvo audacia para afrontar los peligros más espantosos.

Sin embargo, Francisco Pizarro habría sido nada más que un obscuro aventurero, hasta desconocerse a sí mismo, de no habérsele presentado propicias las circunstancias a revelarse un héroe. Un hombre de genio puede morir viejo sin haber hecho cosa extraordinaria en toda su vida, si vivió subordinando su voluntad a voluntades ajenas y le faltó ocasión de realizar su esfuerzo máximo, acudiendo a las grandes reservas, generalmente ignoradas, de su valor o de su inteligencia. La ocasión hace a los grandes hombres, o mejor dicho, los descubre, rompiendo las ligaduras que impedían su crecimiento y desarrollo. Un individuo aparentemente mediocre tendría dentro de sí la estatura de un gigante sin sospecharlo siquiera, y de igual modo otro individuo conformado con las normas de nuestra moralidad y continencia, sería quizás un vicioso y llevaría su vida al desenfreno si hallaba para ello facilidad y ocasión propicia. La exploración constante de nuestra propia personalidad no se acompaña del éxito; a veces nos conduce a lamentables divagaciones, sobre todo cuando falta el acontecimiento exterior, favorable o adverso, que nos pone en situación de descubrir cómo somos individualmente y lo que valemos.

Así hay hombres, como Pizarro, cuya historia comienza a los cincuenta años de su existencia, si no a los sesenta, setenta o todavía más viejos, o dos horas antes de morir; pues hasta haber realizado aquellos grandes hechos que decoran su vida y que dejaron imperecedera memoria, fueron hombres obscuros, sólo a medias nacidos, advertido que la parte más considerable y preciosa de sus aptitudes, de su efectivo en energías, valor, virtud o talento, tardó en manifestarse lo que estuvieron ellos viviendo en la mediocridad.

A nosotros nos duele no saber de Francisco Pizarro los lances juveniles; mas, hasta cierto punto, el destino es justo al dejarlos apagados en la noche de los tiempos: serían lances de una historia interesante, pero vulgar. La vivieron igual o parecida incontables españoles de los siglos XVI y XVII, los aventureros de Italia, de América, de Flandes. Pizarro es un grande hombre y le trataremos asiduamente en este libro desde su advenimiento a la noble categoría donde le ha conocido la posteridad. De su vida anterior, azarosa y obscura, se sabe lo que, aderezado a nuestro modo, hallará el lector a continuación.

* * *

Nació Francisco Pizarro en Trujillo, Extremadura, y era paisano, por consiguiente, de otros célebres conquistadores, como Hernán Cortés y Vasco Núñez de Balboa, también extremeños, aunque Cortés era de Medellín y Vasco Núñez había nacido en Jerez de los Caballeros. Hijo de Trujillo, como Pizarro, fué aquel famoso capitán Diego García de Paredes, amigo y compañero de Gonzalo Fernández de Córdoba en las campañas de Andalucía y de Italia, a quien se llamó el "Hércules de España" y el "Bayardo español" por su fuerza de titán y su valor insuperable. Dicen que de niño detenía con la mano la rueda de un molino girando a su mayor velocidad, y a los doce años ya guerreaba contra los portugueses.

En edad tan tierna Francisco Pizarro guardaba una manada de puercos, haciendo vida apacible y pastoril bajo las encinas y

en los castañares, mientras su ilustre paisano, que entonces tendría veinticinco años, iniciaba la serie de sus grandes proezas, luchando contra los musulmanes, y era armado caballero por Fernando V.

La fuerza extraordinaria de García de Paredes la tendría Pizarro en la voluntad, más dura que las peñas graníticas de su país. Así, cuando dice el cantar:

Si fueres a Trujillo,
Por donde entrares
Hallarás una legua
De berrocales...

puede añadirse: "Y hombres como García de Paredes por sus puños; como Francisco Pizarro por su asombrosa firmeza de carácter, que no cede en resistencia al mismo berrocal".

Toda la vida del pobre porquerizo, más tarde conquistador de un imperio en un mundo hasta entonces desconocido, sería un formidable ejemplo de voluntad, la carrera del que los ingleses llaman ahora un *self-made-man*, el hombre que se hace a sí mismo y a todo llega por su solo esfuerzo.

Pizarro, aunque hijo de un coronel de infantería que logró distinguirse en las guerras de Italia y de Navarra, fué desgraciado al nacer; pues habido de un mal encuentro de amor entre el militar andariego y una mujer humilde, la madre hubo de avergonzarse de serlo y abandonó el tierno retoño en la puerta de una iglesia. Llamábanse los padres Gonzalo Pizarro y Francisca González; pero el niño abandonado no los tiene, y cuentan que Pizarro mamó de una puerca, por faltarle el pezón materno, y creció entre las bestias, a la buena de Dios.

Cuando pudo tenerse en pie y sirvió para algo, debieron recogerle unos pastores, por supuesto para explotarle, que no para atender a su educación; y a cambio de un mendrugo de pan negro, apacentó Pizarro puercos en el encinar. ¿Cuánto tiempo estuvo en tan innoble compañía? Imposible nos sería precisarlo. Se ha supuesto que un día se le desbandaron los puercos que cuidaba, perdiéndose algunos, y por temor a las iras de su amo, huyó no se sabe adónde.

Francisco, crecido entre peñas, diestro en el manejo de la honda, endurecido a golpes su pobre cuerpo, sucio y mal cubierto de harapos; sin padres, sin hogar, sin el más rudimentario conocimiento del mundo y de la vida, tenía abiertos ante sí todos los caminos; pero era igual que echara a andar hacia el Norte como hacia el Sur, lo mismo que torciera por Oriente como por Occidente.

Es indudable que jamás se inquietó pensando en el porvenir, hasta que los cerdos se le desperdigaron, cambiando así su fortuna. Porque ¿qué sabía él de otros mundos más allá de Trujillo? Tumbado boca arriba, sobre la hierba, y fijos los ojos en la urna de cristal inmensa, como se le aparecía la bóveda celeste, debió pensar, si es que pensó: "Allí está Dios, en lo alto; aquí, conmigo, sólo hay puercos... y no sé más".

Filosofía muy triste, pero lógica en quien no conoció una caricia maternal y únicamente supo de la compañía de los hombres por el dolor de las puñadas y pellizcos. Así, cuando quiso su suerte que se desbandara la piara, escapó a los rigores del amo, tal vez diciendo: "¡Bah! Cerdos debe haberlos en todas partes, y más duro que el de aquí no será el mendrugo que me den allí donde el azar me lleve. ¡Huye, Francisco!"

Y huyó. El sendero que siguieron sus pasos no ha podido hacerse histórico, pero lo conocieron antes y lo han seguido después muchos infortunados.

* * *

Tendría Pizarro unos veintidós años cuando regresó Colón de su primer viaje a América, trayendo las nuevas de su transcendental descubrimiento, que asombrarían a la corte de los Reyes Católicos y harían desbordar la imaginación ardiente de todos los españoles. ¡Un nuevo mundo para España y para la Cruz! ¡Un nuevo mundo abierto también a la ambición justa y legítima de los desheredados de la fortuna! No se sabía aún a ciencia cierta si el mundo hallado más allá del Océano era grande o pequeño, pobre o rico; pues los informes de Colón, ilustrados con la presencia de algunos indios, pájaros de vistoso plumaje y una colección de plantas exóticas, eran referencias todavía muy inciertas e insuficientes. Pero Colón había traído también oro, poco, pero tentador, aunque las muestras fueran leves y escasas, y, además, quedaba demostrado que se podía navegar hasta al otro lado del mar. Es decir: era ya seguro que el mar tenía otra orilla. La curiosidad, el ansia de aventuras y el deseo de riquezas se apoderaron de los españoles, impacientes por ver de cerca aquellas maravillas de que hablaba Colón, y "hasta los sastres se volvieron exploradores", según la expresión usada por el célebre navegante genovés.

No es de creer, ni lo asegura ningún autor, que Francisco Pizarro, el desarrapado porquerizo, acompañara ya a Colón al regresar éste, en noviembre de 1493, a las tierras descubiertas allende los mares. Probablemente estaba entonces el mozo de Trujillo guerreando en Italia, pues no halló modo mejor de ganarse la vida que desafiar la muerte haciéndose soldado. Era el camino de todo aventurero español mientras se desconoció el de las Indias, y Pizarro, al abandonar sus puercos, por fuerza había

de entregarse a la vida de aventuras. Joven, fuerte, independiente, sin familia y más pobre que el hambre, ¿adónde iría que mejor empleo se le diera? ¿Cómo no preferir el arcabuz al cayado si era mozo y habría sido vergüenza continuar vistiendo la zamarra después de haberse rebelado contra su destino?

Aunque no sabía leer ni conocía otro mundo que el encerrado en el berrocal de su rincón extremeño, de la vida del soldado algo oyó decir a los pastores. Vida azarosa y llena de peligros, pero atrayente para un muchacho mal avenido con el pedazo de hogaza y el plato de migas a que le condenaba su miserable profesión de porquerizo. Ver otras tierras, correr la suerte, vestirse de guerrero, eso era preferible a cuidar cerdos, sobre todo si, además, le permitía esperar el reparto del botín y ¡quién sabe si llegar a general!

Cuando el escapado de Trujillo se vió en la necesidad de mendigar el pan en los caminos o buscarse otro amo, debió acordarse de lo que había oído referir acerca de la vida de los soldados, y sin pensarlo mucho, se enganchó en la primera leva. Fué a Italia. No está plenamente demostrado, pero lo asegura, entre los antiguos cronistas, Pizarro y Orellana, su pariente. En Italia, si estuvo en Italia, o en donde estuviera, vivió obscuramente, sujeto a las vicisitudes del hombre de guerra, que desafía la muerte con escasas esperanzas de gloria. La gloria le estaba esperando en el Nuevo Mundo descubierto por Colón, y con Colón se embarcó (es lo más probable) en 1502, cuando ya llevaba más de diez años de rodar por los campos de batalla y tenía su cuerpo las cicatrices que en un soldado dan testimonio de experiencia y de bravura.

* * *

En los primeros dos lustros de exploración de las tierras americanas, las correrías de los españoles apenas rebasaron las Antillas, pues aunque Colón supuso la existencia del continente cuando descubrió la desembocadura del Orinoco, no pudo adentrarse en él. Todas las colonias que fundó fueron isleñas. Sin embargo, sabíase en el Viejo Mundo que las tierras ultramarinas tenían una extensión inmensa, pues ya Juan Cabot y su hijo Sebastián habían visto la costa de Nueva Escocia, Vicente Yáñez de Pinzón había descubierto el Brasil — del que luego tomaría posesión en nombre de su país el portugués Pedro Álvarez Cabral — y Américo Vespucio, padrino del Nuevo Mundo por capricho de la suerte y no por méritos, tenía hechos dos viajes y había dado sobre los mismos muy abundantes informes. Toda Europa mostrábase interesada por aquellos países desconocidos de los que se contaban maravillas, aunque toda Europa también, excepto España, temía arriesgar intereses y vidas en exploraciones que la experiencia había demostrado eran en extremo peligrosas. La nación española, por el contrario, al mismo tiempo impulsada por su ardiente fe, por su ambición y por un romanticismo de raza, deliraba de entusiasmo pensando en la conquista de Ultramar.

España, que había descubierto el Nuevo Mundo, debía ser asimismo la primera en explorarlo y en convertir a sus habitantes a la religión cristiana, sacándoles de su idolatría y educándoles a la manera de Europa. ¡Labor gigantesca que ninguna otra potencia del viejo continente, salvo Portugal, pueblo hermano del español, se atrevería a emprender, ni aun tentada la codicia de príncipes y aventureros por el oro americano; pues se creía en la existencia de verdaderas montañas de oro al otro lado de los mares! Inglaterra estuvo vacilando todo un siglo.

Pero reinaban en España Isabel y Fernando, cuyo celo por

el engrandecimiento de la patria sólo podía compararse a su entusiasmo por ganarle devotos a la Cruz, y además, el pueblo español era un pueblo de soldados y de soñadores. Después de ensanchar Castilla, barriendo a los infieles de su suelo, ¡qué gloriosa empresa sería *ensanchar* el mundo, sacando de las tinieblas de lo ignorado nuevos y vastísimos países ganados para Dios, para España y para la civilización!

Mucho pudo la fe, mucho hizo el ímpetu de una raza templada al fuego de una lucha ocho veces secular; lo que faltara de impulsión para acometer la incomparable hazaña lo daría la sed de riquezas, que ha sido propulsora de tan grandes movimientos de la Historia.

Mientras los Reyes Católicos se preocupaban por la educación de los indios y enviaban al Nuevo Mundo misioneros encargados de predicar la doctrina de Cristo; mientras se proveía a las necesidades espirituales de los pueblos que se iba a someter y se facilitaban medios para la enseñanza de las primeras letras, los hombres que se embarcaban dispuestos a marchar a la conquista eran en su mayor parte aventureros como Francisco Pizarro, soldados sin fortuna que se habían jugado cien veces la vida y a quienes sólo se podía pedir resistencia para hacer frente a todas las privaciones y corazón para no amedrentarse ante los peligros. No eran los ricos los que se iban, sino los pobres; no los dichosos, sino los desesperados, y se iban pensando que su destino era un albur, que podrían volver con un talego de oro substituyendo a su hatillo de soldado; pero era más probable — y lo sabían también — que no volvieran nunca, muriendo de mala muerte y Dios sabe después de qué horribles tormentos.

Entre aquellos hombres avezados a los rigores de la guerra y a las miserias de la paz, maltratados por la suerte, maestros en picardías, duros de corazón, que el hambre y los sueños de gran-

deza inconfesados hacían parecer animosos al lanzarse hacia lo desconocido, Pizarro era uno de tantos.

Confundido entre los más humildes, entre los más obscuros, cruzó el mar cuando ya tenía treinta años, sin que sus aventuras en el Viejo Mundo le hubieran reportado lustre para su nombre ni metal para su bolsa. Era tan pobre como en sus tiempos de porquerizo. Había corrido tierras, pero sin provecho. Es decir: algo podía aprovecharle la experiencia adquirida en el trato de sus semejantes y en el rudo y constante batallar, unas veces contra enemigos de España, otras veces contra la adversa fortuna. De modo que llegó a las Indias no siendo nadie, pero con ganas de ser alguien si hallaba ocasión adecuada y dependía de su voluntad el distinguirse de sus compañeros.

Esa ocasión la estuvo esperando probablemente en Santo Domingo, empleándose entretanto en correrías por las islas donde Colón había fundado las primeras ciudades. Cuando se trató de aventurarse en Tierra Firme, penetrando el continente donde Colón había ya intentado poblar sin conseguirlo, a causa de la ferocidad de los indios, Francisco Pizarro formó parte de la expedición y se puso bajo las órdenes de Alonso de Ojeda, tan audaz como desgraciado en sus empresas. Otra expedición salió al mismo tiempo de La Española, dirigida por Diego de Nicuesa; pero ésta anduvo rezagada y tomó distinto rumbo. El que había tomado Ojeda, fiel a la jurisdicción señalada por Fernando el Católico, que comprendía desde el cabo de la Vela hasta la mitad del golfo de Urabá, era el camino del desastre*.

Aquí comienza Pizarro a distinguirse, pero ¡en qué terrible situación! Ojeda y sus hombres, después de haberse batido desesperadamente contra los indios, que en todas partes les recibían

* Véase *Vasco Núñez de Balboa o El Descubrimiento del Pacífico.*

con una lluvia de flechas envenenadas, se refugiaron en unos cerros al Oriente de la ensenada, fundando allí el pueblo de San Sebastián, que debe recordarse como teatro de infinitas miserias. Es difícil que Pizarro hubiera conocido antes, a pesar de su vida infeliz, adónde puede llegar el dolor humano.

Como quiera que al referir las peripecias de la busca y conquista del Perú, o sea al tratar de la empresa a la cual debe Pizarro su puesto en la Historia, nos será inevitable insistir muchas veces en la descripción de cuadros de horror semejantes al de la desdichada colonia de San Sebastián, de momento podemos pasar por alto esos tristes pormenores. Recordamos la trágica expedición de Ojeda a Tierra Firme porque con ella iba Pizarro, siendo en este lance de la epopeya española en el Nuevo Mundo cuando suena su nombre por primera vez.

Ello fué que Ojeda, jefe de la expedición, viéndose encerrado en San Sebastián y habiendo ya consumido las provisiones, cuando el desaliento se había apoderado de sus hombres, que se caían muertos de hambre, decidió volverse a La Española en busca de socorro; pues el que esperaba de un asociado suyo, Martín Fernández de Enciso, esperólo en vano y los hombres hambrientos estaban a punto de amotinarse.

Buscó el jefe entre sus soldados uno que por su valor y cautela pudiera asumir el mando de la colonia, mientras él estuviese ausente, y eligió a Pizarro, el más discreto y aguerrido.

— Vos seréis quien mande — le dijo al despedirse —; pues tenéis corazón y sabéis haceros respetar. Si no vuelvo dentro de cincuenta días, disponed de vuestra suerte como mejor os pareciere.

Embarcóse, se fué y no volvió más.

Ya tenemos, pues, a Pizarro capitán de una pequeña tropa; pero de una tropa derrotada, hambrienta y al borde de la deses-

peración. Eran en junto sesenta hombres los que se quedaron en San Sebastián casi sin esperanza, y al buen Pizarro, que se acercaba a los cuarenta años aguardando la ocasión de hacer fortuna, no debió parecerle aquélla la mejor ocasión. No lo fué, ciertamente; porque pasados los cincuenta días que había puesto Ojeda de plazo, y cuando Pizarro quiso embarcar a sus hombres en dos navichuelos que tenían, resultó que aquellos barcos eran insuficientes, y — se dice con mucha sencillez, pero es espantoso — los sesenta desventurados exploradores esperaron a que el hambre y la miseria redujeran su número.

Por fin, ocurridas algunas bajas y apretujándose los supervivientes en los pequeños bergantines, se hicieron a la mar. Uno de los barcos se hundió; el otro, a bordo del cual iba Pizarro, pudo encontrar la nave de Enciso, aquel de quien Ojeda había esperado tanto tiempo la salvación.

* * *

Cuando Enciso recogió a los náufragos de San Sebastián, no sentíanse éstos con ganas de nuevas aventuras; pero el socio de Ojeda quiso intentar un nuevo desembarque en Urabá, puesto que en la empresa tenía comprometido su dinero; así es que trató de convencer a los reacios, y, venciendo al fin su resistencia, puso proa a la costa. Dos eran las embarcaciones de Enciso y venían bien provistas de hombres, caballos, armas y bastimentos, de modo que podía hacerse un segundo ensayo de exploración continental. Desgraciadamente, la nave capitana naufragó, perdiéndose cuanto en ella iba, menos los hombres, que se arrojaron desnudos al mar. Los indios supieron aprovechar las circunstancias, tan favorables a ellos, y recibieron a los españoles a flechazos.

Quizás allí se presentó otra ocasión a Francisco Pizarro para

destacarse y hacerse dueño de los destinos de aquella pobre gente. No fué él quien se impuso, sin embargo; fué otro hombre, grande también en la historia del Nuevo Mundo, y Pizarro, acaso por humildad, tal vez por no tentarle ahora la ocasión, cuando acababa de pasar por tan graves reveses, permaneció obscurecido. El hombre que supo imponer su autoridad a los derrotados expedicionarios, animándoles con su ejemplo, confortándoles el ánimo abatido con su palabra, fué Vasco Núñez de Balboa, a quien le estaba reservada la empresa gloriosa de descubrir el Pacífico.

Balboa conocía bastante bien las costas del golfo donde se encontraban, por haber acompañado a Rodrigo de Bastidas en una anterior expedición. Ese conocimiento de la geografía del país, por supuesto muy rudimentario, pero precioso en aquellos momentos, le sirvió para ganarse la adhesión de todos sus compañeros, aunque se respetara la jerarquía de Enciso. En dos viajes, pues no cabían todos los náufragos en los barcos que quedaron en situación de poder hacerse a la mar, trasladáronse a la otra orilla del golfo, junto a la desembocadura del río Darién. Allí, después de haber sostenido una ruda y victoriosa batalla con los indios rebeldes, cinco veces superiores en número a los españoles, fundaron el pueblo de Santa María la Antigua, nombrado así en recuerdo de una imagen de la Virgen que se veneraba en Sevilla.

* * *

Si en todas esas andanzas y desventuras podía Pizarro acostumbrarse a toda suerte de sufrimientos y riesgos, fortaleciendo así su ánimo y adquiriendo práctica de explorador, por otra parte las discordias políticas que de continuo surgían entre los mismos españoles, todos ambiciosos y muchos indisciplinados, le

iniciaron en el conocimiento del corazón humano, dándole aquella templanza, aquella serenidad de juicio, aquella súbita penetración necesarias a un hombre que llegaría a tener, con el tiempo, muy vastos dominios, siendo jefe a la vez de una importante fuerza militar. Eran, por supuesto, disposiciones naturales desarrolladas por una larga y dolorosa experiencia, que venía a suplir, al cabo de los años, el cultivo que no tuvieron en la juventud del grande hombre.

Viviendo en Santa María la Antigua y en condición de subalterno, Pizarro asistió a las luchas de los partidos de Enciso y de Balboa, porque estos dos se disputaron la gobernación de la orilla del golfo conquistada. Vió entrar luego un tercero en discordia, aquel Diego de Nicuesa que salió de La Española con sus expedicionarios al mismo tiempo que Ojeda, y a quien le estaba señalado por jurisdicción precisamente el territorio donde se habían establecido Balboa y Enciso. Estos dos rivales creyeron solucionar su querella enviando a buscar a Nicuesa, cuya expedición había resultado tan desastrosa como la de Ojeda, en lucha continua con los indios hostiles, con los elementos desatados y con mil plagas funestas que diezmaron a los intrépidos exploradores.

No vamos a entrar en los detalles de la disputa entablada entre Nicuesa, Enciso y Balboa sobre a cuál de los tres correspondía el mando de la colonia. A todos asistía el derecho, pero fué Balboa el más fuerte y el más astuto; supo conquistarse la adhesión de los expedicionarios y se hizo el amo.

La conquista del Nuevo Mundo debían realizarla los hombres audaces, y la audacia es absolutamente opuesta a los escrúpulos. Crueldad inaudita fué obligar a Nicuesa a que se embarcara en un navichuelo ruin con sólo unos cuantos hombres y muy escasos bastimentos, sabiéndose que podía muy bien naufragar y

perderse, como así aconteció. Asimismo fué una cruel injusticia meter a Enciso en la cárcel, para forzarle después a que se volviera a Santo Domingo. Pero el mismo Balboa sería víctima también, andando el tiempo y realizadas las proezas que han hecho famoso su nombre, de aquellas luchas fratricidas de la política colonial, muriendo a manos del verdugo. Le fué cortada la cabeza afrentosamente, y sin embargo ¡había descubierto el Mar del Sur y acrecentado los reinos y señoríos de la corona de España!

No eran hombres intachables, los conquistadores españoles, ni podían serlo. Defendían su ambición como su vida, y su vida estaba constantemente como una moneda expuesta en un juego de azar. Los peligros continuos, las penalidades infinitas por que pasaban aquellos hombres de hierro, exigían una compensación: la libertad para las iniciativas individuales, libertad que no podía obtenerse, en aquellos tiempos, sino saltando por encima de la ley, algunas veces, y acallando las protestas de la conciencia. ¿Acaso no se cometen ya, en la política de nuestro siglo, grandes arbitrariedades y tremendas injusticias? Se han dulcificado las costumbres, ha obtenido sus más gloriadas conquistas la democracia, se ofrecen toda clase de facilidades para la libre manifestación del talento y de las energías del individuo, y no obstante, todavía hay traidores y se pagan asesinos. Ahora se suprime al rival molesto de mil distintos modos y hasta hay medio de hacerle morir sin que nadie se entere y evitando la efusión de sangre; lo que no hay ahora es el valor necesario para dar la cara en una lucha de igual a igual y aceptar las consecuencias de la propia ambición, que suele ocultarse bajo la máscara de una sonriente y suave hipocresía. No han cambiado sino las apariencias y, en cierto modo, los procedimientos; pero, en el fondo, agazapado bajo la piel de conejo que le impuso la moderna civili-

zación, está el aventurero insaciable que escala por sorpresa los altos puestos y no vacila ni ante el crimen para satisfacer sus pasiones.

¡Qué no había de pasar en el siglo XVI y entre los aventureros que fueron a la conquista del Nuevo Mundo! Todos, o casi todos, podían haber labrado la misma divisa en el bruñido acero de su espada: *O faja o caja.* O la faja de general adelantado o la caja mortuoria; o subir o morir.

No se atropellaba la ley descaradamente, pero había modo de sortearla, como ahora, y aun de convertirla en arma injusta. Balboa no dejó a Nicuesa a merced de las olas sin que ello se hubiese acordado antes en cabildo, ni arrojó a Enciso de la colonia del Darién sino cuando le hubo formado proceso, acusándole de haber usurpado una jurisdicción. De igual manera al ser Balboa ejecutado por haberlo querido así Pedrarias, su suegro, fué cumpliendo una sentencia que recayó sobre el descubridor del Pacífico, después que se le hizo pasar por rebelde a las disposiciones del rey, representado en la persona del rencoroso y cruel gobernador.

En Vasco Núñez de Balboa, descendiente de una casta de hidalgos, hombre de corazón duro como todos los conquistadores, pero también de clara inteligencia y de una intrepidez insuperable, pudo hallar Francisco Pizarro su maestro. Nunca tuvo jefe más querido. A la bravura sin par, al don de mando, al gran temperamento — como diríamos ahora — de Vasco Núñez, se unían las gracias del héroe, pródigamente dotado por la Naturaleza. Alto, gallardo, buen mozo, gentil y fuerte a la vez, seducía por los atractivos de su persona, al mismo tiempo que admiraba por el alarde, constantemente repetido, de su valor y de su talento.

Pizarro fué uno de sus más fervientes partidarios, y no pasaron inadvertidas a la penetración del jefe las excelentes disposiciones y la fidelidad de su paisano, a quien tuvo siempre en gran estima, distinguiéndole de los demás expedicionarios. A Pizarro encomendó el mando de la primera fuerza exploradora que salió del Darién, y después, durante la terrible y gloriosa expedición a través del istmo, que dió por resultado el descubrimiento del Mar del Sur, varias veces solicitó su colaboración para empresas parciales, fiando mucho en su prudencia y serenidad.

Quiso el destino que fuera precisamente Pizarro quien, años después, y obedeciendo las órdenes del gobernador Pedrarias, detuvo a Balboa, acusado de rebelde, y le llevó adonde le esperaban la injusticia y la muerte. Balboa reprochó a su antiguo amigo aquel proceder; pero Pizarro, que cumplía un doloroso mandato de sus superiores, bajó la cabeza y no supo cómo contestar. Debió sentir en aquellos momentos una de las más intensas amarguras de su vida.

* * *

Fué ejecutado Balboa en 1517, cuando tenía cuarenta y dos años. Todavía le aventajaba de algunos Pizarro. Era éste un soldado de mucha experiencia, muy sufrido en los trabajos, muy audaz ante el peligro, muy diestro en el manejo de las armas. Le tuvo Ojeda en consideración, le distinguió Balboa, otorgóle Pedrarias su confianza y fué uno de los primeros europeos que vieron las aguas azules del Pacífico; pero con todo y a pesar de tan larga y fatigosa carrera, ni medraba ni conseguía sacar su nombre de la obscuridad.

El que nació sin padres en Trujillo, era capitán en tierras del Nuevo Mundo, pero capitán subordinado y sin fortuna. Trasladado a orillas del Mar del Sur, donde se fundó Panamá, se ocupaba en frecuentes correrías y pequeñas exploraciones, pero

apenas con fruto. Otros conseguían tesoros y esclavos; para él no había más que los peligros, siempre en guerra con las tribus vecinas, y aunque muy querido de sus soldados y estimado de sus jefes, no contaba con otros bienes que una poca tierra de cultivo, su reputación de valiente, su espada puesta al servicio ajeno y su ambición muy callada y oculta en el fondo del alma.

Es muy posible que Pizarro, recordando su origen humildísimo, sintiera una invencible timidez, no atreviéndose a revelarse ambicioso. Jamás demostró jactancia y siempre hubo ponderación en sus sentimientos. Así pudo esperar años y más años el premio a sus afanes sin demostrar impaciencia. Debióse a su humildad o a su fe firmísima de cristiano que no se apresurara en la búsqueda de su bien; pero es indudable que alimentaba una ambición, y esa ambición hubo de concretarse, halló su objetivo cuando se tuvieron vagas referencias del Perú, país del que contaban los indios maravillas.

La primera vez que Pizarro oyó hablar del Perú fué durante aquella intrépida excursión a través del istmo, bajo el mando de Balboa. Las distintas tribus con las cuales se tropezaron los españoles dieron informes acerca del país de los Incas, y si Balboa no hubiese tenido por enemigo un hombre tan feroz y vengativo como su suegro, quizás hubiera sido Balboa y no Pizarro el conquistador. Este último atravesó de nuevo el istmo acompañando a don Pedro Arias Dávila, que fué gobernador de Panamá, y nuevas noticias del Perú, recogidas al paso de los expedicionarios, sirvieron de acicate a la fantasía de aquellos que esperaban atesorar riquezas y subyugar naciones.

Entre los colonos españoles que se establecieron en Panamá, es decir, a orillas del Pacífico, uno se adelantó a Pizarro en el empeño de explorar las soñadas tierras del Perú. Fué Pascual de Andagoya, que en 1522 recorrió la costa hacia el Sur, pero

sin éxito. La empresa llegó a considerarse casi imposible. Sin embargo, era el sueño dorado de Pizarro llegar hasta aquellos países desconocidos, de los cuales hablaban los indios con tanto entusiasmo y encarecimiento.

¡Ah, si el viejo capitán hubiese sido rico para acometer la empresa por su cuenta y riesgo! Porque el jefe de la expedición había de costear de su propio peculio los gastos de la misma. Mientras Pizarro, todavía obscuro, le daba vueltas, en las horas de meditación que le brindaba el descanso, a esta idea fija, ya Hernán Cortés había culminado la conquista de México y era gloriado en su triunfo, otorgándole Carlos V los más altos honores.

Al fin encontró Francisco Pizarro, que había comenzado a comunicar sus planes a los españoles ricos de Panamá, dos hombres capaces de prestarle poderosa ayuda. El uno, Diego de Almagro, era un viejo soldado como él, también pobre y valiente, también hijo del amor aventurero; pero sabía leer y escribir correctamente, teniendo sobre su camarada esta ventaja de la educación. El otro colaborador, Hernando Luque, vicario de Panamá, se agenció el dinero necesario, que obtuvo del legista Espinosa. Se vino a formar a modo de una compañía en la que Pizarro y Almagro aportarían su esfuerzo y experiencia, mientras Luque, apoderado de Espinosa y al mismo tiempo sacerdote digno, sabio y bueno, facilitaba el capital. El gobernador Arias Dávila otorgó a regañadientes el permiso para la expedición, luego de obtener la promesa de que se le daría parte de los beneficios sin tener que contribuir ni en lo más mínimo en los gastos.

De este modo, en el año de gracia de 1524, cuando Pizarro llevaba más de veinte de residencia en el Nuevo Mundo y veía blanquear su barba; cuando tenía vista la muerte a dos pasos en mil distintas ocasiones, y moral y físicamente se hallaba tan

curtido, tan familiarizado con los riesgos y el dolor, que ya nada, si no fuera la justicia de Dios, podía intimidarle; aquel que de mozuelo fué pastor de cerdos, se dispuso a emprender su marcha camino de la inmortalidad, para ejemplo perenne de cuantos, habiendo nacido desgraciados, hallan fuerza en la fe y en su voluntad para ascender y corregir las crueldades de la suerte.

Vamos a dar principio a la narración de las proezas de Pizarro. Hasta ahora apenas hemos podido entrever al héroe, hilvanando retazos de su vida obscura. En adelante verá el lector al insigne hijo del azar, rotas ya las ligaduras que le tenían sujeto a una humilde condición, crecer y desarrollarse rápidamente, por lo que se refiere a su talla heroica, hasta ponerse a la altura de un Alejandro, para gloria suya y de España.

II

Rumbo al país del oro

Para una muy pequeña ciudad como era Panamá, pocos años después de su fundación, los preparativos que hicieron Pizarro y Almagro, disponiendo lo necesario a su grande empresa, forzosamente habían de provocar la expectación de los colonos. Se vivía en Panamá esperando nuevos descubrimientos sensacionales, pues cada día daban los indios más abundantes detalles acerca de un maravilloso país situado al Sur del continente, que gobernaban los Incas poderosos, y a tiempo que esto decían los indios, excitando la fantasía de los españoles, llegaban otras noticias deslumbradoras a través del istmo: eran las nuevas de la conquista de México y demás hazañas de Cortés, lanzadas a los cuatro vientos por las trompetas de la fama.

La exploración del país de los Incas era empresa proyectada de antiguo. Balboa quiso realizarla; Pedrarias la dejó para más adelante, sin renunciar a ella, porque todos sus esfuerzos se encaminaron a descubrir un estrecho que no existía, y así la exploración se corrió hacia el Norte, plantándose el pendón de Castilla sucesivamente en Veragua, Costa Rica, Nicaragua y Honduras, donde los soldados de Pedrarias se encontraron con los compañeros de Cortés; y entretanto el Sur parecía impenetrable con su cadena de montañas ingentes. Luego Andagoya fracasó en sus proyectos de explorar la costa del Pacífico y llegar hasta la que ya se llamaba la *región del oro.*

Oro se había encontrado en los ríos vecinos de la colonia de Panamá y oro se obtenía de los indios en las frecuentes incursiones realizadas por los españoles inquietos; podíase, pues, creer fundadamente en la existencia de un rico país que ocultaba la inmensa cortina de las cordilleras. Cuanto más grande fuera la dificultad para descubrirlo, más abultaba su importancia y riqueza la fantasía, que es condición del deseo humano rodear de esplendores imaginados todo aquello que tiene prohibido.

Así, los colonos españoles de Panamá iban levantando sus casas de piedra y madera, y cultivaban sus campos de maíz, y plantaban los árboles traídos de España, como el naranjo y la higuera, plantas exóticas en medio de los platanares de anchas y desmayadas hojas; pero no se distraían de sus ilusiones con el trabajo. El país daba lo necesario para vivir, pero era insano por su sol ardentísimo y los vapores de una gran laguna que ceñía parte de la ciudad*. Muchos colonos morían de insolación o a causa de las fiebres, y los que resistieron a los rigores del clima, no dejaban de acariciar la idea de marcharse tan pronto como hallaran para ello favorable coyuntura. Bien es cierto que eran hombres muy sufridos, y como el lugar, aunque malsano, tenía un magnífico puerto, daba abundante y buena pesca y se ofrecía dócil a la explotación agrícola, aquella gente valerosa se acostumbraba al suelo conquistado, que no trocaría sino por otro más hospitalario y rico.

No extrañará, de consiguiente, que no les fuera fácil a Pizarro y Almagro reclutar hombres para su proyectada y ya decidida expedición. La *región del oro* había despertado muchas

* La moderna ciudad de Panamá está a unos cinco kilómetros de distancia de donde se hallaba situada la antigua, que fundó Pedro Arias Dávila al pie del monte denominado el Ancón.

codicias, pero se recordaban los intentos desgraciados de Andagoya. Sabíase que para llegar al Perú había que abrirse paso entre las razas irreductibles que poblaban la región intermedia, y por otra parte, ¿a qué distancia de Panamá estaría el reino encantado?

Pero más difícil era agenciarse el dinero. Cuando éste se obtuvo por mediación del sacerdote Luque, los dos viejos capitanes se dieron buena maña para encontrar soldados. Los hallaron al fin entre los que vivían ociosos. Se dió el mando a Pizarro. Diego de Almagro se encargaría de los preparativos, y, al efecto, compró dos barcos desmantelados en el mayor de los cuales cabían, casi como sardinas en banasta, poco más de cien hombres. Quedaba apenas espacio para los pertrechos y subsistencias.

En una nave tan ruin se hizo Pizarro a la mar, acompañado de un centenar de valientes, a mediados de noviembre de 1524. No iban los expedicionarios muy sobrados de bastimentos y sólo llevaban consigo cuatro caballos; pero quedó convenido con Diego de Almagro que éste iría en su busca a los pocos días, pues se reservaba el otro navichuelo, esperando sólo reclutar más gente y hacer nuevo acopio de provisiones. Aunque, de todos modos, la empresa era temeraria. Pizarro no había previsto que estaban en el tiempo de las lluvias, que son torrenciales en aquellos países, y que tenía los vientos contrarios para navegar hacia el Sur. Si lo tuvo en cuenta, dejóse arrebatar del entusiasmo, natural en quien por primera vez se veía mandando una expedición, y el ímpetu romántico de la raza se manifestó nuevamente.

¡Pensaba Pizarro ir a la conquista de un reino y le bastaban cien hombres y cuatro caballos! ¿No era aquello una sublime locura tal como luego la describiría Cervantes al recoger la espiritualidad castellana en un libro inmortal? Hasta físicamente el tipo de Pizarro era quijotesco. Alto, flaco, cumplidos los

cincuenta y armado de todas armas, *Don Quijote* se le parecería por la facha y continente igual que por su intrepidez y su delirio. Pero Pizarro tenía músculos de acero y no iba a lidiar contra fantasmas hijos de su imaginación enferma. Su romanticismo no era propiamente una locura, sino más bien un exceso de voluntad, supliendo con ésta el defecto de medios para acometer la empresa soñada.

Antes de partir reunió cuantos informes pudo obtener de los indios respecto al país de los Incas y se entrevistó con Pascual de Andagoya para que le diera pormenores de su desgraciado viaje. Andagoya, haciendo rumbo al Ecuador, no pudo pasar del puerto de Piñas, habiendo remontado un poco el río de Birú. Pizarro tocó en la isla de las Perlas, atravesó el golfo de San Miguel y encontró, finalmente, el río de que le hablara Andagoya. Subieron por el río unas dos leguas, hasta que al capitán le pareció prudente explorar el territorio. ¡Mal principio de exploración! Atravesaron los españoles terrenos yermos y selvas vírgenes bajo un sol que era más bien una lluvia de fuego y se rindieron a los tres días de andar errantes, muertos de hambre y de fatiga. Les sangraban los pies y tenían molidos los huesos por el peso de la cota de malla y de las armas. Revolcábanse por el suelo, gimiendo sus lástimas, mientras el capitán, acudiendo a todos con solícitos cuidados, procuraba levantar los ánimos abatidos.

Pero fué necesario volverse porque comenzó a llover. ¡Y de qué modo! Parecía como si el mar, después de levantar sus olas hasta el cielo, se volcara sobre la tierra. Deshacíanse las nubes en verdaderas cataratas. Desde entonces fué la lluvia uno de sus mayores tormentos. Azotados por ella se embarcaron de nuevo, y deslizándose por la corriente del Birú hasta el mar, pusieron otra vez proa al Sur y navegaron cerca de la costa.

Cuando podían, deteníanse para hacer leña. También el mar estaba revuelto, y danzaban de tal suerte Pizarro y sus soldados, dentro del ruin cascarón, que fué necesario sujetar con cuerdas a todos los hombres para que no se los llevaran las olas. Así pasaron diez interminables días, en medio de la desatada tempestad, elevando al cielo sus plegarias, mientras retumbaba el trueno fragoroso.

Por muy intrépido que fuera el corazón del capitán, también era sensible a los lamentos de aquellos que habían arriesgado la vida al seguirle. Juzgó Pizarro prudente retroceder, y al fin echaron anclas en un puerto que les ofrecía algún abrigo. El lugar era bajo, pantanoso y selvático; pero los exploradores venían extenuados y hambrientos, no podían continuar navegando. Agotadas las provisiones, habían tenido que vivir algunos días a razón de dos mazorcas de maíz para cada hombre. Tan flacos estaban que llegaron a mirarse unos a otros con recelo. ¿No acabarían por devorarse en un arrebato de febril desesperación?

Intentaron penetrar en el bosque, denso, húmedo, pestilente, donde la tierra exhalaba un vaho infernal. Sobre la cabeza de los exploradores se cernía una nube de mosquitos. No vió Pizarro ni un bohío ni huella alguna que le indicara el paso del hombre por aquella maraña impenetrable. En vano buscaron también los exploradores aquellas frutas de los trópicos que ya conocían — plátanos, guayabas, caimitas, aguacates — con las cuales habrían podido alimentarse. Allí no había ni frutas ni siquiera animales, salvo los insectos que les atormentaban a picotazos. Mostrábase la naturaleza exuberante, esplendorosa; pero al mismo tiempo inhospitalaria y terrible. Un pájaro trinando en las alturas habría dado una esperanza a los desdichados caminantes; todo callaba, sin embargo. Sólo se percibía el zumbido de los insectos en medio de un calor de fragua.

Pizarro necesitó hacer un alarde de autoridad, porque sus compañeros le acusaban de haberles llevado a la perdición.

—¿Queréis volveros? — les dijo —. ¿Os consideráis vencidos cuando apenas hemos dado los primeros pasos? Yo no regreso a Panamá como lo hizo Andagoya, desalentado y miserable. ¡Que regresen los cobardes! Detrás de esos bosques, al otro lado de las montañas, está el reino de los Incas. Quiero llegar a él y llegaré. Para mí y los que me sigan será el oro y la gloria de esta empresa. No importan las hambres y los peligros, no importa ni la misma muerte. ¿Creíais acaso que iba a ser fácil llegar? No; hay que sufrir y morir, si es preciso. Pero si triunfamos, seremos ricos, seremos poderosos.

De esta suerte fué Pizarro reanimando a su tropa, y para salir de la situación aflictiva en que se hallaban, decidió enviar el barco con algunos hombres a la isla de las Perlas, al efecto de que trajera nuevas provisiones. Dió el mando del navío a un oficial llamado Montenegro, y mientras el navichuelo hacía rumbo al Norte, destacando sus velas blancas sobre el mar azul, Pizarro debió elevar al cielo los ojos pidiendo misericordia para los tristes compañeros que con él quedaban abandonados y en espera de la divina gracia.

* * *

Cincuenta fueron los exploradores que con su capitán se quedaron en aquel puerto que llamaron del Hambre. Todos eran bravos, pero habrían preferido vivir en continua batalla contra un enemigo superior en número y armamento, a verse perdidos en aquella ciénaga y obligados a esperar la muerte mano sobre mano, sin poder intentar nada en su defensa. Vivían entre el fango y casi sin esperanza. Por un lado les cerraba el paso



... veía a sus hombres doblarse al peso del dolor y caer extenuados ...

el mar, pues que no tenían navichuelo donde embarcarse; por otro, se levantaba el bosque inmenso, una barrera de árboles gigantescos, por donde trepaban, entrelazándose y formando una tupida y resistente red, las lianas sarmentosas. ¿Qué habría en el fondo de la selva? Hombres, no era posible que los hubiera. Si acaso los famélicos españoles intentaban adentrarse en el laberinto, tropezarían con el caimán, con el lagarto monstruoso y con enormes serpientes; pero abrigo y alimento, ¡cómo podía haberlos en aquellos parajes jamás hollados por la planta humana y más solitarios, más espantosos que un desierto de arena!

Pasaron así los españoles, entre desesperadas exploraciones y maldiciendo su suerte, cuarenta y cinco días. Montenegro tardaba en volver, y Pizarro, llena el alma de duelo, veía a sus hombres doblarse al peso del dolor y caer extenuados los más débiles. Uno tras otro fueron muriendo muchos, quiénes por el hambre, quiénes por la fiebre, quiénes envenenados por las bayas que comían o por la mordedura traicionera de la víbora.

En medio de los lamentos e imprecaciones de su deshecha tropa, el capitán se mantenía sereno, contemplando con infinita tristeza todas aquellas lástimas, pero conservando siempre la entereza de ánimo y su firme voluntad. A todos consolaba y atendía con solicitud paternal, y si algún alimento se encontraba — bayas y mariscos — era él el último en tocarlo, para confortar con su ejemplo de heroísmo a los más desesperados y hambrientos. Piadosamente ayudaba a enterrar a los muertos y hacía repetir a los vivos sus oraciones. Luego les hablaba de la infinita misericordia de Dios y de la obligación que tenía todo español de hacer honor a su patria y a la Cruz, muriendo como valiente y buen cristiano.

A veinte infelices camaradas se había dado ya sepultura y estaba el resto de la tropa a punto de desfallecer, cuando en un supremo intento de exploración por la selva, a través de la cual

se abrían paso a golpes de hacha, avanzaron más que de costumbre, columbrando al fin una pobre aldea de indios.

Acercáronse a ella los españoles y preguntaron por señas a sus habitantes si tenían algo de comer. Los indios eran gente pacífica y no recibieron mal a los exploradores, si bien mostrábanse admirados de su facha y arreos. Les ofrecieron lo único que tenían, cocos y maíz; los españoles no necesitaban más para recobrarse de sus perdidas fuerzas y sobre todo de su caduca esperanza.

Luego que hubieron saciado su hambre, ya reanimados, preguntaron a los indios qué noticias tenían de un reino donde se daba el oro en abundancia. Con dificultad lograron hacerse entender, pero los indios llevaban algunos adornos de oro toscamente labrados, de los cuales se sirvieron los españoles para interrogar sobre la procedencia de los mismos. Además, su larga experiencia en la colonización de América les había familiarizado bastante con el lenguaje de los indios, a pesar de ser éste abundante en variaciones y matices regionales.

Averiguado que había más al Sur un país rico en oro, se despidieron de aquella buena gente para volverse al fangal de la playa. Era necesario vivir de cara al mar, esperando la llegada de Montenegro, y ahora podrían esperar ya más confiados y repuestos de sus terribles crisis.

Montenegro llegó a los pocos días y dijo que la furia del mar había sido la causa de su tardanza. Traía el buque bien abastecido, de suerte que los supervivientes del puerto del Hambre pudieron rehacerse del todo, dando gracias a Dios por haberse apiadado de su miseria y soledad. Ordenó Pizarro que se pusiera proa al Sur, y, olvidando las calamidades pasadas, siguieron adelante en su camino.

Yendo costeando siempre, recalaron en la primera playa que

les pareció de aspecto hospitalario, y, en efecto, había allí una aldea; pero si el terreno hacía posible la permanencia en aquel paraje, en cambio los indios que lo habitaban debían ser peor que bestias, a juzgar por ciertas inequívocas y horribles señales que hallaron los españoles al desembarcar.

La aldea estaba desierta, porque sus habitantes huyeron al ver que se acercaban unos hombres blancos a los que sin duda atribuían sobrenatural poder. Pero durante la requisa que ordenó Pizarro, los españoles hicieron un descubrimiento que les llenó el alma de horror: en las hogueras que habían dejado los indios encendidas, pues les sorprendió la llegada de los exploradores en pleno festín, se estaban asando piernas y brazos humanos. Pizarro y su gente, comprendiendo que los salvajes moradores de aquel lugar eran caníbales, no podían sentir ni el más leve deseo de entrar con ellos en relación; así es que dispuso el capitán que se volvieran todos a bordo después que hubieron recogido de la abandonada aldea cuanto les pareció útil y de algún valor.

El tiempo era tempestuoso y rompían con furia las olas sobre la playa, pero los españoles prefirieron el riesgo de naufragar a quedarse en donde había hombres capaces de comerse a sus semejantes. Huyeron, pues, lanzándose a la lucha con los elementos desencadenados, procurando substraerse a la terrible visión de las hogueras malditas. Después de grandes trabajos, llegaron a un cabo al que dieron el nombre de Punta Quemada.

* * *

Los españoles no habían avanzado mucho en su camino — unas veinticinco leguas desde el puerto de Piñas —, pero es que los vientos contrarios y el andar siempre costeando les hacían

perder mucho tiempo. Hubieran hecho más directa la ruta saliendo de una vez a alta mar. Sin embargo, debe advertirse que actuaban como descubridores, que aquellas regiones eran desconocidas para todo europeo y que no podían servirse de mapa alguno, porque, naturalmente, no lo había.

Al llegar a Punta Quemada, creyó Pizarro hallarse en puerto seguro, y bien lo necesitaba su navichuelo, que hacía agua por todas partes, duramente castigado por las tormentas. Al capitán le pareció bueno el paraje porque el terreno se elevaba a poca distancia de la orilla, el bosque tenía anchos espacios abiertos y, además, en la falda de la montaña se descubrió un extenso poblado. Ya las sendas abiertas en el bosque, entre los manglares, hicieron suponer a Pizarro que allí habitaba el hombre. Los indios tenían en Punta Quemada una verdadera ciudad, defendida con empalizadas, lo cual demostraba que pertenecían a una raza belicosa.

Ello no inquietó mucho a los españoles, parte porque eran bravos y a nadie temían, parte porque los indios habían huído, abandonando sus casas. Pizarro, poco previsor esta vez, mandó a Montenegro con algunos hombres a explorar las laderas de la montaña, y al mismo tiempo, confiándolo a los marinos más expertos, hizo volver el barco a Panamá, para que le repararan allí las averías.

Bien dispuesto estuvo lo de la partida del barco, pero no así lo que se refiere a la misión confiada a Montenegro. Resultó con ello que la escasa fuerza de Pizarro quedó dividida y aun mermada por los hombres que habían salido nuevamente al mar. El capitán estaba bien lejos de suponer que los indios le preparaban una emboscada, y tranquilamente estableció su campamento donde tenían aquéllos sus viviendas.

Pero los indios, al abandonar el pueblo, sólo habían querido

poner en lugar seguro a sus mujeres y niños, para luego atacar a los extranjeros por sorpresa. De modo que cuando vieron a Montenegro distanciado de su capitán y enhebrándose con su destacamento por un desfiladero, cayeron sobre él, disparando una lluvia de flechas y dando terribles gritos de combate.

Era la primera vez, desde que salieron de Panamá, que los españoles se tropezaban con una tribu numerosa y guerrera. Aquella furiosa embestida, que les cogía encajonados entre dos cerros y que no pudieron sospechar, les desconcertó en el primer momento. Tres cayeron muertos y algunos otros heridos. Los indios eran muy superiores en número, disparaban sus flechas desde lo alto con certera puntería y daban saltos de júbilo viendo sorprendidos y en desorden a los invasores.

Pero Montenegro era a su vez un buen soldado de España y sus compañeros sabían vender cara la vida. Repuestos de su sorpresa, arremetieron contra aquellos hombres atezados, pintarrajeados y saltarines, que ya se deslizaban por las laderas abajo, sin duda con la intención de hacerles cautivos. Los españoles no tenían esta vez armas de fuego, pero con sus ballestas primero y después sirviéndose de la espada, que esgrimían con brazo poderoso, lograron dispersar al enemigo, que huyó, escurriéndose entre los árboles. Entonces Montenegro, ya conocedor del peligro, no quiso avanzar más y determinó volverse adonde le esperaba su capitán.

Antes llegaron los indios para atacar a Pizarro en la misma forma y con idéntica furia que habían empleado en el combate sostenido contra el destacamento explorador. Pizarro, aunque sorprendido, no vaciló. Tenía de los lances de guerra una larga experiencia y nadie le aventajaba en intrepidez. Cuando vió la nube de indios acercarse al campamento en actitud hostil y rebotaron los dardos contra el peto de su armadura, reunió a sus hombres, y poniéndose a la cabeza de la pequeña tropa, dió el

grito de avance, llevando en alto la espada, y se disparó toda la guarnición, echando a correr derechamente hacia el enemigo.

Pizarro había preferido la salida a esperar parapetado en las empalizadas. Era la manera de terminar más pronto. Pero el viejo soldado iba a la cabeza de su gente y los indios comprendieron luego que era el capitán. Contra él se dirigieron, pues, todas las flechas, y bajo una lluvia de proyectiles avanzó, impertérrito, el héroe.

Llevaba revestido el cuerpo de hierro, mas no había coraza capaz de resistir millares de saetazos. Siete flechas le penetraron en la carne, y la sangre goteó por las junturas de la armadura. Siguió adelante, sin embargo, parando los golpes con su escudo y repartiendo mandobles. Sus hombres se defendían también bravamente y los indios iban cayendo en torno de cada español.

También cayó Pizarro, en una embestida del enemigo; pero fué por haber resbalado al descender por la pendiente. Cuando los indios se arrojaban sobre él para rematarle, levantóse de un salto y atravesó con su espada a los dos que tenía más cerca. Esta hazaña determinó la victoria de los españoles, que se vieron reforzados por la oportuna llegada de Montenegro. Los indios huyeron, dejando muchos muertos en el campo. Los españoles habían perdido a otros dos compañeros, siendo crecido el número de malparados.

A todos se curó, a Pizarro entre ellos, del modo primitivo y cruel que usaban los expedicionarios en trances semejantes y que consistía en aplicar aceite hirviendo a las heridas. Esta cura dolorosísima la resistían con serenidad y estoicismo admirables. No conocieron otro bálsamo más eficaz aquellos hombres acostumbrados a todos los dolores.

Obtenida la victoria y calculando el precio a que la habían pagado, Pizarro no halló motivos para envanecerse. Poco le importaban sus heridas, pero sí sufría oyendo los ayes quejumbrosos de sus soldados maltrechos. Además, a cinco les costó la vida el haber desembarcado en aquel lugar, y el oro y alimentos encontrados en las casas de los indios no eran compensación suficiente, bien entendido que la vida de un solo hombre valía mucho más que aquella poca riqueza de botín.

Pizarro reflexionó y vino a decidir que sería lo mejor abandonar Punta Quemada, buscando refugio en otra playa más hospitalaria. Era de suponer que los indios repetirían el ataque, y en una lucha continua los exploradores no podían vivir, porque eran pocos y cada día que pasara serían menos, si todos los días repetían los indios feroces sus ataques.

Reconoció el capitán por sí mismo y uno a uno a todos los heridos, excitando el valor de los animosos y consolando a los dolientes, y puesto después en medio de su pequeño ejército, manifestó su intención de trasladar el campamento a otro lugar más cercano a Panamá. No era que abandonase la empresa de descubrir el imperio de los Incas; todo lo contrario. Precisamente creía ahora más que nunca en la existencia del rico país de sus sueños. El oro encontrado y las noticias que daban los indios, conformes todos en ponderar las maravillas del Perú, eran suficiente acicate para excitar su ambición y pruebas muy suficientes donde apoyar su fe. Sin embargo, se había demostrado también y muy cruelmente que la empresa era ardua y arriesgada; por tanto, no estaría de más asegurarse el apoyo del gobernador de Panamá. Para despertar su codicia, juzgaba Pizarro conveniente enviarle el oro recogido y un detallado informe de los descubrimientos hechos.

—¿Y por qué no volvemos todos a Panamá —pudo advertir alguno de los expedicionarios— y reorganizamos allí con toda calma nuestra fuerza, agenciándonos más recursos?

A esto contestaría el capitán, conocedor del corazón humano y siempre prudente en sus determinaciones:

—Porque estamos muy mal de facha y el gobernador juzgaría sólo por las apariencias. Lo mejor es que vea el oro únicamente. Quédense para nosotros el dolor y la miseria, que ya vendrá el desquite.

Comprendieron los otros que Pizarro estaba en lo justo. En consecuencia, embarcaron todos, y navegando rumbo al Norte, fueron a parar a Chicamá, puerto de Tierra Firme. Desde allí despachó Pizarro al buque con algunos hombres, entre ellos su tesorero Nicolás de Rivera, que se encargaría de explicar al gobernador los resultados del viaje.

¡Que le inspirara Caliope, musa de la elocuencia!

III

Exploraciones heroicas

Don Pedro Arias de Avila, o Pedrarias, como se le denominaba más comúnmente, gobernaba en Panamá y era el mismo envidioso y cruel gobernador del Darién, que hizo cortar la cabeza a Vasco Núñez de Balboa después de haberle casado con su hija. Pertenecía a una noble familia y obró siempre como un ambicioso vulgar y sanguinario. Valido de su rango en la corte, pues era hermano del conde de Puñonrostro y estaba casado con una hija de la condesa de Moya, célebre por su estrecha amistad con la reina Isabel, consiguió que se le otorgara tan alto puesto en América. Ayudóle en ello el obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, enemigo de los descubridores más ilustres y valedor al mismo tiempo de los cortesanos más ineptos.

Pedrarias era cortesano y se había distinguido en fiestas y torneos, hasta ser llamado *el galán* y *el justador;* pero carecía de elevación moral, era esclavo de sus pasiones y no supo jamás hacer honor a su nombre y a la confianza que le habían otorgado los reyes.

Si tuvo un carácter enérgico, sólo le sirvió para ser un tirano. El trágico fin de Balboa es una entre las muchas páginas sombrías que entenebrecen su historia. Le dominaban la envidia y la ambición, y su mando en *Castilla del Oro* (el territorio que había escogido Vasco Núñez para sus descubrimientos) fué un constante alarde de poder odioso y arbitrario.

Francisco Pizarro había sabido hacerse valer a los ojos de Pedrarias, pero ello pudo ser así mientras el de Trujillo se empleó en empresas menores, que si le hacían rozar el peligro, ninguna gloria podían darle. El gobernador no toleraba que nadie se distinguiera, no siendo él mismo, y si Pizarro mereció su simpatía fué cuando le tuvo ocupado por su cuenta y en menesteres que se confían a un subalterno. Ahora, viéndole distante y en camino quizás de hacerse rico y famoso, Pedrarias comenzaba a sentir por su fiel soldado el mismo odio implacable que sintió por Balboa.

A todo esto Diego de Almagro, que habíase quedado en Panamá preparando la segunda expedición, ya estaba buscando a su compañero, lanzado hacia el Sur en una carabela donde logró embarcar muchas provisiones y unos setenta hombres. No había obtenido de parte del gobernador ningún apoyo. Todo lo contrario: Pedrarias miraba con malos ojos las gestiones de Almagro y aun las de Hernando de Luque, el buen sacerdote que facilitó el dinero para la empresa en la que se jugaban Pizarro y Almagro todas sus ilusiones y la vida.

Otras empresas preocupaban más a Pedrarias, y entre ellas la de castigar a su teniente Francisco Hernández, que se le había rebelado en Nicaragua. De modo que el mensajero de Pizarro, Nicolás de Rivera, llegó en mal momento a Panamá, con doble motivo yendo en demanda de socorros.

El gobernador se mostró irritado, no queriendo dar oídos a las razones que le traía Rivera, y éste tuvo que pasarse muchos días sin saber qué hacer, esperando a que se calmara el furor de Pedrarias para insistir recordando la triste situación de su capitán y compañeros de aventura.

Pedrarias parecía decidido a exigir de Pizarro y Almagro que renunciaran a su proyecto; pues que el primero de dichos capitanes había demostrado su torpeza — a juicio del gobernador — y del segundo no se tenían noticias. Cuantos argumentos presentó en contra Nicolás de Rivera, testigo del heroísmo y prudencia de Pizarro en el mando de la primera y azarosa expedición, fueron inútiles. Siempre resultaba lo mismo de toda controversia con el gobernador: que Pizarro estaba aún muy lejos de descubrir el Perú; que ya llevaba perdidos en la empresa muchos pesos de oro y bastantes hombres; que el botín hasta entonces logrado era insignificante, dada la magnitud de los sacrificios hechos, y que, por consiguiente, el de Trujillo era un soñador temible por su obstinación y falta de juicio.

Y es probable que Pedrarias hubiese enviado a buscar a Pizarro, para que lo trajeran a su presencia cargado de cadenas, de no regresar felizmente, cuando menos se esperaba, Diego de Almagro, portador de nuevas noticias y otro más rico botín, después de haberse encontrado con su socio y amigo en Chicamá, donde hicieron juramento de seguir adelante a costa de todo sacrificio.

* * *

Diego de Almagro había salido de Panamá mucho tiempo después que Pizarro. ¡Era tan difícil encontrar hombres dispuestos entre la mermada colonia! Tampoco le sobraba el dinero al viejo capitán. Pero al fin vió su nave bien abastecida y regularmente tripulada, pudiendo hacerse a la vela un hermoso anochecer. La ruta de Pizarro era fácil seguirla, pues bastaba con navegar muy cerca de la costa. Además, Pizarro y su gente habían dejado señales en la corteza de algunos árboles para que sirvieran de guía a sus compatriotas. De suerte que Almagro tocó en Puerto Piñas, Puerto del Hambre y Pueblo Quemado, teniendo en este último punto un mal encuentro con los indios, que le costó

perder un ojo. Almagro habría seguido adelante sin hostilizar a los naturales del país, si hubiesen sido éstos gente de paz; pero le recibieron a él y a sus hombres de mala manera, y ello exasperó al capitán, cuya intrepidez quedó demostrada al tomar por asalto el pueblo donde, por segunda vez, se derramaba sangre española, siempre vertida con generosidad y heroísmo.

Almagro, buen guerrero, venció a los indios feroces; pero ninguna utilidad le reportó esta victoria. Una flecha bien dirigida le dejó tuerto. Tomó venganza de la merma que sufría en su persona, con la pérdida del ojo, incendiando los bohíos de los indios, y continuó su camino a lo largo del litoral. Los varios parajes donde hizo escala recibieron nombres conmemorativos de las peripecias del viaje, llamándose de esta suerte valle de Baeza el lugar donde fué enterrado un español de este apellido; río del Melón, uno cuya corriente arrastraba una muestra reveladora de la existencia de melonares en aquellas latitudes, y río de San Juan otro que fué descubierto precisamente el día de la festividad del Bautista.

Habría permanecido Almagro más tiempo en la orilla de este último río, de no haber abrigado fundados temores por la suerte de la primera expedición. El lugar era hermoso y demostraba que sus habitantes entendían mejor la vida que los salvajes de Pueblo Quemado. El río corría sosegadamente en medio de un extenso valle, viéndose campos cultivados y chozas construídas con esmero y cierto sentimiento de la comodidad. Para reposarse de la fatigosa marcha, la desembocadura del río de San Juan era un refugio tentador; pues allí los naturales parecían pacíficos, el paisaje tenía poderosos atractivos y el valle daba sabrosos frutos. Pero inquieto por lo que había podido acontecer a sus compatriotas, Almagro no quiso detenerse. Decidió retroceder, dado que su buque contaba con escasa dotación para seguir adelante,

y se dirigió a la isla de las Perlas, llevándose un botín de oro asaz considerable.

En la isla de las Perlas le dijeron — porque se tenían los informes que dejó al pasar, de regreso a Panamá, Nicolás de Rivera — el punto donde esperaba Pizarro; así los dos amigos pudieron al fin encontrarse, lo cual fué para ambos motivo de grande alegría. Se abrazaron, refiriéndose el uno al otro sus hazañas y, viendo que el botín obtenido por Almagro era rico y sobre todo prometedor de otros más altos premios — la imaginación de los aventureros los hacía ya inconmensurables —, ratificáronse en su firme propósito de llegar al Perú costara lo que costara. Almagro se volvería a Panamá para organizar una tercera expedición con mayor número de hombres y más poderosos medios, y Pizarro, que siempre se reservaba lo peor de la empresa, esperaría en Chicamá el resultado de las gestiones de su camarada.

Marchóse, pues, Almagro para reparar las averías de los barcos y levantar más gente, si el gobernador otorgaba su permiso, y se quedó Pizarro con algunos hombres, resistiendo con paciencia las lluvias torrenciales y los renovados ataques de los mosquitos. Otra cosa no hallaron los españoles que amenizara su estancia en aquel malsano país.

Cuando Diego de Almagro llegó a Panamá, habían ya fracasado completamente las gestiones del primer mensajero cerca de Pedrarias; el ambiente no era propicio a la demanda de nuevos recursos para continuar el descubrimiento del Sur. Así es que el gobernador recibió mal las pretensiones de Almagro, y éste hubo de acudir a su protector Hernando de Luque, quien, por su virtud y sabiduría, gozaba en la colonia de gran influencia.

El buen eclesiástico intervino y logró arrancar de Pedrarias, ya que no ningún dinero, siquiera su permiso para llevar adelante la expedición. Luque participaba de las esperanzas de Almagro

y Pizarro; creía en la existencia de un riquísimo país situado al otro lado de las montañas. El gobernador, por el contrario, calificaba la empresa de insensata, y aunque a regañadientes otorgase el consentimiento que se le pedía, renunció a las ganancias por un plato de lentejas, es decir, cedió su participación en los beneficios por sólo mil pesos de oro, suma insignificante y ridícula si se compara con la conquista de un imperio.

Bien es verdad que Pedrarias andaba entonces muy preocupado, disponiendo lo necesario para su marcha a Nicaragua; pues quería sobre todo castigar al alzado Francisco Hernández. La conquista del Perú, por lo mismo que le parecía una locura, era para él cosa secundaria. Sin embargo, también quiso castigar a Pizarro, quizás por creerle demasiado orgulloso de su empresa, y al efecto nombró a Diego de Almagro capitán de la expedición, haciéndole igual a su amigo y socio. Esta venganza injusta, dictada por la envidia rencorosa, no la conoció Pizarro en su verdadero origen, y el nombramiento de Almagro parecióle una intriga de este último, con lo cual se creyó el de Trujillo traicionado y guardó en el fondo de su corazón un resentimiento que daría motivo, más tarde, a funestas discrepancias.

Descartado el gobernador, que así dejaba sembrada la semilla de la discordia, formalizóse el contrato entre Pizarro, Almagro y Hernando de Luque, entregando este último, para los gastos de la expedición, "veinte mil pesos en barras de oro, de a cuatrocientos cincuenta maravedís el peso". Esta suma pertenecía al licenciado Gaspar de Espinosa y era Luque nada más que un intermediario. Debe esto ser advertido para que no parezcan interesadas las gestiones del religioso en la preparación de la grande hazaña que se proponían llevar a cabo sus protegidos.

No es seguro que Pizarro estuviera presente al ratificarse el contrato, hecho que se revistió de una solemnidad insólita por su

carácter de ritual. — Cuentan los cronistas que Luque celebró misa y dividió la hostia consagrada en tres partes, comulgando el sacerdote y los dos capitanes. — Bien pudo suceder que se mandara a buscar a Pizarro para que diera su conformidad y viese que habían de repartirse en tres partes iguales las tierras, indios, joyas y oro que resultaran de la empresa, si ésta se llevaba a feliz término, no resultando fallidas las esperanzas puestas en ella.

Pizarro debió volver a Panamá después que supo que Pedrarias marchaba a Nicaragua. Felizmente para los futuros descubridores del Perú, muy pronto fué substituído Pedrarias, en el puesto de gobernador de Panamá, por don Pedro de los Ríos, quien había de interesarse más en el descubrimiento de los países situados al Sur de la costa del Pacífico, y observó, por tanto, con benevolencia los afanes de los dos viejos aventureros.

* * *

Los veinte mil pesos que obtuvo Luque del licenciado Espinosa, rico funcionario que había sido alcalde de la colonia del Darién, los emplearon Pizarro y Almagro en la compra de dos buques de mayor porte que los comprados anteriormente, abasteciéndolos con gran acopio de provisiones y reuniendo hasta ciento sesenta hombres, todos los que se mostraron dispuestos a correr una tan peligrosa aventura. La fuerza era escasa para llegar adonde se proponían los capitanes — sobre todo teniendo presentes los descalabros anteriores —; pero pudo más la ilusión que una dolorosa experiencia, como ocurre en la vida tantas veces. Así es que Pizarro y Almagro, sobrados de alientos, ya que no lo estuvieran de armas, hombres y provisiones, lanzáronse nuevamente

rumbo a lo desconocido, dirigidas las naves por un experto marino andaluz, el leal y valiente Bartolomé Ruiz.

El viento era favorable, y la ruta, para la primera etapa del viaje, ya la conocían los expedicionarios, quienes habían determinado no pisar tierra hasta que llegaran al río de San Juan, lugar del cual guardaba Diego de Almagro una muy agradable impresión.

Lo hicieron tal como se lo habían propuesto, llegando con toda felicidad al punto de su destino. Las márgenes del río estaban cultivadas; los indios, aunque mostrándose sorprendidos por la visita de hombres cuya facha les llenaba el alma de espanto y confusión, no hicieron resistencia. Pizarro les interrogó lo mejor que pudo, procurando al mismo tiempo tranquilizarles. Eran gente pacífica y generosa los habitantes de aquel poblado, y obsequiaron a los expedicionarios con muchos adornos de oro. Oro era lo que buscaban principalmente los españoles, de suerte que se les encandilaron los ojos con el brillo del precioso metal y abrumaron a los indios con sus preguntas sobre la procedencia de aquella riqueza.

Lo que por señas y con sobra de palabras ininteligibles dieron a entender los indios, fué lo siguiente: que el oro lo adquirían en su comercio con los habitantes de tierra adentro y que no muy lejos de aquellas playas, en el interior, había extensos campos de cultivo y tribus más ricas. Esto hizo reflexionar a Francisco Pizarro, y decidió, después que hubo bien meditado su plan, que Almagro volviera a Panamá con el pequeño tesoro adquirido, para procurarse nuevos refuerzos, mientras Bartolomé Ruiz continuaba explorando la costa con el otro buque, navegando siempre hacia el Sur. Y él, Pizarro, se quedaría en San Juan con lo restante de las fuerzas para adentrarse en el país, a ver qué maravillas encontraba.

De las tres misiones distintas que se habían repartido por consejo del capitán extremeño, la de Almagro era la más cómoda; la de Ruiz, la más conveniente a los talentos de un marino, y la de Pizarro, la más peligrosa y difícil. Partieron los dos navíos, siguiendo direcciones opuestas, y en seguida Pizarro reunió a la gente que habíase quedado con él, para intentar la exploración del interior.

El valle de San Juan quedaba cerrado, no muy lejos de la playa, por las montañas y los bosques. Eran los obstáculos que había que salvar si querían los españoles conocer la región abierta y rica indicada por los naturales del país. Aventuróse Pizarro en la selva tropical, donde charloteaban los loros, armando una espantosa algarabía. Muy luego tuvieron conciencia los exploradores del peligro que les acechaba y de lo difícil que les sería salir de aquel laberinto. Los árboles eran gigantescos y tan espesos, que el capitán y sus hombres, para no perderse, tenían que llamarse a gritos unos a otros o marchar en fila cogidos de las manos. El terreno, muy accidentado, aumentaba las dificultades y la fatiga de la marcha. Se sucedían las colinas y se hacía a cada paso más densa la manigua, como valladar opuesto a los españoles en su avance temerario. Por las ramas entrelazadas de los árboles, saltaba una multitud de monos, chillando desaforadamente, y los troncos mostraban, como anillos colosales, los boas y las serpientes enroscadas.

¡Región del infierno aquella, poblada de animales malignos y feroces y donde se sentía el vaho pestífero de las aguas muertas! Cuando la selva ofrecía un claro, era para dejar ver un abismo de la montaña quebrada, o porque surgía espantosa la laguna, en cuyas orillas bostezaban los cocodrilos, abriendo sus bocas, tan ferozmente armadas, que debieron parecer a los españoles verdaderas ristras de puñales. La lucha del hombre con las

serpientes monstruosas y con los saurios terribles hubo de ser continua. Algunos de los compañeros de Pizarro hallaron allí una muerte miserable, siendo triturados unos por las mandíbulas del caimán, derribados otros por el coletazo del boa o prisioneros en los anillos de la serpiente, que corta la vida con un estrecho abrazo.

Pero el mismo infierno, que nunca se imaginó más pavoroso de como lo veían en realidad los bravos aventureros, no era bastante para hacerles perder su valor. Se abrieron paso entre las fieras a mandobles, aplastando con pie firme la cabeza de las víboras, enterrando su espada en el esófago de los gigantescos lagartos. Saltaron por encima de los abismos, cruzaron en sus canoas las lagunas donde acechaba la muerte y se batieron después con los indios salvajes que les habían esperado a la salida del bosque. Murieron muchos, pero los pocos que quedaron con vida jamás desfallecieron ante el peligro, mientras el peligro fué inmediato y tuvieron al alcance de su espada a un enemigo, ya fuera hombre o monstruo infernal. Pizarro dió el ejemplo de la bravura indomable; le siguieron los otros con la misma intrepidez, siempre dispuestos a vender caras sus vidas y a morir como valientes.

¡Es de imaginar en qué estado volverían a la desembocadura del río de San Juan los supervivientes de aquella catástrofe! Porque se entiende que al fin tuvieron que volverse, convencidos de que era inútil porfía seguir adelante, supuesto en ellos el buen sentido y dando por descontado que no querían perecer todos. El valor de Francisco Pizarro no tenía límites; pero no podía el capitán malgastar su valor y sus hombres en una empresa descabellada. Iban en busca de una campiña risueña y sólo encontraron la selva impenetrable, cuyos secretos, si lograban sorprenderlos, era a costa de la vida. Abandonaron, pues, los exploradores

aquella región donde tantos de sus compañeros acabaron de un modo horrible, y fatigados, después de tanta lucha, sangrantes sus heridas, agotadas sus fuerzas, volviéronse a la playa. Pizarro se olvidó siempre de sus propios dolores y miserias para socorrer y cuidar a los más necesitados y doloridos de su partida. A todos animó con su palabra, siempre consoladora y persuasiva. La fe en la victoria final palpitaba todavía en su heroico corazón.

* * *

El piloto Bartolomé Ruiz, en su exploración hacia el Sur, a lo largo de la costa, pudo pasar la línea ecuatorial en el Pacífico, llegó hasta la punta de Pasado y corrió buena suerte. Cuando, setenta días después de haberse despedido de Pizarro y Almagro, regresó al río de San Juan, era portador de alentadoras noticias. Había descubierto extensas regiones aprovechables para el cultivo, trabó conocimiento con unos raros navegantes y obtuvo de los mismos pruebas inequívocas de que, más al Sur, los naturales del país tenían ciertos rudimentos de civilización.

Era la primera vez que los europeos se tropezaban con navegantes indios. Aquellos que Ruiz encontró navegaban a la vela en una balsa de gran tamaño. La vela de la embarcación usada por los indígenas sorprendió mucho al marino andaluz, sobre todo cuando vió de cerca su tejido de algodón. Otros lienzos le enseñaron los indios, igualmente notables, donde aparecían entretejidas varias figuras de animales exóticos, y con ello vino a entender el buen piloto que los indios conocían el arte de la hilatura. Además, le obsequiaron con ricos presentes de oro y plata labrados y con espejos de vidrio volcánico, todo lo cual era demostración suficiente de que el maravilloso país de los Incas no era sólo un sueño, pues

se hallaban Bartolomé Ruiz y sus marineros delante de "gente de más razón que toda la que antes habían visto de indios".

Estas noticias trajo el andaluz a Pizarro, y además las joyas de oro y plata y los espejos, y, por último, seis hombres de las tierras del Sur, para que aprendieran castellano y sirvieran de intérpretes.

A Pizarro y a los aventureros que con él habíanse quedado en el río de San Juan, se les debió ensanchar el alma. Pronto se olvidaron de las pasadas desventuras, de sus luchas terribles en el interior de la selva virgen. Se rezó por el eterno descanso de los camaradas muertos y se preparó la marcha para cuando regresara Almagro de Panamá, que no tardó mucho.

El segundo capitán volvió con su carabela bien provista. Traía un refuerzo de ochenta hombres, algunos caballos y abundantes bastimentos. No creyeron necesitar más aquellos valientes, y, llena el alma de ilusiones, se embarcaron de nuevo y pusieron proa al Sur.

Era el tiempo menos favorable a la navegación — las tormentas son frecuentes en aquellas costas — y aconteció que los intrépidos exploradores perdieron muchos días luchando contra los elementos desencadenados. Recalaron de arribada forzosa en la isla del Gallo, donde permanecieron dos semanas para reparar las averías que habían sufrido las carabelas. Sin embargo, los indios capturados por Bartolomé Ruiz y destinados a servir de lenguas, daban noticias alentadoras acerca de la riqueza de su país.

Por fin estuvieron los navíos en condiciones de hacerse a la mar nuevamente, pudiendo los españoles continuar su exploración a lo largo de la costa, que descubrían más risueña a medida que más avanzaban. El cultivo de la tierra se observaba lo mismo en las orillas bajas del mar que en los repechos de las montañas cercanas. Los bosques eran claros y amenos y sus árboles exhalaban un aroma grato, no el vaho cálido y pestífero de las selvas dejadas atrás, que Pizarro y sus hombres querían borrar de su memoria.

Abundaban allí los árboles olorosos y de madera rica, como el sándalo, el ébano y la caoba; había plantíos de cacao y campos de maíz; sucedíanse los poblados y daba todo la sensación de trabajo y bienestar que sólo se tiene en los países donde el hombre, por influjo de los climas saludables, se hizo más pronto inteligente.

Entrados en la bahía de San Mateo, descubrieron los navegantes el pueblo más grande de cuantos llevaban vistos hasta entonces en tierras americanas. Tenía el aspecto de una verdadera ciudad. Maravilláronse los españoles del trazado de las calles y de los vestidos de lana y adornos de oro y esmeraldas que usaban los indígenas. Pero no pudieron saltar a tierra, aunque mucho lo deseaban Pizarro y Almagro: los indios habían sospechado la invasión y se mostraron hostiles a los extranjeros. Primero se embarcaron en numerosas canoas para lanzarse contra los grandes navíos exploradores, y fracasado su plan, dejaron desembarcar a Pizarro con parte de su gente, atacándole en la playa los naturales en número de más de diez mil, de suerte que la lucha hubiera sido demasiado desigual, y resolvió el capitán castellano, con muy buen acuerdo, abandonar el campo al enemigo y buscar refugio seguro a bordo de sus barcos.

No se explica cómo Pizarro y sus hombres pudieron salir con vida de la emboscada que les habían preparado los indios en la playa. Si fueron realmente diez mil los defensores de la ciudad, y aunque no llegaran a tantos — que bien pudo la sorpresa de los españoles convertir en miles las centenas, en aquellos momentos de gran tribulación y peligro —; si los indios eran numéricamente tan superiores a los castellanos, ¿cómo pudieron estos últimos librarse de la acometida y volver a las carabelas?

La tribu guerrera se asustó al ver los caballos que montaban los soldados de Pizarro. Creían los indios que caballo y jinete formaban un solo cuerpo, de suerte que los extranjeros montados les parecieron monstruos o dioses; y fué mayor su espanto cuando vieron caer a uno de los jinetes de su cabalgadura, accidente el cual dió motivo a que el hombre y la bestia quedaran separados, es decir, a que el supuesto monstruo se dividiera en dos partes, pudiendo obrar una y otra con entera independencia.

Teniendo en cuenta que los indios no habían visto nunca un caballo, como tampoco habían visto soldados europeos, revestidos de brillantes armaduras — y a éstas podía considerárselas escamas del pretendido animal monstruoso —, es verosímil la circunstancia feliz que permitió a los españoles ponerse a salvo, aprovechándose de la estupefacción que se apoderó de los indígenas.

No se encuentra otra razón para explicar el hecho. Mas como la pequeña tropa española pudo salvarse, es de creer que sucedieron las cosas tal como las dejamos referidas. Téngase por milagrosa la caída del jinete castellano en aquellas tierras que iban a ser conquistadas para la civilización; lo que parece milagro, y a veces como tal se acepta, ha tenido por origen un accidente vulgar. El secreto de muchos milagros está en la imaginación, fácilmente inflamable, del hombre.

Pero hagamos de lado las digresiones para seguir el hilo de nuestra historia, que es lo más interesante. Los jefes de la expedición pensaron que era necesario reunir consejo de guerra, porque, a partir de aquel momento, su empresa crecía en importancia y era incomparablemente superior a sus recursos. Aún no habían descubierto el Perú, al decir de los indios que llevaban consigo, y se tenían a la vista regiones fértiles, ciudades populosas y enjambres de guerreros sobradamente capaces de hacer fracasar todo intento de conquista. ¿Tendrían los Incas, para defender sus dominios de la invasión extranjera, poderosos ejércitos? Era lo más probable.

Pizarro y Almagro no pensaron ni por un momento en renunciar a la gran ambición de su vida, mucho menos habiendo visto tan ricas tierras y teniendo indicios ciertos de que había en aquella región placeres auríferos y criaderos de esmeraldas. Además, la existencia indudable de un imperio, aunque hubiese sido como el de Roma, no era para descorazonar a dos aventureros tan ambiciosos y tenaces. Faltábanles los medios, eso sí, y desconfiaba Almagro de la protección oficial. El nuevo gobernador de Panamá, don Pedro de los Ríos, demostraba cierta complacencia por los descubrimientos del Sur; pero los exploradores habían agotado su crédito en la colonia, y a Luque, su protector, precisamente por el hecho de haberles distinguido con su entusiasta adhesión y constante ayuda, ya le llamaban, los colonos de Panamá, *Hernando el loco*.

Por otra parte, los hombres que habían formado la expedición más parecían dispuestos a volverse que a seguir adelante.

A todo esto Almagro quería ser él quien otra vez regresara a Panamá, a ver si era posible reclutar gente nueva y obtener más poderosos recursos, o, de lo contrario, tomar una resolución heroica.

Pizarro hubo de advertir a su amigo, porque era la verdad, que siempre había accedido a quedarse y a cargar con lo más pesado de la empresa, mientras el otro iba y venía, pasándose en Panamá largas temporadas y siendo Almagro, por esta razón, el que menos privaciones sufría.

— Me duele que os procuréis, en todo momento, la situación más cómoda — vino a decir Pizarro —; porque vos descansáis de las fatigas que esta empresa nos trae y para mí se quedan todos los peligros y el luchar sin tregua. Son muchas las hambres

que hemos pasado mis hombres y yo; creo que tenemos merecida vuestra consideración.

Era un reproche justo y lleno de amargura. Pero quizás Pizarro habló de esta suerte porque le irritaba ver a su amigo mostrarse egoísta en circunstancias que sólo podrían vencer con la abnegación de todos. Después de los enormes sacrificios hechos y de tantas deudas contraídas, hallaban la tierra de promisión: pero habían de abandonarla en seguida, pues les faltaban medios para intentar su conquista. La situación de los aventureros era en cierto modo como la de Tántalo: tenían al alcance de sus ojos lo que más ardientemente deseaban, y no podían cogerlo, como el personaje mitológico, símbolo del deseo no satisfecho, no pudo beber del agua que le llegaba al cuello ni comer la fruta apetitosa que tenía sobre su cabeza.

Pizarro, siempre sereno y comedido, no logró reprimir esta vez los ímpetus de su desesperación, viendo completamente descorazonados a sus hombres ante las nuevas dificultades que ofrecía la empresa, al mismo tiempo que su socio, mostrándose cauto y calculador, buscaba un modo de esquivar el peligro.

Picado Almagro en la negra honrilla, contestó al reproche con acritud; se enredaron los dos capitanes en palabras, y habrían pasado a las obras de no interponerse el piloto Ruiz y el tesorero Rivera, cuando ya sus jefes echaban mano a la espada. Por fin se abrazaron Almagro y Pizarro, deshecha la nubecilla de su querella, y se resignó el de Trujillo a quedarse en la isla del Gallo con algunos hombres, mientras su socio don Diego regresaba a Panamá, con el resto de la fuerza, para gestionar el apoyo del gobernador.

IV

De la isla del Gallo a Túmbez

Ya hemos dicho que los hombres de la expedición estaban cansados de correr tierras salvajes y que habían perdido toda esperanza de recompensa. Varias veces estuvieron a punto de amotinarse, prescindiendo de las exhortaciones de Pizarro, que predicaba siempre con el ejemplo y era el primero en afrontar los peligros y en resistir a las privaciones.

Los hombres que con él se quedaron en la isla del Gallo no obraron todos con lealtad. Dentro de un ovillo de algodón que habían enviado, por conducto de Almagro, a la esposa del gobernador, como muestra de los productos del país descubierto, iba escondida una carta en la cual se daba cuenta de sus padecimientos, y acusaban a su capitán, algunos cobardes, de llevarles a la ruina y a la muerte por una insensata obstinación.

Es de suponer el efecto que esta traidora misiva produciría en el ánimo de don Pedro de los Ríos. En el acto envió dos buques a la isla del Gallo, dando al cordobés Tafur el mando y orden de recoger a todos los expedicionarios que desearan volverse a Panamá.

Son muchos los hechos heroicos de Francisco Pizarro, en la larga y calamitosa historia de sus exploraciones y conquistas. Diríase que la imaginación de los cronistas e historiadores ha revestido estos hechos con tal abundancia de fantasía y les ha dado

tan colosales proporciones, que apenas quedaría un poco de realidad bajo tanta balumba de fábula, si fueran analizados los sucesos de la conquista de América uno por uno y con indefectible imparcialidad.

Decimos esto para salir al paso del lector incrédulo y recordarle que historiadores españoles y extranjeros han realizado ya toda suerte de análisis, teniendo de convenir, hasta los enemigos de España y de la colonización española, en el valor y constancia, jamás superados, de aquellos héroes que llevaron la civilización y la fe cristiana a los países desconocidos de allende los mares. Todos los hechos que se relatan en este libro son rigurosamente exactos. Nos han precedido en la narración de las hazañas de Pizarro innumerables escritores de todos los países, y sobre todo de la misma América. Hemos podido distinguir entre todos a los más ecuánimes y fieles a la verdad, y es la verdad que nunca, en la historia de los tiempos antiguos y modernos, se dieron ejemplos más edificantes de voluntad, de intrepidez y de fortaleza de ánimo.

Tales cosas hicieron los exploradores españoles del siglo XVI, que se llega a dudar de su exactitud, por cuanto están por encima de las fuerzas humanas. Agrada considerarlas así, pues sirven al hombre de estímulo en los trances difíciles de la vida; pero lo que no puede hacerse, después de tanto como se lleva escrito y averiguado, es discutir la calidad sublime de un heroísmo por todo el mundo reconocido y exaltado.

La oportunidad de estas consideraciones la comprenderá el lector cuando conozca el siguiente episodio.

Tafur, el enviado de don Pedro de los Ríos, llegó sin tropiezo a la isla del Gallo y explicó a Pizarro las órdenes que traía del gobernador. Que embarcaran, para volverse a Panamá, todos los expedicionarios a quienes no agradase la obstinación del capitán extremeño; que se quedara Pizarro solo, si era tanta su locura.

Éste, descubierta la traición de los descontentos, comprendió que se hallaba en el momento decisivo de su vida. La gente iba a embarcarse toda; pues si alguno hubiese permanecido fiel al jefe, la prolongada espera en aquella isla mortífera, donde llovía a torrentes y donde nada daba el suelo que pudiera servir de alimento, habríale decidido a hacer causa común con los demás. No se resiste al hambre por tiempo indefinido ni se padecen tantas angustias voluntariamente si no hay seguridad de obtener un premio.

El mismo Pizarro, de no tener su alma el temple que tenía, se hubiera dado por vencido, renunciando a su ambición y abandonándose a su triste suerte. No se abandonó, sin embargo, y trazando con su espada una raya sobre la arena, dijo a los cobardes que se mostraban dispuestos a seguir a Tafur:

—¡Ea, compañeros! Ved lo que tenéis delante y decidid según os lo aconsejen vuestro valor o vuestra cobardía. De este lado, donde yo me coloco, está el Perú con sus riquezas; pero están también el hambre, la fiebre, el dolor y tal vez la muerte. Del otro lado está Panamá, con todas las ventajas de un país colonizado; pero igualmente están las deudas, la miseria, el trabajo mal retribuído. Escoged. Yo, como veis, ya he pasado la raya.

La pasaron también, con dirección al Sur, otros trece valientes cuyos nombres no serán nunca olvidados. Fueron Bartolomé Ruiz, Pedro de Candia, Cristóbal de Peralta, Domingo de Soria Luce, Nicolás de Rivera, Francisco de Cuéllar, Alonso de Molina, Pedro Alcón, García de Jerez, Antonio de Carrión, Alonso Briceño, Martín de Paz y Juan de la Torre.

"Estos fueron los trece de la fama—dice el antiguo cro-

nista Montesinos en sus *Anales*—. Estos son los que cercados de los mayores trabajos que pudo el mundo ofrecer a hombres, y los que estando más para esperar la muerte que las riquezas que se les prometían, todo lo pospusieron a la honra y siguieron a su capitán y caudillo para ejemplo de lealtad en lo futuro."

Francisco Pizarro habría continuado la exploración del Sur con sus trece valientes si el enviado del gobernador se hubiese avenido a cederle uno de sus barcos. No se ha dado otro ejemplo de voluntad hasta este punto admirable. Pero Tafur permaneció fiel a las órdenes de don Pedro de los Ríos y aun quería volverse a Panamá sin dejar a sus compatriotas, que en la pequeña isla del Gallo se quedaban desamparados, ni siquiera las provisiones necesarias para subsistir algunos días.

* * *

Tafur accedió, después de muchos ruegos, a dejar algunas provisiones y a llevarse a Panamá al piloto Ruiz, quien debía gestionar, junto con Diego de Almagro y Hernando de Luque, el envío a la isla del Gallo de nuevos auxilios. Almagro había escrito ya a Pizarro, confiando la carta a un marinero de Tafur, y le decía cuántas dificultades creó en Panamá la traición de aquellos que escondieron su denuncia en un ovillo de algodón, provocando el enojo del gobernador y la hostilidad de toda la colonia para los iniciadores de la empresa. Pero Almagro, hablando en nombre suyo y en el de Luque, todavía dejaba entrever alguna esperanza, quizás infundada. Conocida la firmeza de carácter de Pizarro, las más vagas posibilidades eran incentivo suficiente.

Luego que se hubieron hecho a la mar los barcos de Tafur,

Pizarro y los doce fieles que le quedaban pensaron trasladarse a otra isla próxima que les ofrecía más abrigo. Construyeron una balsa, y con mil trabajos pasáronse al lugar de su nueva residencia, al cual dieron el nombre de la isla Gorgona, por ser abundante en aguas, que fluían en muchos manantiales y ríos. La isla Gorgona era en parte boscosa, y ello permitió a los españoles construirse barracas donde guarecerse de la lluvia, siempre torrencial en aquellos parajes. También encontraron alguna caza: faisanes y conejos; pero, en cambio, contrarrestando estas ventajas, había en la Gorgona densas nubes de mosquitos venenosos, la plaga cruel que había perseguido a los exploradores en todas sus correrías por los trópicos.

Allí se estuvieron siete interminables meses, sin que les llegara el socorro tan ansiosamente esperado. Salían a pescar en su balsa a mar abierto y cazaban en la isla lo que podían. No eran muchos, no obstante, los alimentos que les brindaba la fortuna, y, por otra parte, lo malsano del lugar iba mermando sus fuerzas, hasta que algunos cayeron gravemente enfermos. Llovía casi siempre. Si alguna vez cesaba la lluvia, subíanse los pobres náufragos a lo más alto de su arrecife, a ver si columbraban, en la inmensa llanura marina, la vela anunciadora de una esperanza. Mirando hacia la parte oriental, las montañas ingentes de los Andes les recordaban su ambición. Cinco leguas era la distancia que mediaba entre la isla y el continente; podían recorrerlas en su balsa. Pero los Andes gigantescos daban la medida de la empresa que les condujo a trances tan dolorosos. Pizarro, que fué siempre un cristiano fervoroso, se desvivía por fortalecer las almas con la oración, ya que no pudiera comunicar nuevo vigor a los cuerpos agotados. Todas las mañanas se rezaba y se volvía a rezar por la tarde, guardándose escrupulosamente las fiestas de la Iglesia. Pero los hombres iban cayendo uno tras otro, y el

capitán, a quien daba fuerzas para mantenerse firme la misma desesperación, aguardaba en vano que apareciera en el horizonte la carabela salvadora.

Pasaron siete horribles meses, como llevamos dicho, y al fin llegó el auxilio, es decir, llegó un barco piloteado por el valiente Bartolomé Ruiz; pero no venían refuerzos de gente y sólo muy escasas provisiones. Contó Ruiz a Pizarro la resistencia que había puesto el gobernador a que se enviara aquel barco: Almagro y Luque tuvieron que insistir día tras día, sirviéndose de toda suerte de argumentos, a fin de que no se abandonara para siempre a los bravos descubridores.

Pizarro no quiso perder más tiempo. Contaba con una docena de hombres leales y esforzados y en el barco venían armas y pertrechos. Ciertamente era una locura aventurarse por mares y países desconocidos con sólo tan miserables recursos. Pero ¿qué podía espantarle ya a quien se vió mil veces cara a cara con la muerte?

— ¡Adelante! — diría el capitán a su pequeña partida —. Ya sólo muriendo podríamos detenernos en nuestro camino. Dios ayuda a los buenos cristianos. ¡Ánimo, camaradas, y al mar!

Dos españoles de los que habían esperado en la Gorgona estaban tan enfermos, que no pudieron embarcar. Dejáronles en la isla al cuidado de algunos indios adictos, aquellos que se trajo Ruiz de su viaje hasta la línea ecuatorial. Otros indios, sus compañeros, se incorporaron a la expedición para servir de guías.

El barco zarpó hacia el Sur y teniendo el viento de proa. ¡Querían los hados adversos que no faltaran nunca contrariedades! Sin tocar tierra, Pizarro quiso navegar siguiendo el rumbo que le indicaban los indios, y así fueron más lejos de Punta de Pasado, adonde había llegado Ruiz, viendo que allí la costa tenía hermosas playas y campos fértiles. Los poblados eran muy

frecuentes y, en general, el aspecto del país, que parecía lleno de promesas, animaba a los navegantes a continuar su exploración.

A los veinte días de viaje, dobló la nave la punta de Santa Elena, entrando en el golfo de Guayaquil. Estaban ahora los españoles muy cerca de las ingentes montañas coronadas de nieve, pero habían visto también muchas ciudades y pueblos. Se detuvieron poco tiempo en la isla de Santa Clara, y siempre de acuerdo con sus guías, adentráronse en la bahía de Túmbez, descubriendo entonces una gran ciudad cuyas casas parecían construídas de piedra. Fué para los españoles una gratísima sorpresa encontrarse con semejantes indicios de civilización, sorpresa que iba en aumento al observar, desde su nave, el trazado de las calles y, sobre todo, un excelente sistema de riego para los campos; pues sólo en los alrededores de la ciudad había tierras cultivadas, siendo el resto del paisaje muy áspero y baldío.

La llegada de un barco nunca visto produjo en los habitantes de Túmbez el asombro que es de suponer. Se llenó la playa de gente y muchas balsas con indios se acercaron a los costados del navío español. Entre dichas balsas, había algunas que se distinguían por el modo como iban vestidos y pertrechados sus tripulantes, pudiéndose deducir que eran guerreros. Los guías tumbecinos que Pizarro llevaba consigo le dijeron que aquellos hombres iban a guerrear contra la tribu de Puna, y el capitán castellano quiso hablar con ellos para ver de inspirarles confianza.

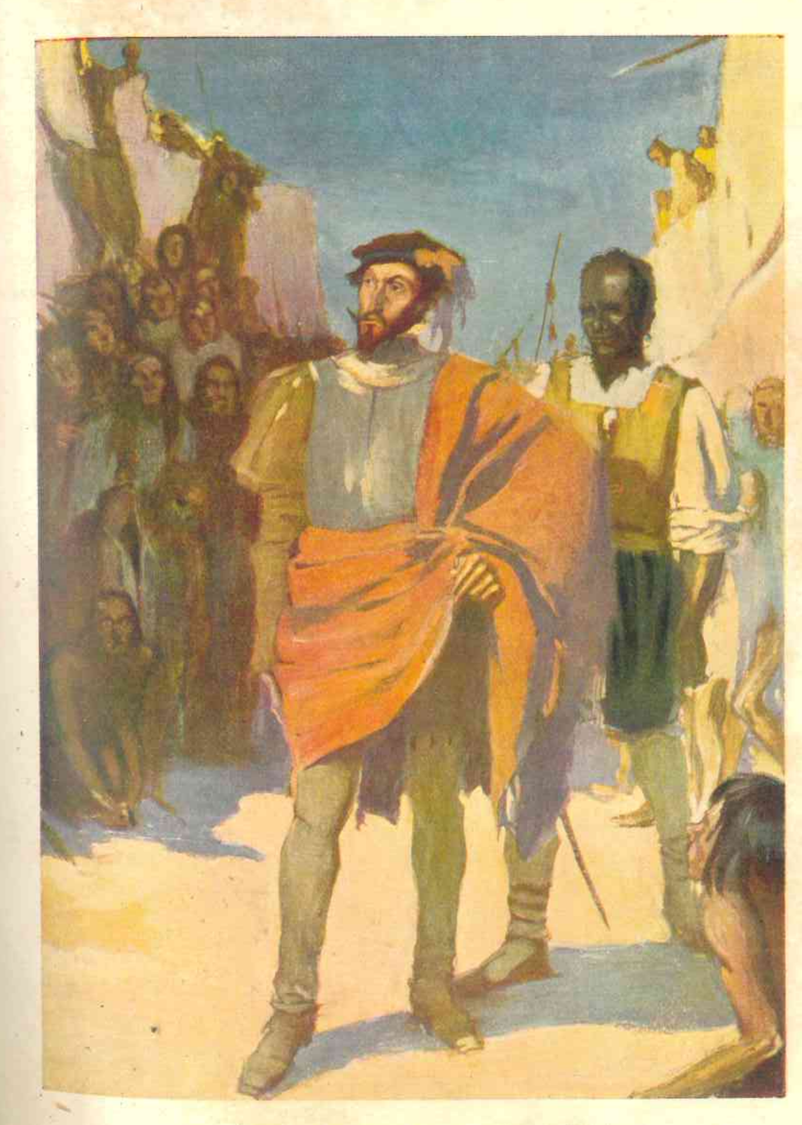
Al efecto, hizo pasar a bordo de su carabela a los jefes, quienes se mostraron maravillados de cuanto veían. Sus compatriotas adictos a Pizarro, creyendo de buena fe que los españoles eran seres superiores, dieron acerca de estos últimos informes muy a propósito para que no se turbara la tranquilidad de la población. Todo lo contrario: dijeron que los extranjeros sólo deseaban ser recibidos como amigos y que se les permitiera conocer el país, y

como Pizarro corroborara lo dicho por los guías, los jefes indios, sin salir de su asombro, accedieron a volver a tierra para trasladar tales explicaciones al curaca, o cacique, y demás notables de la ciudad.

Fueron fieles a su palabra, y poco tiempo después de haber pasado a tierra, enviaron, seguramente con la aquiescencia de la autoridad superior, varias balsas con fruta, caza y pescado, más algunas llamas, el curioso rumiante peruano, que los españoles nombraban *camellito de los indios*. Y se trasladó también a bordo de la carabela un gran señor o príncipe, a quien los exploradores agasajaron mucho, regalándole Pizarro un hacha ante la cual había demostrado aquél gran admiración, pues el uso del hierro no se conocía en el país.

Es indudable que los peruanos atribuían a los hombres blancos que de improviso se habían presentado en su patria, un poder sobrenatural; pero no por esto les tomaron miedo, viendo que venían de paz, y dieron en llamarles los *Hijos del Sol*, atraídos tal vez por el brillo de las armaduras. Daban los indios los productos del país a Pizarro, y éste correspondía enviando al curaca, o gobernador, pollos, cerdos y algunas baratijas, contempladas por los indígenas con profunda sorpresa y grande alborozo.

Decidió el capitán español que dos de los suyos desembarcaran y fueran a visitar la ciudad, como lo pedían los notables de la misma que estuvieron a bordo de la carabela. Desembarcaron Alonso de Molina, mozo de mucho ardor y gallardía, y un negro marinero que se trajo Bartolomé Ruiz de Panamá. Uno y otro se pasearon por las calles de Túmbez y fueron la admiración de las gentes tumbecinas, que jamás habían visto hombres blancos ni tampoco negros, sino sólo los de su matiz, terroso o rojizo. Al negro le restregaban la cara, para ver si se le iba el tizne, con mucho regocijo del africano, quien se ofrecía sonriente a toda



Uno y otro se pasearon por las calles de Túmbez ...

suerte de experimentos con relación a la persistencia y legitimidad de su color. En cuanto a Molina, demostró en seguida una invencible inclinación al bello sexo, y parece que fueron muchas las gentiles peruanas que se quedaron prendadas de su figura. Cuando volvió al barco, entusiasmado con sus conquistas y por los agasajos de que fuera objeto, se puso a fantasear acerca de las maravillas y montones de oro que decía haber visto, lo cual no convenció a Pizarro, a quien por fuerza habían de chocar tantas exageraciones. El capitán no dió crédito a las palabras de Molina y mandó al griego Pedro de Candia que saltara a tierra y viera lo que hubiese de verdad en lo dicho por su camarada.

Candia fué a la ciudad, asombró a los tumbecinos disparando su arcabuz, visitó el palacio del curaca y regresó al barco trayendo referencias también exageradas.

Pizarro era prudente. No quiso que desembarcaran todos sus hombres, por recelar una emboscada de los indios o más bien temiendo que los expedicionarios se sintieran con ganas de quedarse allí; puesto que la ciudad les tentaba con promesas de placer y de molicie. No quiso tampoco aceptar los regalos de oro y perlas que le ofrecían los tumbecinos ricos, al objeto de no parecer ambicioso. Aunque iletrado, por haber sido en su infancia un humilde porquerizo, su intuición le hacía ya prometerse un puesto en la historia. Era un imperio lo que buscaba, y un imperio tendría. Su ambición no era vulgar; acaso tuvo, en la bahía de Túmbez, el presentimiento de su destino y de la gloria que daría a su patria.

Dispuso lo necesario para continuar la exploración del Sur, y con su nave bien abastecida, salió de nuevo al mar, luego de haber prometido a los notables de Túmbez que volvería a visitarles. Navegaron esta vez los españoles hasta el 9° de latitud y tocaron en varios puntos, siendo en todas partes bien recibidos

y agasajados. Y como se repitieron seguidamente las pruebas inequívocas de la riqueza del país y pudo advertir Pizarro que había fértiles y muy pobladas regiones, comprendió que para llevar allí la civilización, las creencias religiosas y la soberanía de España, no bastaban sus pocos hombres cansados y harapientos. Era ya tiempo de volverse a Panamá a preparar la conquista.

Volvió proa al Norte, tomada esta resolución, para regresar a Túmbez. Alonso de Molina, atormentado por la sed de amores, solicitó y obtuvo permiso de su capitán para quedarse en la ciudad. Esto salieron ganando las tumbecinas guapas, que de este modo pudieron verse otra vez requebradas al estilo español. Con Molina se quedó otro compañero, llevándose Pizarro, en cambio, a dos indios para que aprendieran la lengua de Castilla. Y sin perder tiempo, volvieron los expedicionarios a Panamá, tocando de paso en la isla Gorgona, donde habían quedado dos españoles enfermos. Recogieron al único que hallaron con vida y a los indios, sus enfermeros y fieles servidores.

Es interesante observarlo: después de tan horribles padecimientos, después de tantos horrores pasados, en lucha con el hambre, con la naturaleza, con las tempestades, con indios salvajes y con animales feroces, Pizarro volvía a Panamá llevando el alma repleta de ilusiones, tal como había partido diez y ocho meses antes, y sin que vacilara su fe en la victoria.

V

Pizarro en España

Sabemos que los colonos de Panamá se habían mostrado contrarios a las aventuras de Pizarro y Almagro, y que al eclesiástico, su protector, le llamaban *Hernando el loco* por haber sido tan fiel amigo de dos hombres tenidos por visionarios. No debe extrañar que los viejos aventureros no tuvieran a la opinión de su parte: el vulgo es envidioso y descreído. Los colonos de Panamá no comprenderían el heroísmo ni los sueños de los exploradores hasta después que se tocaran los resultados de aquella grande empresa, y aun así, por suceder al escepticismo el despecho de haberse equivocado en sus augurios, la gente continuaría hablando mal de Pizarro y de cuantos le siguieron; pues a todos se consideraba faltos de razón, aunque un tiempo habría de llegar en que se envidiase su fortuna.

Pizarro llegó a Panamá trayendo pruebas patentes de sus descubrimientos maravillosos, y con ello dió a sus amigos Almagro y Luque una inmensa alegría; pero la pequeña colonia, no obstante tener ante los ojos a los hombres traídos del Sur, ejemplares de animales curiosísimos, muestras de ricos productos, estofas nunca vistas y joyas de oro y plata, más algunos ejemplares de piedras preciosas, resistíase a conceder importancia a todo aquello, sobre todo recordando las vidas y el dinero que había costado conseguirlo.

¡Incomprensión y torpe cálculo de los espíritus mezquinos! El vulgo no alcanza a penetrar el misterio de los grandes acaecimientos que se avecinan, ni aun teniendo seguros indicios de su proximidad y resonancia. Sólo ve lo inmediato y tangible. Los panameños no estimaron aquello que les enseñaba Pizarro sino por su valor intrínseco, por su cotización material, creyendo producto de la fantasía los informes que daban los descubridores sobre las riquezas vistas en Túmbez y otros pueblos. Menos podían creer en la existencia del imperio de los Incas.

De suerte que si Pizarro pensó deslumbrar a sus acreedores con la descripción de las tierras descubiertas por él y de los tesoros también por él encontrados, se llevó un desengaño. No le creyeron o aparentaron no creerle, y lo mismo hizo el gobernador, cuando se le pidió ayuda para la conquista. No quería "despoblar su gobernación para que fuese a poblar nuevas tierras, muriendo en tal demanda más gente de la que había muerto".

En descargo de don Pedro de los Ríos debe advertirse, como advertido dejamos, el estado de la opinión panameña. Un gobernador suele aceptar los dictados de la mayoría, pues le importa congraciarse con los más, aunque sea a disgusto de los menos.

En cambio, Almagro y Luque, quienes por conocer a Pizarro mejor que nadie y por tener abierta el alma a más nobles ambiciones, comprendían el alcance de los descubrimientos hechos, abrazaban al viejo amigo, y los tres hacían nuevo juramento de no ceder en sus propósitos sino ante la muerte. Pizarro había visto más de lo que Almagro y Luque podían esperar, bien entendido que siempre luchó aquél con la escasez de medios. Pero ahora, para llevar la empresa adelante, se requerían recursos extraordinarios. No pudiendo darlos el gobernador y no hallando

crédito en la colonia, ¿no sería lo más puesto en razón pedir apoyo directamente a la Corona de España, ya que, a la postre, para la Corona iban a ser las tierras conquistadas?

Los tres confederados se reunieron muchas veces para bien madurar este proyecto magno, siguiéndose siempre la orientación y consejo del sabio Luque, de quien partió la iniciativa de pedir al rey, de modo directo, los títulos y autorización competente para dar cima a una empresa tan vasta y de tanto peligro. Apelar a la Corona era el último recurso; pero uno de los tres debía ir a España, y no pudiendo hacerlo Luque, porque sus deberes eclesiásticos en la colonia no se lo permitían, quedaba por decidir quién de los otros dos era capaz de llevar a feliz término una comisión tan delicada y para la cual se requerían condiciones personales nada frecuentes entre soldados. Pizarro, completamente iletrado, tal vez se sintiera cohibido en la corte, y en cuanto a su camarada, si bien un poco más instruído, no era de presencia agradable: pequeño de estatura y feo de cara, desfigurado por la pérdida de un ojo, daba por seguro que, al presentarse al rey, produciría en el ánimo del monarca y de los cortesanos una deplorable impresión.

Propuso Hernando de Luque que se confiase la negociación a un hombre de letras que estaba a punto de embarcar para España, el licenciado Corral, funcionario público y amigo particular del eclesiástico.

No agradó esta proposición al viejo Almagro, quien prefería que fuese el mismo Pizarro a la corte.

—Yo entiendo —dijo a su camarada— que un hombre como vos, tan sereno para desafiar toda suerte de peligros, no puede intimidarse al hablar con el rey y pedirle una gobernación que tenéis ganada en justicia. Id a Castilla, don Francisco, y explicadle al rey, nuestro señor, cuánto habéis sufrido en los

manglares; pues estoy seguro de vuestro valor y de vuestra elocuencia.

Almagro no mentía ni tampoco iba desencaminado. Nadie mejor que Pizarro, tan valiente y sereno, tan medido en sus acciones y en sus palabras, tan interesado en la empresa, lograría conmover al soberano al referirle los horribles padecimientos que le había costado la exploración del Sur. Por otra parte, el ex porquerizo era un soldado de admirable planta, bien faccionado. Su arrogante figura tenía un aire de nobleza suficiente a predisponer en su favor el ánimo del monarca.

Hernando de Luque, con su gran experiencia y profundo conocimiento de los hombres, insistió para que se comisionara al licenciado Corral, temiendo futuras susceptibilidades y desavenencias de sus protegidos.

— ¡Plegue a Dios, hijos míos — declaró con palabra profética —, que no os hurtéis uno al otro la bendición, como Jacob a Esaú! Yo holgara todavía que, a lo menos, fuérades entrambos.

Pero Pizarro se había decidido, aceptando por buenas las razones de Almagro. Su gran corazón no iba a encogerse en Castilla ni en la corte, después de haberse templado en mil combates y con indecibles tormentos. Aceptó Pizarro toda la responsabilidad de aquel paso transcendental, y reunidos mil quinientos ducados, todo el dinero que había podido encontrarle Luque para los gastos del viaje, abrazó a sus amigos y dispuso su marcha a través del istmo, para embarcarse en Nombre de Dios, rumbo a las costas españolas.

Llevó consigo a Pedro de Candia, uno de los trece valientes de la isla del Gallo, más algunos indios peruanos y muestras de la riqueza del país descubierto, como paños tejidos por los indígenas, vasijas de oro y plata, joyas y otras interesantes curiosidades.

* * *

Pizarro desembarcó en Sevilla, junto con su oficial y los indios, a principios del verano de 1528. Pisaba el suelo de España después de una ausencia de más de veinte años, pero la dulce satisfacción de verse otra vez en el patrio solar le duró poco. Apenas hubo afirmado su pie en la ciudad del Guadalquivir, le echaron mano los corchetes y le llevaron a la cárcel. ¿Por qué motivo? Se lo explicaron los ministriles con muy pocas palabras. Vivía en Sevilla el bachiller Enciso, hombre que tomó parte muy activa en la colonización de Tierra Firme y a quien Pizarro debía algún dinero, como casi todos los primeros colonos del Darién. Reclamaba Enciso el pago de una deuda tan atrasada, que Pizarro, ocupado en empresas de mucho esfuerzo e indecibles afanes, ya la tenía en olvido.

Por fortuna corrió la voz de que el preso era un gran descubridor y que debía llevar a cabo una importante gestión cerca del rey. Comprobada la exactitud de estos rumores, Pizarro fué puesto en libertad y pudo seguir su viaje a Toledo, donde se encontraba Carlos V.

El emperador, que era entonces el árbitro de Europa, se disponía a marchar a Italia. ¡Buena ocasión para que Pizarro fuera a proponerle la conquista de un nuevo imperio a quien soñaba con hacerse señor de todo el mundo! Vencida Francia en Pavía y hecho prisionero su rey, el soberano español iba de triunfo en triunfo y todas las conquistas le parecían pocas. Preparábase entonces a recibir del Pontífice, en Bolonia, la corona imperial, hecho el escarmiento de Roma y reducidos a obediencia los italianos. ¡Había sido elevado al trono de Alemania, Hernán Cortés acababa de ofrecerle los vastos dominios de los reyes aztecas y aún

venía Pizarro a darle cuenta de otros ricos países descubiertos al Sur del Pacífico!

De esta suerte, el humilde soldado que en su niñez apacentó puercos en Extremadura, iba a entrevistarse con el señor más poderoso de la tierra y a recibir tal vez de sus augustas manos las más altas mercedes.

Pizarro no se inmutó en ocasión tan solemne, ni sintió el vértigo de la altura adonde le llevaban los azares de su vida aventurera. Así que hubo llegado a Toledo y obtuvo audiencia del emperador, presentóse a su majestad, y con palabra fácil y tranquilo ademán, explicó cuánto había hecho y llevaba padecido, en las tierras vírgenes de América, por ensanchar los dominios de la Corona y extender la cristiana religión.

En el número de las grandes hazañas de Pizarro debe incluirse su entrevista con el rey; pues era una empresa difícil, para un hombre que se había visto privado de la educación más rudimentaria, referir sus afanes y correrías al monarca más poderoso del mundo, sin que le turbara la presencia de los personajes palaciegos, ni el fausto de la corte, ni la duda de si obtendría atención y benevolencia. No podemos transcribir su discurso, que fué elocuente y conmovedor. Pero nos basta saber que habló con sencillez y claridad sumas, dando una gallarda muestra de su admirable calma, y que supo expresar con tanta emoción cuánto habían padecido él y sus bravos compañeros en las selvas tropicales, en las islas desiertas, y soportando el hambre, la desnudez y las mil enfermedades de los climas mortíferos; tan justos matices tuvo su dramática relación y tanta virilidad y nobleza había en sus palabras, que el rey y todos los cortesanos presentes le escucharon no sólo con interés, sino también conmovidos, llegando algunos a derramar lágrimas.

Carlos V examinó cuantos objetos curiosos le enseñaba Pizarro: las interesantes llamas, cuya lana servía a los indios peruanos para tejer ricas telas; ovillos de algodón; vasijas y joyas de oro; armas exóticas; perlas y esmeraldas; plumas de aves desconocidas en Europa, y otras muchas cosas que agradaron al soberano y a los nobles de la corte.

Sin embargo, tenía el rey que marcharse a Italia, como ya hemos dicho, y confió los asuntos del valiente extremeño al Consejo de Indias, que no se dió mucha prisa en otorgar lo que Pizarro pedía con urgencia.

Pasó el tiempo. Los míseros caudales reunidos por Hernando de Luque tocaban a su fin. Pizarro no quería pasarse en Toledo el resto de su vida y, además, su bolsa exhausta le hablaba en forma conminatoria.

Se supone que acudió en su ayuda, prestándole dinero, nada menos que Hernán Cortés, a quien el de Trujillo conoció durante su primera residencia en Santo Domingo y con el cual le unía un lejano parentesco. Cortés había venido a España a pedir del rey recompensa para sus servicios y a probar que se mantenía fiel a la Corona. Logrados cuantos honores esperaba obtener, se encontró con Pizarro, que le recordaría su antigua amistad, en un trance tan difícil, como era el de hallarse sin recursos en la corte. El conquistador de México, ya famoso y rico, no desconoció al pariente pobre, siendo con él amable y generoso.

Por fin, cuando ya Pizarro llevaba más de un año pidiendo al Consejo de Indias que resolviera sobre lo que el rey dejó encargado, intervino la reina, y el 26 de julio de 1529, se firmó la capitulación o contrato que fué base de la fortuna buscada por el aventurero durante tantos años, corriendo riesgos y calamidades mil.

Miró entonces Pizarro mucho al interés propio. Resultó de la capitulación que se favoreció a sí mismo, quedando en lugar

secundario los camaradas que le ayudaron en sus exploraciones. También le tocó ser el actor principal, cuando hubo drama, y era justo que quien más se había afanado y padecido, alcanzara ahora la mayor recompensa. Tenía ambición, pero ésta la fundaba en verdaderos méritos.

Se otorgaba a Francisco Pizarro el derecho de "explorar, conquistar, pacificar y colonizar" la provincia del Perú, o Nueva Castilla (también se dió al país este nombre), desde Santiago a un punto distante doscientas leguas al Sur. Y se le confería el título de Gobernador y Capitán general de dicha región americana, con un sueldo de setecientos veinticinco mil maravedises, teniendo, además, los títulos de Adelantado y Alguacil mayor de por vida; con todo lo cual se le reconocían las prerrogativas anejas a la autoridad de un virrey.

Nombróse a Diego de Almagro comandante de Túmbez, con rango y privilegios de hidalgo y una renta anual de trescientos mil maravedises. A Hernando de Luque le correspondió el título de Protector de los indios, concediéndosele, al mismo tiempo, el obispado de Túmbez y mil ducados de renta. Y no se olvidó tampoco a otros intrépidos compañeros de Pizarro, igualmente dignos de recompensa: como Bartolomé Ruiz, nombrado Gran Piloto de los mares del Sur; Pedro de Candia, a quien se hizo jefe de los artilleros, y a los once restantes camaradas que compartieron con su capitán los horrores de la isla Gorgona se les otorgó el rango de hidalgos y caballeros.

No era mucha la efectividad de estas mercedes, pues todo lo que significaba dinero había de salir del país conquistado. Sin embargo, el país daría de sí mucho más.

* * *

Arreglados los asuntos que le habían retenido en Toledo, Pizarro pensó en su pueblo natal y quiso ver de nuevo aquellos lugares que fueron testigos de su infancia mísera. Deseo legítimo de un hombre que, habiendo nacido bastardo y pobre, se propuso escalar los puestos más elevados y lo consiguió a fuerza de una constancia y un valor sin precedentes. De niño, para ganarse el pan, hubo de aplicarse a bajos oficios y fué pastor de puercos, maltratado por sus amos; escarnecido por la gente del lugar, que le recordaba su origen vergonzoso; sin conocer el calor de la familia; huérfano de toda protección y cariño; abandonado a su suerte, como una bestiezuela despreciable. Y volvía ahora a Trujillo hecho un gran señor, caballero del hábito de Santiago, después de haber añadido al escudo de armas de su padre, que bajó a la tumba sin haberse acordado del hijo, nuevos timbres, con la divisa del emperador Carlos V y los símbolos de los descubrimientos hechos allende los mares.

Porque — todo hay que decirlo — se había autorizado a Pizarro para modificar el escudo del autor de sus días. Incorporó a las armas de la familia el águila negra imperial y una ciudad india, con un buque a lo lejos y el camello del Perú, orlado todo con la leyenda: *Caroli Cæsaris auspicio, et labore, ingenio, ac impensa Ducis Piçarro inventa et pacata*. Se hacía entender así que, bajo los auspicios del emperador Carlos y por el ingenio y trabajos del descubridor, se conquistaría el país de los Incas, entonces apenas entrevisto. Es más: dábase ya por logrado cuanto llevaba Pizarro en la imaginación.

Llegó éste a Trujillo ya famoso y cargado de honores, encontrándose allí con la sorpresa de que acudían a abrazarle unos parientes de quienes jamás tuvo noticia hasta que la fama pregonó sus hechos y fortuna. También le salieron al paso muchos amigos improvisados y en todo el país se habló con entusiasmo del va-

liente explorador, recordándose que había salido de aquel pueblo más pobre que el hambre y más despreciado que un mendigo.

Entre los que intentaban por todos los medios probar su parentesco con él, había cuatro hermanos suyos, tres por parte de padre: Hernando, Gonzalo y Juan, y uno por la madre: Francisco Martín de Alcántara. Sólo el primero era hijo legítimo.

Los cuatro habían de tener un puesto en la historia de la colonización del Nuevo Mundo. Hernando, el mayor y único a quien no podía avergonzar su nacimiento, fué el que más defectos tuvo, que no por haber nacido mejor que sus hermanos era de más noble proceder. Pero a bravo no le ganó nadie. Gonzalo dió lustre al apellido que llevaba con sus hazañas de guerrero temerario y su conducta caballeresca. También Juan demostró tener templado el corazón, distinguiéndose por valiente entre los que más lo fueran. Tampoco desmintió su casta heroica Francisco Martín.

Pero no adelantemos los acontecimientos. Hemos dicho que a Francisco Pizarro le salieron al paso, inesperadamente, muchos parientes y amigos que no había conocido nunca. Ocurre así casi siempre en la vida de aquellos hombres a quienes un cambio inesperado de fortuna saca de la indigencia o de la obscuridad, para elevarles a las posiciones más altas, haciéndoles ricos, admirados y poderosos.

Pizarro no había ido a su pueblo con el propósito de deslumbrar a sus paisanos, haciendo alarde de los honores obtenidos, harto sabemos nosotros que bien ganados. ¿Quiénes podían recordar al porquerizo harapiento que llevaba su piara a la montaña, hacía más de cuarenta años? Si el pobre bastardo nunca tuvo amigos, si fué la criatura más insignificante de cuantas se habían criado en el berrocal, pasado tanto tiempo desde su escapada a correr mundo, para todos los habitantes del lugar sería

un extraño; y no dándose él mismo a conocer, nadie le tendría por hijo de Trujillo.

Podría creerse que Pizarro quiso visitar su pueblo por vanagloria, por jactancia, porque le envidiaran aquellos que se habían burlado de su desvalimiento cuando era niño. Pudo ser así sin desdoro para el héroe, pues es justo orgullo el de un hombre que, habiendo llegado a ocupar por su solo esfuerzo un puesto preeminente, siente placer en recordar su origen humilde y halla satisfacción en que le vean rico y ennoblecido los mismos que le conocieron pobre y obscuro.

Pero Pizarro huyó de Trujillo siendo un rapaz y ahora tenía ya nevados la barba y los cabellos. Era inútil decir a los paisanos: "Yo soy aquel que anduvo por estos encinares, cuidando cerdos, hace ya ocho lustros; aquel que nació para ser en seguida abandonado en el atrio de una iglesia". Otros se conocieron de la misma condición; otros bastardos había y también otros porquerizos.

El noble don Francisco se acordó del lugar de su nacimiento para rendir tributo de amor al terruño donde viera la primera luz. El que no tuvo padres ama profundamente la piedra que le sirvió de cuna, el rincón que le resguardó del aire, el timbre de la campana que primero hirió su oído. Quería ver Pizarro aquellos parajes inolvidables donde, escrutando el horizonte, tuvo la intuición de la grandeza del mundo. Y por haber conservado puro y ardiente en su pecho el sentimiento de la patria, pensó en que podían ser paisanos suyos los que le acompañaran en la empresa de conquistar un imperio; y así, ensanchando los dominios de los reyes de España, daría gloria imperecedera a Trujillo.

Ello es que Pizarro, por compromisos contraídos con la Corona, estaba obligado a reunir una fuerza de doscientos cincuenta hombres y a equiparlos bien, para emprender la conquista

del Perú a los seis meses de su llegada a Panamá. A Trujillo fué a buscar los hombres esforzados que necesitaba y a recrearse íntimamente en la contemplación de un paisaje nunca olvidado en sus correrías por Ambos Mundos. Creemos que por esto no le desagradó el encontrarse con parientes desconocidos, y fué a sus hermanos a quienes primero propuso que le siguieran.

Francisco Pizarro abrió sus brazos a los que decían tener en sus venas la misma sangre. Era generoso y no quiso desconocer a su familia, aunque no la tuvo hasta que le vieron elevado, sus esquivos parientes, al pináculo de la gloria. De sobra sabía el viejo soldado que a sus hermanos les guiaba ahora el interés, no el amor fraternal; pero el valor heroico y la dolorosa experiencia de una vida muy trabajada, suelen acompañarse de la bondad. Se olvidó Pizarro del abandono de que le habían hecho víctima los suyos, y a todos estrechó contra su pecho, donde no cabían ni el odio ni la soberbia. Era un firmísimo cristiano y observaba fielmente la doctrina de Cristo, hasta donde lo permite la humana condición; porque no era un santo, sino un hombre bueno.

* * *

En Trujillo no encontró el descubridor los hombres que necesitaba para volverse a Panamá y comenzar en seguida los preparativos de una nueva exploración por el Sur del Pacífico. Sus aventuras habían despertado en el pueblo mucha curiosidad y verdadera admiración; pero pocos daban crédito a las palabras de Pizarro, cuando éste, para convencer a quienes se mostraban temerosos de seguirle, quería despertar su codicia hablándoles del oro encontrado en Túmbez. La gente de pueblo es incrédula y cazurra. Para nadie era un secreto cuanto los exploradores habían

padecido, perdiendo muchos la vida. Y, en general, los hombres de Trujillo más querían su vida que los tesoros de América.

Pizarro tuvo al fin que contentarse con que le siguieran algunos de sus paisanos, no todos los necesarios ni mucho menos. Transcurrieron los seis meses señalados por la capitulación, y ya estaba el capitán en Sevilla preparándose para embarcar en tres carabelas su pequeño ejército, cuando se enteró de que el Consejo de Indias tenía el propósito de enviar delegados a la ciudad del Guadalquivir para inspeccionar el estado de los buques dispuestos y comprobar si el jefe de la expedición era fiel a su pacto con el gobierno.

Esto dió motivo a que Pizarro se inquietara, temeroso de que no se le permitiese embarcar, porque las sospechas del Consejo de Indias tenían fundamento: faltaban hombres y pertrechos, los barcos eran malos y las provisiones escasas. En lo que sí se había observado fielmente el compromiso con la Corona, era en haber incorporado a la expedición a varios sacerdotes, que debían convertir al cristianismo a los naturales del Perú. Pizarro tenía orden de observar las generosas y humanitarias leyes españolas para el gobierno y educación de los indios. Convertir a la fe de Cristo a los hijos del Nuevo Mundo era condición inexcusable impuesta a todos los descubridores.

Pero otras también eran las condiciones estipuladas, que no tuvo en cuenta el capitán extremeño, no porque le faltara la voluntad de cumplirlas, sino porque sus recursos, para llegar al exacto cumplimiento de la capitulación, no bastaban ni con mucho. Había necesitado el auxilio de Hernán Cortés, que se dice le ayudó generosamente con una fuerte cantidad, y sin embargo, ¡era tanto el dinero que se necesitaba para una empresa como aquella! Pizarro, para ganar tiempo, apenas hubo reunido los primeros veinte hombres y el primer barco, los mandó rumbo a Nombre

de Dios, al objeto de que llegaran cuanto antes a Panamá con la misión de explicar a Diego de Almagro y al eclesiástico Luque las gestiones que a él le retenían en España; no fuera que desmayase la voluntad de sus socios después de esperar en vano noticias durante largos meses.

Esta medida, tomada para curar de impaciencias a sus amigos, era discreta y fué también oportuna; porque el gobernador Pedrarias, a cuyos oídos llegaron las nuevas de la buena fortuna de Pizarro, ya estaba arrepentido de haber cedido su parte en el negocio por una ridícula bonificación y se disponía a emprender él por su cuenta la conquista del Perú, con gente reclutada en Nicaragua.

Es el caso que Almagro, por no estarse ocioso, hizo marchar a este último punto a dos hombres de su entera confianza y compañeros en las pasadas fatigas: el piloto Ruiz y el tesorero Rivera, quienes debían hacer público entre los españoles de Nicaragua que Pizarro había descubierto el país de los Incas y hallado los tesoros que se buscaban con tanto afán. Lo que Almagro quería era tener gente dispuesta para cuando llegara su socio. Siempre tropezaron los exploradores españoles, en la virgen América, con la misma dificultad: la escasez de hombres. Se los disputaban cuantos tenían alguna autoridad o jefatura, y así se comprenderá que Pedrarias se revolviera contra las intenciones de Rivera y Ruiz, con más razón siendo él también ambicioso y emprendedor. A punto estuvo de fusilar a los delegados de Almagro, y éste vió con ello fracasada su intentona.

Pizarro entretanto apresuraba su embarque en Sevilla, porque el Consejo de Indias quería revisar el contingente. Con menos de doscientos cincuenta voluntarios, número indicado por el gobierno, la expedición no habría podido salir del puerto. Pero salió el barco de Pizarro, quien no quiso esperar el permiso oficial, y quedáronse atrás los otros navíos, al mando de su hermano Hernando y de Candia. Éstos debían someterse a la inspección, pero diciendo a los delegados del Consejo que el resto de la gente, hasta los consabidos doscientos cincuenta hombres, iba en la carabela delantera. La escuadrilla reuniríase después en la isla Gomera, de las Canarias, si la delegación investigadora no oponía dificultades.

Sucedió todo como deseaba el capitán. A Hernando Pizarro y a Candia les fué fácil engañar a la autoridad, y, libres ya de obstáculos, pudieron hacerse a la vela, reuniéndose los tres navíos, tal como se había previsto, en la Gomera. En el mes de enero de 1530 pasó la escuadrilla la barra de San Lúcar.

En la Gomera se detuvo la expedición muy poco tiempo, y la travesía del océano hasta la costa Norte del gran continente del Sur de América, pudo hacerse con toda felicidad. Desembarcaron los expedicionarios en el puerto de Santa Marta, donde el capitán tuvo un fuerte disgusto; porque allí, por dar los colonos noticias descorazonadoras de los países que Pizarro se proponía conquistar, se amedrentaron algunos de sus nuevos soldados, a quienes no les tentaba el oro, si para conseguirlo habían de luchar con serpientes, caimanes y otros animales terribles.

En vano intentó el jefe de la escuadrilla infundir valor a los pusilánimes. Aquellos hombres no estaban hechos a las fatigas de la colonización; ya se portarían de otro modo después de algunos años de residencia en tierras americanas. Pero, mientras no pasaran por este duro aprendizaje, la sospecha de que podían verse prisioneros en los anillos de la serpiente o devorados por un lagarto monstruoso, les llenaba el alma de espanto. Los colonos de Santa Marta, bien fuera por egoísmo, deseando ver aumentada la colonia con los compatriotas que en ella se quedaran, o bien por divertirles el miedo que demostraban los más cobardes, cargaron las tintas sombrías en sus dramáticas descripciones, y fué

inevitable: Pizarro vió desertar a varios de sus hombres, que no se sintieron con ánimos para seguirle.

En Santa Marta se quedaron, mientras el resto de la expedición continuó su viaje al puerto de su destino, para cruzar luego el istmo y dirigirse a Panamá.

Diego de Almagro, Hernando de Luque y otros amigos, impacientes por abrazar a Pizarro y al mismo tiempo por conocer los pormenores de la capitulación, habían atravesado las montañas y esperaban a los expedicionarios en Nombre de Dios.

Del recibimiento que les hicieron y sucesos interesantísimos que habían de seguir a su llegada, se hablará en el próximo capítulo.

VI

Nuevas aventuras y los mismos sueños

Es conveniente que demos al lector nuevos detalles de un personaje que habrá de ejercer sobre el ánimo de Pizarro una influencia grande y de quien se ha dicho muy poco en lo que llevamos escrito. Nos referimos a un hermano del héroe, precisamente el único que podía enorgullecerse de la legitimidad de su nacimiento.

Hernando era un hombre fuerte, de estatura elevada, ademanes enérgicos y costumbres de señor. Se parecía mucho a Francisco por su talla y aire imponentes; pero era feo, faltándole, además, aquella dulzura, aquella simpatía, aquellos atractivos personales que armonizan bien con el don de mando y que tenía el ex porquerizo para mejor hacerse seguir y obedecer. Algo que se refleja en la mirada y en la sonrisa; lo que nunca falta a los hombres de un gran espíritu, saturados exteriormente de la nobleza que rebosa su alma; cierta cualidad resplandeciente que cautiva voluntades y predispone a la confianza afectuosa y a la ciega obediencia.

Un antiguo cronista nos dice que Hernando Pizarro era "hombre de alta estatura y grueso, la lengua y los labios gordos, la punta de la nariz con sobrada carne y encendida"; lo cual no es para que lo imaginemos simpático y atractivo.

Pues menos agradable fué por su trato y carácter. Tuvo muchos admiradores como soldado, porque nadie le ganaba en impetuosidad y fiereza en la pelea; pero no tenía amigos. Entre sus conquistas no hubo ni una sola que no consiguiera por las armas: el amor y la amistad eran cosas para él inaccesibles, defendidas por la muralla de su propia soberbia. Sólo se le conocieron dos rasgos de carácter afectuoso: la adoración que sentía por su hermano Francisco y el trato benévolo que dió a los indios. Pero para sus compañeros de aventuras fué siempre arrogante, seco, esquinado, a veces hasta cruel. Una contrariedad que le saliera al paso daba motivo a verdaderas explosiones de su cólera o dejaban en su corazón la simiente de un odio inextinguible. No perdonaba agravio ni entendía de otros intereses que no fueran los de su hermano, tan diferente, por su inclinación espontánea a la bondad y a la prudencia.

Ya al desembarcar la expedición en Nombre de Dios y después que hubo abrazado el capitán a los amigos que habían ido a recibirle, demostró Diego de Almagro cierta frialdad y disgusto por la importancia que se daba Hernando como segundo comandante del pequeño ejército traído de España.

Y no pudiendo ocultar lo que sentía, molesto por la presencia de un advenedizo y a la vez indignado por el hecho de habérsele tenido poca consideración en el pacto con la Corona, echó en cara a Pizarro la desigualdad de los honores y nombramientos, acusando al viejo camarada de ingrato y egoísta.

—¿Es así como tratáis a un amigo que ha partido con vos los gastos y los peligros de la empresa? —dijo con amargura.— Al embarcaros para España hicisteis promesa solemne de mirar por los intereses de vuestros socios como si fueran los vuestros. Y no responde vuestra conducta desleal a las palabras que pronunciasteis al partir. Para vos son todas las ventajas de la capitulación, y a mí se me deshonra a los ojos del mundo con una miserable recompensa.

El reproche era justo en cierto modo. A Pizarro le tocó en lo vivo, pero no le faltaban razones para sincerarse, y lealmente expuso el motivo de aquella desigualdad.

Él había querido partir con Almagro los honores que le otorgara el gobierno español, pues siempre fué amigo de sus amigos y le repugnaba la traición. Pero el gobierno dijo que debía haber un jefe superior, sobre quien recayese toda la responsabilidad de los futuros acontecimientos, de modo que la Corona no tuviera que entenderse particularmente con todos los asociados en la empresa, sino con uno solo, el más caracterizado. Por esta razón y porque no era prudente confiar a manos distintas facultades que tenían tantos puntos de contacto entre sí, el gobierno de España nombró a Pizarro, contra las esperanzas y deseos de este último, Adelantado y Gobernador para toda su vida.

—Y no debe pesaros —dijo el favorecido a su camarada agraviado—. El país que ha de ser nuestro es lo suficiente grande para que en él quepamos los dos y pueda quedar satisfecha vuestra ambición como la mía. Cuanto me pertenece, os pertenece a vos del mismo modo, pues no hemos de reñir por si uno tiene más que el otro, estando atados entrambos por los lazos de una antigua y firme amistad. Esta es mi mano, don Diego. No la rechacéis, porque os la ofrece un verdadero amigo.

Intervinieron algunos subalternos con la misma intención conciliadora, y Almagro estrechó, por fin, contra su pecho, al viejo camarada. Sin embargo, quedaba por disipar la última sombra. En el corazón de don Diego había caído una gota de hiel que ya no podría evaporarse al calor de un antiguo afecto. El hermano de Pizarro, cuya jactancia era la causa principal de los recelos de Almagro, daría motivo a nuevas y más deplorables discordias.

Hechas las paces, al menos en apariencia, trasladáronse todos a Panamá, para en seguida comenzar los preparativos de la conquista. Todavía surgieron nuevas disputas al llegar a las playas del Pacífico, porque Almagro no había quedado satisfecho y hubo asimismo otros compañeros que demostraron idéntico disgusto. Pero la oportuna intervención de los socios Luque y Espinosa, bastó a tranquilizar a los descontentos. Pizarro era el que más deseaba la reconciliación. Prometió solemnemente abandonar el empleo de Adelantado en favor de Almagro y pedir a la Corona, para éste también, un gobierno separado del suyo propio, cuando fueran dueños del país que se proponían conquistar. Además, se ratificó el contrato relativo al reparto de los beneficios en tres partes iguales: una para Pizarro, otra para Almagro y la tercera para Luque o Espinosa.

En cuanto a sus hermanos, dijo Pizarro que no solicitaría para ellos ningún empleo sino después de haberse complacido a todos los que tenían más derecho a esperarlo.

Y así, no escatimando el jefe las concesiones, aplicando Almagro sobre su amor propio herido el bálsamo de estas promesas y otra vez embriagados todos con sus ensueños de gloria y de riqueza, volvióse a la paz para disponer lo necesario a otra clase de guerra, la que emprenderían contra los países del Sur.

Juntos los hombres que Pizarro había reclutado en España, más algunos de los que estuvieron en Túmbez y otros, muy pocos, que lograron traerse de Nicaragua los leales Rivera y Ruiz, se reunió un pequeño ejército de ciento ochenta y tres soldados. Con esta escasa fuerza, en la que iban comprendidos veintisiete caballos, se proponía el comandante de la expedición conquistar una vasta región americana. Lo mismo que se hizo otras veces, Almagro se quedaba en Panamá, al objeto de organizar otra expedición de refuerzo.

Los barcos eran tres, dos muy capaces y otro pequeño. Estos barcos, como ya lo habrá supuesto el lector, no eran los comprados en España, los cuales se quedaron en Nombre de Dios, por no ser posible transportarlos a través del istmo.

* * *

El día de San Juan Evangelista, del año 1530, hubo función solemne en la iglesia de la Merced, de Panamá. Quiso Pizarro que confesara y comulgara toda su gente, que se diera la bendición a las banderas y que se cantara una misa. Además, el padre fray Juan de Vargas, subido al púlpito, acudió a su elocuencia edificante, y todos aquellos hombres cuyo corazón parecía endurecido por la constante lucha en tierras inhospitalarias, demostraron mucho fervor religioso, siguiendo el ejemplo de su capitán, que invocaba la ayuda de Dios para salir con bien de sus nuevas aventuras.

Y en seguida, embarcado el pequeño ejército en los tres navíos, se puso proa al Sur, quedando en la playa Luque, Espinosa, Almagro y otros amigos, que despidieron a los expedicionarios deseándoles la protección del cielo. Los barcos hicieron rumbo a la bahía de San Mateo, adonde llegaron trece días después de haber salido de Panamá. De haberles sido favorable el viento, era su intención no detenerse en ningún punto de la costa hasta llegar a Túmbez.

Desde San Mateo, y con objeto de explorar mejor los países costeños, Pizarro quiso continuar por tierra el camino, con parte de sus hombres, mientras seguían los barcos navegando a la vista. Se desembarcaron, por consiguiente, los caballos y emprendieron la marcha los jinetes por la costa; pero con dificultad, porque

tuvieron que vadear muchos ríos y otros los cruzaron a nado, durando esta marcha penosa muchos días, hasta que, por fin, ya casi agotadas sus fuerzas, penetraron en un gran poblado de la provincia de Coaque.

Los indios huyeron, pero en sus chozas hallaron los españoles sobrados alimentos para aplacar el hambre, telas curiosas y hasta muchos objetos de oro y plata, más una gran cantidad de esmeraldas, algunas del tamaño de una nuez. Parecía que les acompañaba ahora la fortuna, pues no pensaron alcanzar tan pronto semejante riqueza. Y aún era ésta mayor de lo que suponían, pues no dieron a las esmeraldas, por desconocerlas, el valor que tenían, y sólo por consejo de los religiosos, compañeros de expedición y más entendidos en piedras preciosas que los rudos soldados, se guardaron valiosísimos ejemplares de aquellos que, de momento, parecieron vidrios de color sin importancia.

Se ha censurado a los españoles que se apropiaran de cuanto hallaron a su paso, saqueando los tesoros de los indios.

Nuestros hombres del siglo XVI buscaban oro en América, es cierto; pero ¿qué otra cosa podían esperar que les compensara de los grandes peligros y terribles padecimientos por que pasaron? El botín obtenido después de imponderables luchas y fatigas, lo juntaba Pizarro para deducir la quinta parte, destinada a la Corona, distribuyéndose luego el resto entre los oficiales y soldados, en la proporción que mejor convenía a los méritos de sus servicios. Siempre se observó la misma conducta, durante la conquista, y se entiende que, de no haber existido este estímulo, que siempre ha sido propulsor de las grandes empresas y ha orientado los esfuerzos del hombre, individual y colectivamente, por sólo un afán de gloria no se habría descubierto América ni llevado a tan remotos países los adelantos de la civilización. ¿Y de qué podía servirles a los indios su riqueza si habían de seguir viviendo incomunicados con el resto del mundo, si hasta desconocían el valor del oro, si vivían, con relación a los progresos de Europa, en un estado salvaje?

* * *

Tan necesario les era el oro a los capitanes españoles, para llevar a feliz término sus empresas, que Pizarro no pensó en guardarlo para sí, cuando lo halló en la provincia de Coaque. En seguida envió a Panamá veinte mil pesos, al objeto de que los reacios a formar parte de la nueva expedición que organizaba Diego de Almagro, se sintieran tentados por el tesoro y se alistaran para marchar al Perú sin más vacilaciones.

De modo que Pizarro quiso facilitar las gestiones de su socio, enviando de nuevo a la colonia sus barcos, más los veinte mil pesos castellanos que se ha dicho, y prosiguió él con el resto de su gente la exploración de la costa, sin que le inquietaran los muchos obstáculos que aún le quedaban por vencer.

Esos obstáculos no los ponían los indios, quienes, siguiendo el ejemplo de los habitantes de Coaque, abandonaban casi siempre sus poblados y bohíos al acercarse a ellos los españoles. Pero las tierras por donde éstos caminaban eran pobres, arenales extensos sin un árbol, sin una sombra bienhechora que librara a los expedicionarios de las torturas del sol, cuyos rayos verticales, como lluvia de fuego, parecían tener fuerza bastante para derretir las armaduras. La naturaleza se mostraba hostil a los conquistadores, como si intentara probar la constancia y el valor de aquellos hombres que tenían de acero el vestido y el alma. Siete meses de marcha horrible a través de países desiertos, desafiando el sol implacable, resistiendo al hambre y a la sed, viendo morir a infelices compañeros; porque, además, aumentaron las torturas de los expedicio-

narios con los horrores de una epidemia que causó la muerte de muchos. Amanecían hinchados, monstruosos, y se les llenaban el cuerpo y la cara de enormes verrugas, que no era posible extirpar; pues cuantos recurrieron al procedimiento de la lanceta quedaron desangrados. Sentían agudísimos dolores y les consumía la fiebre. Por esto la marcha fué muy lenta, porque entre cuidar a los enfermos y enterrar a los muertos se pasaban los días, perdidos en medio del espantoso arenal.

Como siempre, Pizarro fué el más firme y a todos procuraba confortar con su ejemplo, sobre todo a los que procedían de Nicaragua, acostumbrados a una vida más fácil y suave, que fueron los primeros en desfallecer. Les hablaba de su infinita misericordia de Dios con más fervor y elocuencia que los mismos frailes agregados a la expedición, y recogía en sus brazos a los moribundos para ayudarles a bien morir con palabras de esperanza, vueltos los ojos al cielo, que por ser como una inmensa fragua, no parecía propicio a la clemencia.

El refuerzo que esperaba Pizarro tardó en llegar siete meses, como llevamos dicho, y no fué muy considerable. Sólo llegó un navío, que divisaron los españoles estando cerca de Puerto Viejo, cuando habían pasado lo peor del camino y resistido a las más grandes penalidades. Pero el barco traía bastimentos y algunos nuevos voluntarios venidos de España, junto con los funcionarios nombrados por el gobierno español para formar parte de la expedición, a quienes Pizarro no embarcó en Sevilla a causa de lo precipitado de su partida, cuando escapó de aquel puerto al objeto de evitarse la revisión del Consejo de Indias. Entre los funcionarios nombrados por la Corona, venía el tesorero real Alonso de Riquelme. Los voluntarios eran escasos; pero, desde Panamá, enviaba noticias alentadoras Diego de Almagro, quien decía tener ya casi del todo preparados otros refuerzos y pro-

metía reunirse con sus compatriotas a la mayor brevedad. Además, procedentes de Nicaragua, llegaron también a Puerto Viejo otros treinta hombres al mando del oficial Sebastián Balalcázar, español de los que más se distinguieron después en la conquista del Perú.

Como los soldados de Pizarro estaban ya rendidos, querían muchos quedarse en Puerto Viejo y fundar allí una colonia. No fué del mismo parecer el capitán, a quien interesaba sobre todo seguir adelante; pues se hallaban ya fronteros a la isla de Puna y, por consiguiente, muy cerca de Túmbez, es decir, casi en las puertas del país de los Incas.

Pizarro quería asegurarse la amistad de los indios de Puna para tener un apoyo en esta isla, situada en la embocadura del río de Guayaquil, y atacar a Túmbez, la población más importante de cuantas había descubierto en sus anteriores viajes. Avanzaron, pues, los castellanos hasta el golfo de Guayaquil, y cuando estuvieron a un paso de la isla, fué a recibirles el cacique indio, acompañado de sus notables, y ofreció a Pizarro hospitalidad en sus dominios. Aceptó el capitán español este ofrecimiento, y como quiera que en Puna había lugares cómodos donde alojar a las tropas y no faltaban tampoco subsistencias, pensó quedarse allí hasta que hubiese pasado la estación de las lluvias, dando tiempo de este modo a que llegara Almagro con sus refuerzos.

Otra cosa le aconsejaban los indios sus intérpretes, fieles servidores que le acompañaron en su viaje a España y de cuya lealtad tenía Pizarro recibidas muchas pruebas. Dichos intérpretes tumbecinos conocían la perfidia de los naturales de Puna, gente belicosa y acostumbrada a la traición. Advirtieron, por tanto, al capitán del peligro que corría viviendo en la isla confiadamente; pero Pizarro y todos los españoles se hallaban tan a

gusto descansando en aquellos parajes, después de su penosísima marcha por la costa, que los prudentes consejos de los lenguas no fueron escuchados. El lugar era hermoso y fértil. Abundaban los árboles frondosos y había ricas plantaciones de cuanto producen los climas tropicales, cacao especialmente. Las viviendas ofrecían ciertas comodidades, sobre todo para hombres acostumbrados a dormir al raso, y los naturales no perdonaban ocasión de agasajar a sus huéspedes. Así aconteció que a los españoles se les pasaban los días sin notarlo, viéndose bien servidos y muy honrados, y fué necesario que viniera la traición a sacarles de la molicie para que dieran oídos a los indios fieles, que no habían nunca cesado de augurar desgracias.

* * *

Sucedió que en Túmbez se tuvo noticia de que los hombres blancos, sus amigos, vivían en Puna, y como los tumbecinos guardaban muy gratos recuerdos de la visita de Pizarro, quisieron testimoniar de nuevo su amistad al capitán español, visitándole en su campamento.

Por existir de antiguo entre los tumbecinos y los habitantes de Puna una rivalidad implacable, no vieron los isleños con buenos ojos las relaciones afectuosas de los españoles con aquellos a quienes consideraban enemigos, siendo así que comenzaron a conspirar en la sombra, y a no ser por los intérpretes de Pizarro, que descubrieron a tiempo la conjura, acaso los expedicionarios habrían hallado todos en la isla una muerte espantosa.

Nació el conflicto de un odio secular entre los tumbecinos y los insulares. Unos y otros estaban celosos de la amistad de Pizarro, y fueron los de Puna quienes, confirmando su fama de raza pérfida, prepararon los primeros la traición.

Supo el comandante español que los notables de la isla habían decretado su muerte. Decidió, en consecuencia, ganarles la vez a los conspiradores: les hizo prender por sus soldados y les entregó luego a los vecinos de Túmbez, después de haberles reprochado con aspereza su infidelidad y perfidia. Los desdichados murieron a manos de sus enemigos como las reses en el matadero, siéndoles cortada la cabeza por la parte de la nuca.

Naturalmente, los de Puna no podían perdonar a Pizarro que hubiese entregado los caciques traidores a la tribu enemiga. Era peor ultraje que haberles matado por sí mismo. Se produjo, pues, de modo fulminante la insurrección, y los españoles se vieron atacados en su campamento por algunos miles de indígenas.

Duró la batalla de Puna varios días, o mejor diríamos varias noches, porque los indios escogían la noche para sus ataques, creyendo con esto sorprender a los castellanos. Pero su porfía les costó muy cara y les sirvió de muy poco. Siempre tuvieron que retroceder ante la resistencia invencible de los soldados de España, que tenían disciplina y un armamento superior, aunque numéricamente se hallaban, con respecto a los isleños, en una proporción de uno por ciento. Hernando Pizarro, que mandaba el pelotón de caballería, se distinguió mucho en estos combates, por su táctica y admirable arrojo, atemorizando al enemigo, que muchas veces hubo de escapar y refugiarse en los bosques. Una jabalina hirió a Hernando gravemente en una pierna. También murieron tres o cuatro españoles. Pero, al fin, tras una lucha muy larga y cruenta, se ganó la batalla, quedando los rebeldes duramente castigados.

Todas sus victorias las atribuían los castellanos, en aquellos tiempos de ciega fe, a la intervención de los cielos. El triunfo de Puna creyeron debérselo a San Miguel, que, al decir de los antiguos cronistas, luchó a su lado con espada y rodela, contra

el diablo, capitán de las hordas salvajes. Es una ingenuidad comprensible en los fervientes cristianos del siglo XVI. Francisco Pizarro tuvo desde entonces mucha devoción por el santo arcángel y prometió dar el nombre de San Miguel a la primera ciudad que fundase, como así lo hizo, en efecto, al fundar una colonia en los valles de Tangarala, a treinta leguas de Túmbez y ciento veinte de Quito.

Pero no adelantemos los acontecimientos, que es mejor guardar el orden en la narración para su más perfecta claridad.

Ha de añadirse a lo dicho que Pizarro tuvo la fortuna de recibir nuevos refuerzos estando en la isla de Puna; pues llegaron dos navíos al mando de Hernando de Soto, capitán de mucho valor, templanza y mesura, que después se hizo célebre por el descubrimiento del Misisipí y que debía ocupar el segundo puesto en el ejército expedicionario, si ya no lo hubiese dado Pizarro a su hermano herido. Soto traía cien voluntarios y algunos caballos. Llegó oportunamente, teniendo en cuenta que la estancia de los españoles en Puna, después de lo ocurrido, no podía ser nada agradable. Además, las fuerzas reunidas eran ya bastantes, en opinión del jefe, para continuar la marcha pasándose a tierra firme.

Aquí procede hacer un alto en la narración de los hechos de Pizarro, porque vamos a entrar de lleno en la conquista del Perú, y hay que decir cuál era el estado de este país en aquella época. Procuraremos no extendernos demasiado en nuestra descripción del imperio de los Incas, pues nos interesa la vida de Pizarro sobre todo lo demás. Sin embargo, aunque sea sucintamente, es nuestro deber reseñar las condiciones de la civilización peruana y circunstancias en que se hallaba el gobierno del imperio cuando los españoles comenzaron a conquistarlo.

Ello lo verá el que siga leyendo.

VII

El imperio de los Incas

Nos hemos referido varias veces al *imperio de los Incas*, y aquí ha de advertirse que no damos a la palabra imperio su valor absoluto, porque verdadero imperio no lo había en el Perú, al menos por lo que se refiere a su organización; pero sí estaban los indios peruanos más civilizados que las otras tribus, es decir: tenían mayor número de conocimientos rudimentarios, por lo que se refiere a la utilidad práctica de las cosas, y eran igualmente, por tener más despierta la inteligencia, muy fuertes y poderosos como pueblo dominador de otros pueblos.

Sin embargo, esa superioridad, bien entendido que los indios de América desconocían la civilización de Europa y apenas sabían otra cosa que cultivar torpemente algunas plantas y destrozarse en continuas guerras de tribus fronterizas, había de causar sorpresa a los descubridores españoles, acostumbrados a encontrar nada más que salvajes en sus exploraciones por el Nuevo Mundo.

Los antiguos cronistas vistieron la realidad peruana con las galas de su propia fantasía, deslumbrados por la riqueza de los Incas, y escribieron muchos embustes, que no rectificaron más tarde otros historiadores, sucediendo de esta suerte que la historia del Perú ha sido durante siglos una leyenda, y aún se habla de la civilización que hallaron los españoles en aquellas tierras remotas como de algo muy superior a las culturas primitivas y pintorescas.

No queremos nosotros caer en la puerilidad de tener a los Incas por civilizados sino dando a esta palabra un valor relativo. Imagínese a una tribu ferozmente perseguida por otras rivales y a la cual la necesidad de subsistir, de defenderse, obliga a instalarse en una hondonada de los Andes donde encuentra una fortaleza natural; pues, fortificados los dos o tres pasos que conducen a ella, de ningún modo puede el enemigo hostilizar a quienes viven encerrados entre montañas ingentes. Los Incas fundaron la ciudad del Cuzco para vivir al seguro, para evitarse asaltos y sorpresas; el instinto de conservación les hizo buscar un refugio inviolable, y al hallarlo, las mismas ventajas de su situación determinaron la superioridad sobre las otras tribus.

De este modo, haciendo la guerra por su propia voluntad, cuando les convenía, y fuera de cuidado por tener al seguro sus viviendas, los Incas prosperaron. Luchaban siempre con ventaja, porque tenían la iniciativa del ataque, permitiéndoles esto no gastarse en luchas inútiles. Sufrían pocas bajas en sus frecuentes incursiones, porque eran cautos y porque, al retirarse con el producto de sus rapiñas, quedaban a cubierto de toda acción vindicativa que pudieran emprender las tribus perjudicadas. El azote de la guerra era para sus vecinos; nunca llegaba al valle donde los Incas tenían sus hogares, sus campos, sus tesoros. Y así se fueron multiplicando con el tiempo, se enriquecieron y hasta se aplicaron en las artes de la paz, con la serenidad de espíritu propia de los que nada temen, porque son fuertes y se consideran libres para siempre de enemigos. Dedicábanse al pastoreo de las llamas, el pequeño camello domesticado que les servía en la guerra como medio de transporte y cuya lana aprendieron a tejer; cultivaron los campos con cierto primor, inventando un sistema excelente de irrigación, y hasta supieron fundir metales, haciendo herramientas de bronce muy notables.

Entre las muchas tradiciones que se han conservado sobre el origen de la civilización de los Incas, hay una que no tiene carácter de fábula, y es que visitaron a esta tribu, en tiempos muy remotos, unos hombres blancos y barbudos, quienes debieron enseñar a los indios una parte de los adelantos de los países del Asia, tradición que existía también entre los aztecas, los mexicanos que conoció Hernán Cortés, fervientes devotos de Quetzalcoatl.

Pero esto está por averiguar, y como quiera que la cultura de los Incas era muy elemental, de ningún modo maravillosa, mejor debe creerse que se produjo espontáneamente, provocada por las mismas necesidades de la vida y de la guerra.

Los habitantes del Cuzco, por su elevadísima situación en los Andes, pasaron a ser una raza superior entre las tribus de los trópicos, una raza selecta y dominadora, en cierto modo podríamos decir también aristocrática. Gozando del privilegio de ser invulnerables, porque a sus lares jamás llegaba el enemigo, eran al mismo tiempo, y por idéntica razón, más industriosos que los otros indios. Desde luego no debemos dejar inadvertida la influencia del clima, que tanto se echa de ver en la actividad o pereza del hombre, en su natural inclinación al trabajo o a la molicie. De no hallarse el Cuzco en los trópicos, debido a su altura, hubiera estado cubierto de nieves perennes; pero ocupando una situación tropical, en extremo desagradable para los habitantes de las tierras bajas, disfrutaba de una temperatura suave y fina. Se entiende, pues, que en aquellas latitudes fueran más trabajadores e inteligentes los hombres de arriba que los de abajo, con mayor motivo estando libres del azote de la guerra, teniendo aseguradas sus vidas y haciendas.

Así fué el Cuzco progresando, hasta formarse una ciudad de sólidas construcciones, porque los peruanos sabían trabajar la piedra y asentarla con muy justas junturas, para mejor resistir

al tiempo. La mansión del cacique o rey, el templo del Sol (las gentes del Perú adoraban el sol) y algunas casas de los notables, sin llegar a ser las maravillas que suponen los panegiristas de los Incas, eran verdaderos monumentos, sobre todo destacando de las barracas de adobes, que tales eran en su mayor parte las otras viviendas.

Estas eran todas de muy poca altura y formaban calles muy estrechas, aunque también había plazas espaciosas y un pequeño río que atravesaba la ciudad, cruzado por puentes construídos con troncos de árboles, sobre los cuales colocaban los indios anchas piedras a modo de baldosones. Es decir, que los puentes eran empedrados, más para hacerlos fácilmente practicables que por aumentar su solidez, bien entendido que su resistencia había de venir a menos con semejante pesadumbre.

Protegía a la ciudad, por el Norte, una montaña muy alta. También situada de esta parte, había una fortaleza de tres torres y una extensa muralla de mucho espesor. La tierra aparecía excavada al pie de las torres, teniendo la fortaleza galerías subterráneas que comunicaban con la ciudad y con el palacio del Inca o gran cacique. Por el otro lado, cerraban el paso al enemigo dos murallas circulares de unos doscientos cincuenta metros de extensión. Entre dichas murallas, separadas a gran distancia una de otra, estaba la tierra levantada, formando parapeto.

Hemos de advertir que los peruanos no empleaban ninguna argamasa en sus construcciones de piedra, limitándose a procurar que encajaran bien los diferentes bloques, y en su defecto, rellenaban los intersticios con piedras pequeñas. Pero sabían arrancar de la cantera enormes sillares, que no pulimentaban sino por los bordes, hasta conseguir que juntaran bien unos con otros, sin preocuparse del aspecto grosero de su obra.

Y es que los peruanos, aun habiendo aprendido a construir

formidables muros, ningún sentimiento tenían de la belleza arquitectónica. Aquellos mismos edificios que llamaban los españoles palacios reales, no eran sino murallones de extraordinario espesor, pero bajos, que cercaban un vasto recinto. Otras paredes semejantes se levantaban en el interior, dejando un patio en el centro, y todas las habitaciones del palacio tenían su puerta en el patio, sin otra comunicación entre sí. Los techos eran algo todavía más sencillo, pues todos se hacían de paja o de troncos de árbol, a veces toscamente labrados.

Lo que había de más rico y esplendente en las residencias del Inca, eran los adornos de oro y plata con que se recubrían las paredes, en el interior. Representaban dichos adornos la figura de animales exóticos, pues los indios sabían fundir el metal, y aunque revelando un arte primitivo, rudimentario, trabajaban aquellas figuras con habilidad y esmero.

Bien puede comprenderse que no fué el arte de los peruanos, sino la abundancia de metal precioso, lo que deslumbró a nuestros antepasados. Los españoles que acompañaron a Pizarro en la conquista del Perú, no habían visto jamás el oro a montones, tal como allí lo vieron; y entusiasmados por un semejante alarde de bárbaro esplendor, se exaltó su fantasía.

* * *

Veamos ahora lo que fué el imperio peruano, si por imperio se ha de tener el dominio que los habitantes del Cuzco ejercieron sobre muy vastos países, validos de su manifiesta superioridad con relación a las demás tribus.

Los Incas habían hecho la guerra durante mucho tiempo a las tribus vecinas. Eran los más inteligentes, los más fuertes y

los más rapaces. Salían de su fortaleza, en busca de aventuras, cuando, por un complejo de circunstancias especiales, por razones de oportunidad y preparación o por estar desprevenidos los pueblos sobre los cuales iban a caer, tenían asegurada de antemano la victoria. Si alguna vez les fallaban sus cálculos, les era fácil retroceder y refugiarse en su ciudad inexpugnable.

De esta suerte se hicieron temer y respetar en todas partes adonde les llevó su codicia, y al fin, transcurrido el tiempo y después que hubieron saqueado muchas veces los poblados de sus enemigos, idearon imponer a éstos una contribución, comprometiéndose en cambio a no molestarles más, salvo en el caso de que dejaran de pagar el tributo indicado. Este tributo se cobraba en especies, razón por la cual construyeron los Incas muchos almacenes en toda la extensa comarca que dominaban, y nombraron en cada lugar un oficial que hacía las veces de alcabalero. Las tribus sometidas pagaban por miedo a las represalias, y los productos obtenidos por este sistema, que podríamos llamar del terror, los trasladaban los Incas, a lomos del pequeño camello peruano, para atesorarlos en su hermoso valle andino.

El imperio se extendía, en la época de la invasión española, por la costa del Pacífico, desde el segundo grado de latitud Norte, aproximadamente, hasta el treinta y siete de latitud Sur. Era una extensa faja de territorio que en su mayor anchura no pasaba de ciento veinte leguas, corriendo en la dirección de la costa y cerrada por la cordillera de los Andes, donde están las montañas más elevadas de todo el continente americano. El valle del Cuzco venía a ser el centro geográfico del antiguo imperio de los Incas, cuya extensión comprendía los límites occidentales que hoy tienen las Repúblicas del Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. La parte baja es arenosa y estéril, pero los indios aprovechaban las llanuras elevadas para el cultivo, y tenían construídos, como sistema

de regadío, numerosas acequias y canales subterráneos. Obsérvese que sus medios de transporte se reducían al pequeño camello peruano, capaz de trepar por los derrumbaderos como una cabra, y lo mismo era el indio, criado entre riscos, pastor de llamas en las laderas andinas.

Jamás pudieron sentir los primeros habitantes del Perú la necesidad de grandes caminos, bastándoles las veredas creadas por el tránsito, que, en los lugares cenagosos, convertían en calzadas sostenidas por resistentes muros. En cambio, mayores muestras de ingenio debían dar en la construcción de acueductos, porque les faltaba el agua. Sin embargo, tampoco los acueductos eran la maravilla que se ha supuesto, aunque nos produzcan siempre admiración los primeros esfuerzos del hombre de los Andes por horadar la roca y canalizar el líquido elemento sin el cual no es posible la vida.

Su agricultura ofrecía una gran variedad de productos, debido a la diferencia de climas observados en poca extensión; pues variaba el clima según las elevaciones del terreno, pasándose de este modo de la región tórrida, o sea la más baja, hasta las cumbres perpetuamente coronadas de nieve. Pero había temperaturas medias según fueran los grados de elevación, obedeciendo a esta circunstancia la variedad de plantas. Tenían los indios peruanos, para alimentarse, el coco, el cacao, la yuca, el plátano, el maíz, un arroz indígena que llamaban *quinna*, la patata, etc. De la coca y el maíz hacían los Incas brebajes alcohólicos, cuyo abuso estaba muy extendido cuando llegaron los españoles al Perú. El vicio de la embriaguez existía, pues, mucho antes de acometerse la conquista.

Está demostrado que los peruanos sabían abonar sus tierras y regarlas muy bien, aunque tuvieran que traer el agua de muy lejos, en cuyo caso se servían de las galerías subterráneas a las

cuales nos hemos ya referido, excavando la roca y construyendo acequias, según convenía a las condiciones del terreno.

Por supuesto que no conocían la reja de arado, que de nada les habría servido no teniendo animales para tirar de la misma. El uso del hierro no se conoció en el Perú sino después de haber llegado los españoles, y se dice que los indios se servían de estacas puntiagudas para remover la tierra, aunque se daban buena maña en estas prácticas de la agricultura primitiva, logrando con regularidad los beneficiosos efectos que esperaban de su trabajo.

Era tradición y costumbre que todo hijo del país se casara, al llegar a cierta edad, y entonces debía atender a las necesidades de su mujer y de sus hijos. La tribu a la cual pertenecía le daba una parcela de tierra y una barraca. También la mujer tenía dote, consistente en otra parcela de cultivo, la mitad más pequeña que la del marido.

Esto por lo que se refiere a las familias pobres. Pero había, además, los caciques o *curacas*, jefes de las tribus sometidas al yugo de los Incas, la raza dominadora. Los curacas podían considerarse labradores ricos, aparte la autoridad local de que gozaban. Al casarse sus hijos, se les asignaba un terreno correspondiente a su rango, pero observándose la misma costumbre y arreglo que se tenía para sus vasallos.

Ya se ha dicho que también se dedicaban los naturales del país al pastoreo de llamas. La lana de este curioso animal y el algodón cultivado en determinadas regiones, proporcionaba trabajo a las mujeres, muy diestras hilanderas y tejedoras. Los lienzos obtenidos de esta suerte eran más o menos ricos y algunos muy notables, de colores brillantes, que al ser enviados a España por los conquistadores, produjeron la admiración de los reyes y cortesanos.

Los tejidos hechos por los peruanos eran de muy diversas clases, pues mezclaban la lana de su pequeño camello con el pelo de otros animales, resultando así algunos lienzos muy resistentes, y hacían igualmente otros finísimos de plumas. Se empleaban las telas no sólo para los vestidos, sino también como colgaduras en las casas de los curacas y en los palacios — ya hemos dicho que había construcciones a las cuales los españoles dieron este nombre — del Inca principal y de sus parientes.

Las mejores telas tejidas en los dominios del cacique de los Incas, a quien indistintamente llamaron los historiadores *rey* y *emperador*, eran para éste y para los de su raza. Un semejante rey no se distinguía de los curacas sino por ser el jefe de la tribu dominadora. El cacique de los habitantes del Cuzco había de tener sobre los demás caciques, por haberles vencido y dominado, un rango superior, y de ahí que se revistiera de una cierta majestad imperial.

El emperador se quedaba con las mejores telas y también con otros objetos de valor, lo más rico de cuanto producía la industria peruana: vasos de oro y plata, espejos de vidrio volcánico y de plata bruñida; plumas preciosas, collares, pulseras y otros adornos, utensilios de cobre y de barro, en fin, cuanto podían dar las tribus sometidas, haciendo efectivo su tributo a los llamados *Hijos del Sol*.

Porque los Incas, adoradores del sol, imponían su culto a las gentes de todas las tierras conquistadas. Adoraban también a la luna y las estrellas, pero relacionándolas con la deidad preferida. A la Luna la llamaban esposa del Sol, y la estrella Venus era, según las creencias de los indios del Cuzco, algo así como el paje del rey de los astros. Al trueno y al relámpago los adoraban asimismo como divinidades encargadas de administrar justicia.

Todas las tribus que tenía el Inca bajo su gobierno debían profesar la misma religión y aprender la lengua quichúa, que era la que se hablaba en el valle donde estaba asentada la ciudad de los tiranos.

Tan ferviente era el culto de los Incas, que el mejor de los edificios que levantaron fué el templo del Sol, en el Cuzco, llamado también del oro, porque en ninguna otra parte hicieron un derroche semejante de auríferos adornos. Dicho edificio ocupaba un área muy extensa y era todo de piedra, menos la cubierta, hecha de paja, como en las demás casas y palacios. Pero la gran maravilla del templo del Sol estaba en su interior, donde el oro aparecía amontonado con una prodigalidad deslumbradora. Había la imagen de la deidad adorada, toda de oro macizo y de gran tamaño, y una enorme profusión de ornamentos y adornos, también de oro, resplandeciendo en los altares, las paredes y el techo.

Los sacerdotes eran muy numerosos y el ritual muy complicado. Se hacían sacrificios de animales y algunas veces de hombres. La mejor fiesta religiosa del año era la llamada del Raymí, celebrada en el período del solsticio estival.

* * *

El cacique de los Incas, y de consiguiente el tirano de todas las tribus sometidas al gobierno del Cuzco, es el que aparece como emperador, en las viejas historias, y como tal habremos de tenerle por no faltar a la costumbre establecida y para distinguirle de los curacas y jefes que tenía bajo su dominio.

Era un verdadero déspota el Inca principal y se consideraba como un ser superior, de origen divino, representante del Sol y

primer sacerdote del imperio. Nadie podía discutir sus disposiciones y a todos cobraba tributo como rey de todos. Se rodeaba de un séquito fastuoso, para estar a más distancia de sus súbditos, a quienes quería deslumbrar con el gran aparato de su magnificencia. Los nobles que formaban su corte se creían de sangre real y eran numerosos, porque el Inca emperador tenía muchas esposas y, en consecuencia, también muchos hijos. A esos nobles les llamaron los españoles *orejones*, porque llevaban engarzados en las orejas unos rodetes de gran tamaño.

Las llamadas *Vírgenes del Sol*, hijas de nobles y curacas, que se dedicaban a cuidar el fuego sagrado encendido en la fiesta del Raymí, sólo conocían el amor cuando las aceptaba el Inca para su serrallo. De otro modo debían atender únicamente a sus deberes religiosos, bajo la pena de ser enterrada viva la que fijara sus ojos en un hombre que no fuera el emperador.

Éste escogía las más hermosas, repartiéndolas entre sus numerosas residencias en distintos puntos del imperio, y con frecuencia eran substituídas las pobres mujeres, para que el Inca no viese pasar los años por su harem.

Se explica así que los supuestos nobles de sangre real llegaran a sumar una cifra muy elevada, porque los descendientes de reyes Incas debieron ser innumerables. Y se explica igualmente, de esta suerte, que no se estableciese una verdadera dinastía, siendo proclamado rey aquel príncipe que más se hubiese distinguido en el arte de la guerra, el más bravo y afortunado en los combates.

Pocos años antes de haber emprendido los españoles la conquista del Perú, murió el Inca Huayna Capac, y dos de sus hijos, por supuesto de distintas madres, Huascar y Atahualpa, se repartieron el imperio.

Es decir, se separó del imperio el reino de Quito, el cual existía ya seiscientos años antes de que en él pusieran su planta los

europeos. Era el territorio situado al Mediodía de Popayán, en el nudo que llaman de los Robles, allí donde nacen el Cauca y el Magdalena, y donde los Andes, que bajan divididos en tres ramas, forman sólo dos, y en dos corren unidos hasta llegar a la confluencia del río Chinchipe con el de las Amazonas. Comprendía el antiguo reino de Quito unas cincuenta leguas en cuadro, pero habíase ensanchado mucho de Norte a Sur y de Oriente a Occidente cuando Huayna Capac lo incorporó al imperio de los Incas.

Al morir Huayna, el reino de Quito volvió a ser independiente, bajo el gobierno de Huascar, en tanto Atahualpa, su hermano, se quedaba con lo restante de los dominios peruanos, gobernando en el Cuzco. Sólo por un lustro pudieron vivir en paz estos dos hijos de Huayna Capac. Hubo un territorio en disputa, el de Tumebamba, y ello dió origen a una guerra terrible, que había de ofrecer a los españoles grandes ventajas para la conquista.

Sobre el curso que siguieron las hostilidades, rota toda concordia entre los dos Incas hermanos, hay distintas versiones. Parece que al principio fué la fortuna favorable a Huascar y adversa para Atahualpa; pero después ocurrió lo contrario, ganando este último una gran batalla en la falda del Chimborazo. Era Atahualpa muy duro de corazón y se aprovechó de esta victoria para sembrar a su paso la desolación y la muerte. Avanzó hacia Tumebamba, el territorio en disputa, que se había declarado por su rival, y no tuvo misericordia ni para las mujeres y niños que creyeron halagarle recibiéndole con ramos verdes y hojas de palma en las manos. Sólo algunas tiernas criaturitas y las vírgenes consagradas al cuidado de los templos obtuvieron perdón del Inca cruel y sanguinario. Tumebamba quedó convertido en un inmenso cementerio, porque los capitanes de Atahualpa, entre los cuales

se distinguían por su ferocidad los llamados Quizquiz y Chialiquichiama, se excedieron en el cumplimiento de las órdenes de su señor y asesinaron a casi toda la población.

Entretanto Huascar, que no había salido del Cuzco, preparaba la defensa de la capital del imperio, sospechando fundadamente que su hermano intentaría escalar la fortaleza inexpugnable. Y así fué. Atravesó Atahualpa, con sus numerosas huestes, las regiones que le separaban de la ciudad andina, habiendo sufrido sólo un ligero descalabro frente a la isla de Puna; acampó después en Caxamalca, mientras el grueso de sus fuerzas pasaba el río Apurimac, y en la llanura de Quipaypan, a poca distancia de la metrópoli, se produjo el choque de las hordas enemigas.

La batalla fué terrible y se mantuvo con el mayor encarnizamiento de sol a sol. Al anochecer, quedaban vencedores los indios de Atahualpa. Huascar intentó escapar con su corte, compuesta de unas mil personas entre notables y servidores; pero fué descubierto y hecho prisionero. La mayor parte de sus acompañantes pagaron con la vida su fidelidad al Inca vencido, mientras las turbas victoriosas entraban en el Cuzco, proclamando a gritos su triunfo. Cuando, pasado el tiempo, llegaron los españoles a la llanura de Quipaypan, todavía aparecían esparcidos por aquella vasta extensión de terreno los huesos de los muertos.

Pero la sed de sangre de Atahualpa no se había saciado por completo. Cuando le llevaron las nuevas de su fortuna a Caxamalca, ordenó que se encerrara a su hermano en la fortaleza de Xauxa y que se reunieran todos los notables del imperio para deliberar sobre qué debía hacerse con el desdichado Huascar. Lo que hizo Atahualpa fué engañar a los notables, pues, cuando los tuvo reunidos, los entregó a las turbas sanguinarias, que los mataron a todos y aun a sus hijos y mujeres. Éstas fueron colgadas de los árboles, por los cabellos o boca abajo, todas ellas desnudas,

y así se las tuvo mucho tiempo, siendo finalmente rematadas a golpes.

Esto puede dar una idea de los procedimientos de *civilización* que usaban los indios. No debe extrañar a nadie, por tanto, que los españoles se portaran algunas veces de un modo cruel, para imponer su autoridad entre gentes acostumbradas al espectáculo de semejantes suplicios.

Parece que el propósito de Atahualpa fué exterminar toda la raza del Inca caído en desgracia y aun la de su padre Huayna Capac; cosa difícil, porque teniendo todos los reyes Incas una multitud de esposas o favoritas, su posteridad había de ser por fuerza muy numerosa. Setenta años después de aquella matanza, todavía existían seiscientos descendientes del Inca Huayna. No se recuerda en la Historia una raza más prolífica.

Pocos meses habían pasado después que hizo Atahualpa su entrada triunfal en el Cuzco, cuando los castellanos, bajo la dirección y mando de Francisco Pizarro, comenzaron la conquista del Perú. Volvamos, pues, a Túmbez, en cuyas playas dejamos al héroe extremeño y a sus valientes soldados. Bien lejos estaba el feroz Atahualpa de sospechar la proximidad de un enemigo tan distinto del hermano prisionero y venido de un mundo donde la inteligencia del hombre, don de los cielos, sutil y misterioso, era un arma invencible, contra la cual nada podrían los pobres indios andinos, que tantas cosas ignoraban, con todo y ser los que más sabían entre los hijos de la virgen América.



VIII

Comienza la conquista

Suficientemente castigados los indios de Puna y habiendo salido los españoles victoriosos de las cruentas batallas sostenidas en la isla, Pizarro creyó que los habitantes de Túmbez le recibirían con los brazos abiertos. Fué un grande error que le haría en adelante más cauto.

Los de Túmbez debían estar agradecidos a los castellanos. Estos redimieron a seiscientos cautivos tumbecinos, que la tribu de Puna destinaba al sacrificio. Además, por mediación de Pizarro, los tumbecinos pudieron darse el gustazo de cortarles la cabeza a los curacas isleños, sus enemigos seculares, que también habían sido traidores al capitán español. Y asimismo debían recordar los de Túmbez que Pizarro nada quiso tomar de los tesoros que le ofrecieron cuando les visitó por vez primera; que siempre se mostró con ellos cortés y delicado, y que no fué a pedirles amistad, al volver con una segunda expedición: fueron los mismos tumbecinos quienes le visitaron en su campamento, queriendo agradecerle. Es más: si los caciques de Puna faltaron a su prometida hospitalidad y se conjuraron en la sombra para dar muerte a los españoles, debióse principalmente a la deferencia que demostraron éstos por los tumbecinos; de suerte que por ser amable con unos, se atrajo Pizarro la mala voluntad de los otros y corrió el peligro de fracasar en su empresa y aun de perder la vida.

Luego, al experimentar los dolorosos efectos de la traición de los dos bandos, aprendería el caudillo extremeño a no fiarse más de los indios.

Pero es hora ya de que digamos qué hizo la tribu de Túmbez para merecer sus hombres el dictado de traidores.

El paso de la isla al continente debía hacerse con lentitud y muchas dificultades, a causa del traslado de pertrechos y caballos. Pensó Pizarro efectuarlo parte en los navíos y parte en varias balsas, por supuesto estando muy lejos de suponer que los tumbecinos le tenían preparada una emboscada. Mediaba una distancia considerable entre la isla de Puna y las playas de tierra firme. Esta circunstancia querían aprovecharla los indios para coger a los españoles por grupos aislados y en situación que hacía muy difícil una eficaz defensa.

Aconteció, pues, que al llegar a la playa los hombres de la primera embarcación, fueron rodeados por una nube de indígenas. Tres españoles habían saltado a tierra los primeros y los tres murieron del modo más horrible. Se los llevaron los indios, diciendo que iban a darles albergue digno de unos huéspedes tan esperados, y cuando les tuvieron en lugar seguro y les vieron más desprevenidos, arrojáronse sobre ellos y les sacaron los ojos. Después les sometieron a la tortura de terribles mutilaciones y, finalmente, viéndoles ya en la agonía, les descuartizaron, arrojando sus pedazos palpitantes en grandes ollas puestas al fuego.

El mismo espantoso fin habrían tenido los españoles que llegaron luego en otra balsa, custodiando el equipaje de su capitán. También éstos eran muy pocos y de ningún modo podían defenderse. Pero al mismo tiempo desembarcaba en otro punto de la playa, algo distante, el intrépido Hernando Pizarro, quien, no obstante tener muchos defectos, valor le sobraba, como lo demostró en la batalla de Puna.

Tomó tierra Hernando junto con algunos jinetes de su pelotón de caballería y oyó los gritos de los desdichados que habían caído en la emboscada de los indios. Adivinando el valiente caballero lo que pasaba, dijo a sus hombres que fueran tras él y se lanzó en socorro de aquellos que tan angustiosamente lo pedían. Ni siquiera cuidaron de mirar los salvadores por dónde se adentraban sus caballos, que fué por un lugar de la playa cuyo suelo, a causa de estar baja la marea, era un verdadero lecho de fango. En la premura de una tan urgente necesidad, tomaron el camino más recto para llegar cuanto antes.

Los caballos se hundieron en el fangal hasta la silla, pero de allí lograron sacarles sus jinetes tras de esfuerzos desesperados y aún llegó a tiempo su auxilio para impedir que los indios cometieran otra acción abominable. Francisco Pizarro desembarcó con el resto de su gente; pero ya Hernando había sembrado el terror entre los salvajes, que huyeron a refugiarse en los bosques.

Si la traición de los tumbecinos produjo desencanto a los españoles, mayor fué todavía el que tuvieron al penetrar en la ciudad y encontrarla poco menos que en ruinas. Casi todos los edificios habían sido destruídos y robado todo el oro que esperaban encontrar los expedicionarios en aquella tierra de promisión, fantásticamente descrita por Alonso de Molina y Pedro de Candia, cuando la visitaron los castellanos por primera vez. Porque Molina y Candia, con su imaginación desbordada, creyeron haber visto, según refiere un antiguo cronista, "jardines donde las hierbas eran de oro, imitando en todo a las naturales; árboles con frutas de lo mismo y otras muchas cosas de este modo", es decir: todos los expedicionarios esperaban encontrar una ciudad maravillosa y resplandeciente, como podía soñarse leyendo un cuento oriental, y no hallaron sino campos de soledad, mudos escombros, tristeza y vestigios de un posible pero pasado esplendor.

Ordenó Pizarro a sus gentes que dieran una batida en los bosques vecinos, y a poco le trajeron algunos indios prisioneros, entre ellos el cacique de la tribu, que dijo no ser culpable de la traición y menos de la ruina de la ciudad. Sobre ésta había pasado el azote de la guerra. Los de Túmbez eran adictos al Inca emperador, y los isleños de Puna, sus enemigos, entraron a saco en sus casas y haciendas. De la riqueza que habían visto los españoles de la primera expedición, sólo quedaba el recuerdo. En cuanto a la manera infame como los tumbecinos acababan de recibir a los hombres blancos, después de haberles jurado su adhesión entusiasta, manifestó el curaca que fué obra de unos rebeldes que tenían soliviantada la tribu. Por su parte, nunca había deseado a los españoles ningún daño.

Y cuando Pizarro preguntó por los compatriotas que allí quisieron quedarse en la anterior visita, el curaca no supo dar ningún informe cierto, aunque se pudo colegir, por lo que dijo, que murieron, quizás de mala muerte, víctimas también de la traición y la ferocidad de los indios.

* * *

Francisco Pizarro, con su perfecto sentido de la realidad, comprendió que no era el momento de imponer un duro castigo a los indígenas de Túmbez, cuya adhesión, lograda fuera como fuese, podría serle utilísima el día de mañana. El gran dominio que de sí mismo tenía el comandante de la fuerza expedicionaria, le permitió siempre reprimir sus primeros impulsos y obrar según las normas de una prudente y sagaz política.

Sus hombres le seguían ya con evidente desgana. El desmantelamiento de Túmbez, la ciudad donde se les dijo encontrarían inmensos tesoros, produjo en el ánimo de los expedicionarios un deplorable efecto. Sentíase ya el vacío del lugar donde estuvo la esperanza, cundió el desaliento y vaciló la fe. Un indio enseñó un papel donde había escrito un español de los que se quedaron en Túmbez cuando allí llegaron los exploradores por primera vez: "Sea quien fuere el que desembarque en este país, sepa que contiene más oro y plata que hierro hay en Vizcaya". Otro individuo de la tribu tumbecina declaró ante el capitán de los castellanos: "Yo he estado en el Cuzco y conozco la guerra; será vuestra toda esta tierra si queréis tomarla".

Pero los soldados de Pizarro no dieron crédito ni al testimonio de los indios ni a la declaración póstuma de un compatriota desaparecido. Estaban cansados de correr tierras salvajes y de ver siempre burlados sus ensueños. Querían volverse a Panamá unos y a España otros. En vano el gobernador, es decir, Pizarro, instaba a los indios para que propalasen entre las tropas alentadoras noticias del imperio peruano, de la riqueza del Inca y de los templos revestidos de oro y esmeraldas. El hombre de Túmbez que dijo haber estado en el Cuzco y a quien Pizarro hubo de tomar en seguida bajo su protección, contó maravillas de la capital del imperio y de Vilcas y Pachacamac, otras dos ciudades que también conocía. Añadió que el rey era inmensamente rico, teniendo almacenadas grandes cantidades de oro y plata. Describió con una minuciosidad capaz de volver sensibles y codiciosas a las mismas piedras, el derroche de precioso metal que se hacía en los templos y en los palacios. Pero los españoles, incrédulos, se negaban a escucharle o decían que el indio hablaba por sugestión de Pizarro, para de nuevo tenderles el cebo y animarles a continuar la conquista.

No por esto el jefe de la expedición y gobernador de las nuevas tierras descubiertas, dejaba de madurar su plan de cam-

paña; pues sabía que, en último caso y de cualquier modo que fuese, se haría obedecer de los suyos. Su plan era establecer en Túmbez un acantonamiento para dejar allí los soldados enfermos y tener un puerto seguro adonde se dirigieran los socorros que siempre esperaba de Panamá. Pacificaría la comarca y tendría en el país un refugio por si un día se viese obligado a retroceder, caso de serle adversa la fortuna en la guerra contra el Inca emperador.

Como lo pensó lo hizo, y un hermoso día de mayo de 1532, luego de haber dispuesto las cosas según convenía a sus propósitos y después que hubo arengado a su desmayada hueste, a fin de infundir valor y confianza a los espíritus abatidos, partió al frente de sus hombres para explorar el interior del país. Avanzaron por la llanura. Fué Hernando de Soto por delante, mandando la vanguardia y con orden expresa de no hostilizar a los indios; pues quería Pizarro tenerles por amigos y colaboradores.

Así pasaron por varios poblados de la región llana y en todos ellos hizo decir el gobernador a los habitantes, por medio de sus lenguas, que venía en nombre del rey de España para tomar posesión de aquellas tierras y enseñar a los indios cuál era la verdadera fe y cuáles las costumbres y progresos de los países cristianos.

Al llegar al valle de Tangarala, región fértil y hermosa, pensó Pizarro que aquel era mejor sitio que Túmbez para tener allí un acantonamiento y fundar una ciudad de tipo español. Ordenó, pues, que vinieran de Túmbez los españoles que allí se habían quedado, y en seguida se comenzó la construcción de varios edificios de piedra, entre ellos una iglesia, un gran almacén para guardar vituallas, una fortaleza y una casa donde se instalarían los encargados de administrar justicia. Recordando su promesa hecha después de la batalla de Puna, Pizarro dió a la nueva

ciudad el nombre de San Miguel*. Se organizó un Ayuntamiento y se repartió el territorio adyacente entre los pobladores. Los indios quedaban obligados a recibir las enseñanzas de los religiosos, para que aprendieran la lengua de Castilla y la religión cristiana, debiendo también ayudar en las labores del campo a los colonos españoles.

Pizarro estaba inquieto por la tardanza de los refuerzos que esperaba de Panamá. El no llegar dichos refuerzos fué causa de que retardara su marcha más al interior, pues no contaba arriba de doscientos hombres, descontados unos cincuenta que se quedarían de guarnición en San Miguel. Los indios de los pueblos por donde había pasado diéronle informes ciertos y bastante minuciosos del poder del Inca; el comandante español no quería exponer su pequeño ejército a un serio descalabro. ¿Qué hacía, pues, Almagro en Panamá, que no venía con nuevas fuerzas y más barcos, según era lo convenido? Quizás el viejo y susceptible don Diego, alimentando en su pecho rencores que Pizarro ya tenía olvidados, pensaba acometer la conquista del Perú solo y por su cuenta. Esta sospecha decidió a Pizarro a enviar nuevos emisarios a Panamá, junto con el oro recogido en la última etapa de sus recientes correrías. Del oro se dedujo la quinta parte para la Corona, como era la costumbre, y el resto, que pertenecía al ejército de la conquista, lo tomó en préstamo el comandante de sus soldados, para enviarlo a Panamá y pagar a los propietarios de los buques. Estos se hicieron luego a la vela, llevándose aquel pequeño tesoro, y el jefe de los castellanos dispuso en seguida su

---

* Por haberse descubierto después que era malsano el lugar, trasladóse esta ciudad, la primera española que se fundaba en aquellas regiones, a las orillas del río Puna. Se llamó y se llama todavía San Miguel de Piura, habiendo sido en otra época muy próspera y rica.

marcha hacia Caxamalca, donde sabía estaba Atahualpa acampado con sus huestes.

No dista Caxamalca de San Miguel más de doce jornadas, pero los españoles tardaron cerca de dos meses para recorrer esta distancia, debido en parte a la dificultad de los caminos y en parte también a la cautela con que Pizarro avanzaba por aquellas tierras desconocidas y tan propicias a la emboscada.

Advirtió el capitán, según iban marchando, que el miedo a una traición de los indios preocupaba a varios de sus hombres más de lo que convenía al éxito de la empresa y a la fama de atrevidos y esforzados que justamente supieron ganarse los expedicionarios. Pizarro no quería acompañarse de cobardes, y así se lo manifestó a su tropa, llegado el momento oportuno.

— El que tenga miedo que se vuelva — dijo —. Los cobardes no sirven para este oficio; mejor estarán en San Miguel cultivando la tierra. Para dar la cara a la muerte, se necesita valor, y nosotros vamos tal vez en busca de la muerte. Que se vuelvan a San Miguel los que quieran, que allí les darán indios y tierra para que puedan sustentarse y vivir como honrados labradores, advertido que no sirven para soldados.

Siguieron este consejo cinco jinetes y cuatro infantes; todos los otros, que tenían más templado el corazón, prefirieron seguir adelante y hacerse dignos de la estimación de su jefe.

* * *

La pequeña falange de aventureros, animados del espíritu caballeresco, que tan admirablemente encarnaba en Francisco Pizarro, pasó por otros pueblos, siendo en todos recibida con agasajo. Dichos pueblos habían sido víctimas de la tiranía y ferocidad de Atahualpa, lo cual era favorable a los españoles, pues hallaban a los indígenas en una situación de ánimo que no permitía la resistencia, y, en cambio, con poco esfuerzo podíase moverles a la venganza contra el Inca opresor. Hizo alto el escuadrón castellano en un lugar llamado Zarán, y desde allí envió Pizarro un destacamento a otro punto que los indios denominaban Caxas, donde se suponía acampada una guarnición peruana. El destacamento lo mandaba Hernando de Soto y debía informarse de cuáles eran las fuerzas adictas al Inca, a ver si podía Pizarro hacerles frente con su pobre ejército compuesto de sesenta y dos hombres de a caballo y ciento seis infantes, entre los cuales no había más de tres arcabuceros y diez y siete ballestas.

Ocho días tardó Soto en volver, pero volvió bien informado. Había estado en Caxas y en otra población más importante, Guacabamba, donde había visto cosas muy lúgubres y otras asaz halagüeñas. A la entrada del pueblo halló varias horcas, de las cuales pendían, colgados por los pies, algunos hombres. Pero vieron los españoles asimismo cosas más agradables, como puentes tendidos sobre los ríos, acueductos y acequias, almacenes repletos de provisiones y muchas mujeres que tejían hermosas y ricas telas. Además, con Hernando de Soto y su destacamento, venían un mensajero del Inca, al parecer personaje de mucho rango, y otros indios con aspecto de criados. El mensajero, en funciones de embajador, entregó a Pizarro dos toscas vasijas de piedra labrada y algunos curiosos tejidos de lana, bordados de oro y plata, más otros objetos exóticos que el Inca le enviaba de regalo.

Los intérpretes que Pizarro tenía a su servicio le sirvieron en esta ocasión, como en muchas otras, de modo admirable. El comandante castellano comprendió que la intención del Inca había sido, más que agasajarle, averiguar cuántos eran los hombres blancos y qué medios tenían para hacerle la guerra. Esto podía deducirlo Pizarro de la mucha curiosidad que demostró el em-

bajador, a quien se dieron toda suerte de informes para no despertar sus recelos y porque hubiera sido inútil porfía ocultarle la verdad.

Por medio de sus lenguas, encargó el capitán español al mensajero del Inca que dijera a su señor que nada se intentaba en su daño. Por el contrario, los castellanos, enviados de un rey muy poderoso que vivía al otro lado de los mares, se ponían desde luego a su servicio. Tenían noticia de las grandes victorias de Atahualpa y se sentirían orgullosos de combatir a su lado. Y Pizarro entregó al embajador, para testimoniar en algo material su homenaje al soberano de aquellas tierras, algunas baratijas traídas de España, cuentas de vidrio y diferentes abalorios.

Con ello se fué el mensajero muy agradado y prometió lograr de Atahualpa que consintiera en entrevistarse con los españoles, como eran los deseos de su comandante.

Pizarro, aunque otra cosa demostrara con sus agasajos al enviado de Atahualpa, no se ilusionó respecto a la amistad que éste le prometía por boca de un mensajero. La duplicidad de los indios le era de sobra conocida.

Tomó el partido de continuar marchando con su gente hacia Caxamalca y envió un correo a San Miguel con el encargo de llevar a dicha ciudad española las noticias de cuanto le había ocurrido y las telas y objetos curiosos que le ofrecieron de presente los naturales del país.

Caminaron los castellanos derechamente al Sur, deteniéndose cuatro días en un pueblo llamado Motupe, cuyos habitantes habían ido a reunirse al ejército del Inca. Después de haberse reposado en dicho lugar, siguieron su camino a través de las llanuras arenosas, donde, a trechos, se encontraban algunas fajas de terreno aprovechadas para el cultivo. Por último, hicieron alto en la orilla de un río muy ancho y caudaloso, que pasó a nado Her-

nando Pizarro con algunos hombres y que cruzó luego el resto de la fuerza, sirviéndose de pontones hechos con troncos de árboles. No era empresa fácil pasar el río, existiendo el temor de que podían los indios de la otra orilla hostilizar a los españoles. Pizarro tomó todas las precauciones que le aconsejaba su experiencia militar y ayudó a sus hombres, en aquella dura jornada, a cortar los árboles y a construir los puentes.

Dijéronle los indígenas que Atahualpa se hallaba más adelante de Caxamalca, en la ciudad fortificada de Guamachuco, y que allí le esperaba con cincuenta mil guerreros para oponerse a su marcha. Era una noticia para infundir temor a quien no tuviera los alientos del intrépido comandante español; pero ¿qué podía hacer con sus ciento sesenta y ocho expedicionarios contra cincuenta mil soldados del Inca? No era Pizarro un loco. Continuó avanzando, mas antes envió al Inca, como mensajero de paz, a un indio de San Miguel que le inspiraba confianza. Éste haría al poderoso Atahualpa nuevas protestas de la amistad de los castellanos, pero al mismo tiempo procuraría averiguar si estaban los pasos difíciles del camino bien defendidos y si, en efecto, eran tan numerosas como se decía las tropas peruanas. Con el mensajero fueron otros indios para servir de correo, escalonándose de modo que pudieran tener los españoles, cuanto antes, los informes que necesitaban.

Llegado que hubieron éstos a la falda de los Andes, viendo levantarse ante sus ojos maravillados aquellas montañas imponentes, cuyas cumbres corona la nieve eterna, tuvieron luego conciencia de que se habían aventurado en una empresa temeraria; porque, no digamos ya cincuenta mil, dos docenas de indios emboscados en aquel laberinto de desfiladeros, se bastarían, sólo arrojando piedras, como hicieron los montañeses de don Pelayo en Covadonga, para vencer a un gran ejército.

¡Y apenas pasaban de ciento cincuenta, en este momento de sublime heroísmo, los soldados de la conquista!

Pizarro comprendió que un instante de vacilación, por su parte, daría motivo a que sus hombres se sintieran acobardados y quisieran retroceder. Les separaban de Caxamalca las sierras ásperas, casi inaccesibles, revestidas de bosques espesos algunas de sus laderas, y cuyos pasos profundos, de fondo misterioso, se abrían como enormes fosas donde podían quedar sepultados aquel pelotón de bizarros aventureros.

— Si hemos de seguir adelante — dijeron algunos —, vayamos por aquí, que es mejor camino.

Y señalaban uno ancho, cómodo, orillado de árboles, que conducía a Chincha, al parecer, sin dificultades ni peligros.

El capitán se opuso, advirtiendo:

— Nosotros vamos a ver al Inca, y este camino no lleva a su campamento. No crea Atahualpa que le huímos, que le tenemos miedo. Hay que marchar por la sierra. Lo contrario sería propio de cobardes. ¡Adelante!

Los menos atrevidos insistieron en sus protestas y consejos. Pizarro no se dejó convencer.

— Yo espero — dijo — que sabréis portaros como buenos españoles, sin que os inquiete la multitud de gente que tiene el Inca en armas. Pocos somos los cristianos, pero Dios está con nosotros. No permitirá el que todo lo puede que seamos vencidos por los infieles. Sed esforzados y valientes, como conviene al alto objeto de la conquista, que es traer a los indios al conocimiento de nuestra santa fe católica.

Pizarro hablaba con acento tan persuasivo y era tan confortable su ejemplo, siempre que precisaba poner a prueba el valor y las creencias religiosas de su gente, que todos acabaron por darle la razón, manifestando estar dispuestos a seguirle.

— Llevadnos por el camino que mejor os parezca — dijeron al fin —, que todos iremos detrás, contentos de obedeceros y de servir a Dios y al rey de España.

Así eran de bravos aquellos hombres y así permanecían fieles a la fe cristiana, supremo recurso al cual acudieron siempre en los más apurados trances. Sabía su capitán tocar el resorte que ponía en tensión su heroísmo. Por el Dios verdadero y por España desafiaron mil veces la muerte, y ahora, confortado su ánimo con las nobles palabras de Pizarro, siempre elocuente en los momentos de gran peligro, no miraron el baluarte de montañas sino como un obstáculo que habían de vencer ¡y vencerían!

IX

El Inca, prisionero de Pizarro

En deliberar sobre el modo cómo marcharían por los escarpados vericuetos de la montaña, pasaron los españoles algún tiempo. Determinó el comandante emprender la ascensión al día siguiente, cuando apuntara el alba, marchando él delante, con la vanguardia, que se compondría de cuarenta caballos y sesenta infantes. El resto de la fuerza, teniendo por jefe a Hernando Pizarro, custodiaría el bagaje, yendo a la zaga y avanzando según las órdenes que recibiera del mando superior.

De esta suerte comenzó la penosa subida por la sierra, siguiendo las tropas delanteras un sendero muy empinado y resbaladizo. Como punto de orientación habían tomado una fortaleza construída en lo alto de un cerro cuyas laderas apenas tenían declive.

Marchaban los jinetes desmontados, llevando los caballos de la brida. Los pasos eran a veces tan difíciles que había que pasarlos a gatas o saltando de roca en roca, y a cada momento se hallaban los españoles al borde de profundos precipicios, por todo lo cual caminaban en ringlera, uno tras otro, siempre en peligro de caerse en algún abismo de fondo misterioso; pues eran muchas las quebradas y simas sombrías, y aquellos hombres, con sus cotas de malla y pesadas armaduras, no se sentían lo suficiente ágiles y ligeros.

Cuando estuvieron en lo alto del cerro donde habían visto una obra de defensa, y pudieron respirar a pleno pulmón, maravilláronse de que tuviera el Inca desamparado aquel lugar estratégico. Allí esperaron la retaguardia, y al atardecer, continuaron la ascensión hasta llegar a otra altura también fortificada, donde decidieron pasar la noche. Habían avanzado siempre con el temor de ser sorprendidos por los indios ocultos tras las rocas; pero al ver que nadie les salía al paso, comenzaron a tranquilizarse respecto a las intenciones del Inca, pensando que tal vez deseaba éste conocerles.

La ascensión hasta la cumbre se prosiguió por etapas, siempre divididas las fuerzas en dos secciones y caminando los expedicionarios, a medida que más alto subían, con mayor dificultad. La temperatura había cambiado notablemente, siendo ahora el aire más sutil y traicionero. Los españoles, acostumbrados al calor bochornoso de las regiones bajas, sentían frío. Igual les pasaba a los caballos, que se estremecían, aun cuando sus jinetes cuidaron de extender las mantas sobre sus lomos, previendo las fatales consecuencias de aquel brusco cambio de clima, reflejado hasta en la vegetación, que varió de carácter según iban subiendo más y más, haciéndose raquítica y escasa.

Ya llegados a la cumbre, se apresuraron los españoles a plantar sus tiendas y a encender grandes hogueras, porque el frío era intenso. Se encontraban en una yerma y vasta llanura, después de haber cruzado espesos pinares. La región era triste, desolada, hostil, imponente. No se la imaginaron así los castellanos al trepar por las montañas, intrigados por el vuelo poderoso del águila andina y ardiendo en sus pechos los afanes de gloria y riqueza.

Sin embargo, les compensó del esfuerzo realizado el ver llegar una embajada de Atahualpa, que ya previamente les había anunciado uno de los mensajeros a quienes envió Pizarro a entrevis-

tarse con el Inca. El embajador debía ser un personaje indio muy principal, pues se acompañaba de muchos servidores. Según era la costumbre, venía cargado de presentes, entre los cuales se contaban las consabidas llamas. Saludó a los españoles en nombre de su señor y preguntó al comandante cuándo pensaban llegar al campamento del Inca, que dijo se hallaba a poca distancia de Caxamalca.

Con tales embajadas iba Pizarro adquiriendo nuevas y más detalladas noticias acerca de la organización del ejército indio, de las costumbres del país, de la política de Atahualpa y de la guerra cruenta que el Inca hubo de sostener con su hermano Huascar. Le convenía estar en antecedentes y adquirió cuantos pudo.

El embajador fué muy agasajado por los castellanos y despedido con mucha cortesía, pero cuidó Pizarro de hacerle entender, de modo indirecto y suave, que era su propósito explorar todo el país, por servir de esta suerte al rey de España, y que si bien deseaba ser amigo de Atahualpa, era porque le admiraba por su fama de invencible guerrero, no porque le temiese.

Y emprendió de nuevo la marcha, cruzando la meseta, para empezar luego el descenso por Oriente, deslizándose con sus soldados por las veredas riscosas de la cordillera. Todavía vino a verle otro emisario del Inca, y estaban agasajando los españoles al nuevo embajador, el cual hubo de presentarse con gran boato y bebiendo *chicha** en copas de oro, cuando llegó el segundo de los tres correos que Pizarro había enviado al poderoso Atahualpa. Dijo el indio adicto a los castellanos que en el campamento del Inca le habían recibido muy mal, que no le permitieron ver al rey de los peruanos, que se burlaron de su comisión y que a

* Jugo fermentado de maíz.

duras penas pudo escapar con vida. Semejante descortesía contrastaba con el fino trato dado por Pizarro a los representantes de Atahualpa. El capitán de la tropa española no supo ocultar su disgusto, pero aparentó darse por satisfecho después que el embajador indio hubo hecho nuevas protestas de sinceridad y dado ingeniosas excusas.

Despidió Pizarro al embajador y continuó descendiendo con su hueste hacia el valle de Caxamalca. Sabía que esta ciudad estaba desierta y que el Inca acampaba su poderoso ejército a una legua de la misma.

Fueron bajando los españoles con mucha cautela y admiráronse de la fertilidad del valle, donde la agricultura acusaba mayores progresos que al otro lado de las montañas. Veíanse los rebaños de llamas paciendo en las laderas y cruzado el valle, de forma oblonga, por un hermoso río cuyas aguas relucían al sol. Destacaban sobre los verdes campos las casas blancas de Caxamalca, con sus techumbres de pajón dorado, y más lejos, pasado el río que cortaba la llanura de través, las tiendas de campaña del ejército del Inca, muy numerosas, extendidos sus toldos de algodón en la falda de la sierra.

Los expedicionarios pudieron advertir entonces que cuanto les habían dicho del poder de Atahualpa no era una fábula, pues a la vista tenían su campamento. Sin embargo, no demostraron por ello ningún temor, aunque llegaran a sentirlo, y Pizarro, formando tres divisiones de su menguada fuerza, entró en la ciudad, silenciosa y desierta, al atardecer del 15 de noviembre de 1532. El sol se había hundido tras las montañas que dejaban los españoles a sus espaldas.

Hallándose como se hallaban los soldados de España en un embudo, rodeados de montañas ingentes y pisando como si dijéramos el corazón del imperio peruano, bien se puede afirmar

que se habían metido en la boca del lobo y que su aventura era temeraria. A dos pasos les esperaba el ejército del Inca, con sus miles de guerreros acostumbrados a la lucha. ¿Cómo podrían defenderse aquel pelotón de imprudentes cristianos, mandados por Francisco Pizarro, si la intención del emperador de los indios les fuera hostil? En la plaza del pueblo, encontraron un grupo de mujeres que les miraban con lástima. ¿Sabían acaso que les aguardaba la muerte?

Pizarro recorrió la ciudad para tomar posiciones estratégicas. La plaza era enorme, de forma triangular, y su punta superior, que miraba hacia el campamento indio, aparecía fortificada. Era el sitio más conveniente para montar la guardia, al objeto de evitarse sorpresas.

Ningún gran capitán, ni César, ni Alejandro, ni Napoleón, encontróse jamás en situación tan difícil, teniendo que hacer frente, con sólo ciento setenta y ocho hombres, a un ejército de muchos miles de guerreros. A la ventaja abrumadora del número debe añadirse otra igualmente sensible, y es que, como ya hemos dicho, los españoles estaban en un país desconocido, rodeados de montañas, sin esperanza de salvación ni de socorro; pues podía el ejército del Inca rodear la ciudad y hacer prisioneros a los insensatos que entraron en ella. Tanto es así que no había sido otra la intención de Atahualpa: dejó el jefe indio que los castellanos se metieran en la ratonera, pues por tal podía tenerse Caxamalca, para de este modo cazarles vivos, sin tener que molestarse yendo a buscarles a la montaña. Se prometía el Inca hacer esclavos a los hombres blancos, sobre todo a los jefes, y sacrificar algunos a sus ridículos dioses.

Pero ya estaba en ello el comandante español, cuyo talento militar era tan pronto en concebir como temerario era su valor. Cuando pudo ver por sus propios ojos acampado el ejército peruano, comprendió luego que sólo un golpe de audacia evitaría su perdición, siempre mediando la ayuda de Dios y el coraje indomable de sus hombres. No era ya tiempo de retroceder; una vez más los soldados de la conquista se jugarían la vida, dando ventaja al enemigo.

* * *

Montada la guardia en la fortaleza de la plaza, donde se emplazó también la artillería — dos falconetes que, junto con tres arcabuces, eran todas las armas de fuego que llevaban consigo los expedicionarios —, Pizarro continuó observando la ciudad. La tarde se presentaba borrascosa, cubierto el cielo de densas nubes, y a poco comenzó a llover y a granizar, cayendo piedras del tamaño de avellanas, que chocaban con estrépito contra los petos de acero de los soldados. En la fortaleza estaba Pedro de Candia al cuidado de sus pequeños cañones y prevenido para responder a cualquier ataque de los indios.

Pizarro encontró otra muralla de piedra, en forma de espiral, a un extremo del pueblo donde el terreno se pronunciaba en una rampa de bastante elevación. Se le podían conceder honores de castillo, y también allí se pusieron centinelas. En cuanto a las casas, eran edificios bajos, algunos muy espaciosos y de muros resistentes. Todas las puertas tenían comunicación con la plaza, es decir, no había otras sino las de entrada, abiertas a la plaza únicamente.

El plan de Pizarro era apoderarse del Inca por la fuerza, caso de que no se aviniera de un modo cordial a dejarle descubrir todo el país, a colonizar y a enseñar a los indios la religión de Cristo. No le parecía imposible apoderarse de Atahualpa, pero

se lo jugaba todo en esta empresa. Si los indios vieran prisionero de los cristianos a su rey, que pomposamente se llamaba representante del Sol y era el supremo jefe de la orden sacerdotal, se podría esperar mucho de los efectos de su propia superstición y acaso llegaran a mirar con terror a los españoles. De lo contrario, éstos estaban irremisiblemente perdidos.

Pizarro no quiso perder tiempo. En seguida que hubo tomado posiciones en la ciudad y montado la guardia, mandó a Hernando de Soto con quince de a caballo y el intérprete Felipillo, uno de los indios que le acompañaron en su viaje a España, a que fueran a ver al Inca en su campamento, para brindarle amistad en nombre del gobernador de los cristianos. Y por si acaso la embajada no fuese bien recibida, despachó también a su hermano Hernando con otros veinte jinetes, que salieron de Caxamalca poco después. Pero ambos oficiales tenían orden de rendir sus respetos al poderoso Atahualpa, dándole noticias del rey de Castilla y de la misión que debían cumplir los españoles en aquellas tierras ganadas para la civilización.

La llegada al campamento indio de los caballeros castellanos, lanzados sus corceles al galope, produjo el efecto que esperaba el capitán. Vieron los indígenas cómo los caballos vadeaban el río y cómo saltaban a la orilla opuesta sacudiendo sus crines y dóciles a la mano de sus jinetes, para en seguida reanudar la veloz carrera. Aquello causó maravilla entre los guerreros de Atahualpa y éste mismo no pudo resistir a la curiosidad de conocer personalmente a los asombrosos extranjeros.

Se hallaba el *Hijo del Sol* entre unos murallones sin techumbre que encerraban las aguas termales de Caxamalca. Los reyes peruanos conocían de antiguo aquellos baños de agua caliente, y por esto tenían construído en dicho punto a modo de un palacio, que más parecía un jardín cercado, en cuyo interior

había el estanque o piscina que el rey destinaba a la higiene y recreo de su cuerpo.

Cuando llegaron Soto y Hernando Pizarro, seguidos de Felipillo y dos soldados, pues el resto de la tropa cristiana se quedó afuera, Atahualpa estaba sentado en un rico escabel y rodeábanle sus oficiales, sacerdotes y curacas, todos vestidos con mucho lujo de colorines. El Inca usaba un traje de fina vicuña, también de colores brillantes y profusamente adornado con aplicaciones de oro y piedras preciosas. Ceñía su cabeza un turbante que dejaba caer sobre la frente una borla roja, distintivo de su rango augusto y que, además, tenía un airón de plumas exóticas.

Miró a los españoles de un modo displicente y escuchó sin demostrar apenas interés cuanto le dijeron del rey de España, de la religión católica, de los progresos de Europa y de la conveniencia de adoptar en sus dominios las costumbres, la fe y los adelantos del Viejo Mundo. El indio Felipillo tradujo a la lengua quichúa las palabras castellanas. Los caballeros españoles habían entrado en el patio con sus caballos, pero desmontaron en presencia del Inca en señal de acatamiento.

No fué fácil conseguir de Atahualpa que diera su opinión respecto a las manifestaciones hechas por los embajadores de Pizarro. El Inca parecía medio dormido. Pero como los otros insistieran para llevar a su capitán una contestación concreta, dijo el jefe indio que en aquellos días estaba ayunando, porque se lo ordenaban sus ídolos, y que al terminar el ayuno, o sea a la mañana siguiente, iría a Caxamalca a entrevistarse con el comandante cristiano.

Antes de retirarse la embajada, Hernando de Soto, que era un caballista asombroso, montó en su alazán, al objeto de hacerle evolucionar en presencia del Inca y de los personajes de su séquito, que no habían visto nunca caballos. La hermosa bestia, hábilmente

gobernada por su caballero, caracoleó de modo bizarro, levantóse varias veces sobre sus cuartos traseros y, por fin, metió la cabeza entre las manos, haciendo a modo de una reverencia al despectivo Atahualpa.

Éste permaneció impasible; pero, en cambio, algunos de sus soldados se asustaron, viendo evolucionar al brioso animal, y como echaran a correr despavoridos, Atahualpa les hizo ahorcar aquella misma noche.

* * *

De regreso a Caxamalca, los comisionados de Pizarro explicaron a su jefe superior cuanto habían visto. El Inca tenía un ejército compuesto de muchos miles de guerreros. Éstos iban armados con lanzas, machetes, hachas y alabardas de cobre y de hueso; arcos y flechas, hondas y cachiporras que manejaban los indios como mazos. Las flechas y dardos tenían las puntas de cobre, muy sutiles y no menos temibles que las balas de arcabuz. Además, se adivinaba en los peruanos cierta disciplina, y sin duda estaban todos ellos avezados a la lucha y eran hombres de mucho valor.

No sorprendieron estas noticias, asaz inquietantes, al jefe de la pequeña tropa castellana. Sabía que presentar batalla a un enemigo cien veces superior en número, era igual a perderse sin remedio. Prefería ganarse la confianza de Atahualpa y tenerle por aliado. Sin embargo, no era esto fácil queriendo Pizarro que se reconociera en todo el país la soberanía de España y se abrazara la religión católica. Entonces, ¿cómo salir del atasco? ¿Qué podrían hacer los españoles para salvarse y al mismo tiempo imponer su autoridad? Pizarro fiaba mucho en su astucia, en el heroísmo mil veces probado de sus hombres, en los golpes audaces,

en la ignorancia y superstición de los indios y, sobre todo, en la ayuda de Dios.

Durante la noche se encendieron innumerables hogueras en el campamento indio. Pizarro permitió que descansara la mayor parte de su gente, rendida de fatiga después de su marcha por las pendientes andinas. Él estuvo visitando los puestos de los centinelas y pudo advertir que el ejército de Atahualpa evolucionaba, rodeando la ciudad, para de este modo tener encerrados a los españoles en un círculo infranqueable. No eran, pues, tranquilizadoras las intenciones del Inca, y a su traición podía responderse sin escrúpulo con la emboscada.

Al amanecer, Pizarro llamó a sus hombres para que estuvieran dispuestos a la defensa. En la fortaleza, Pedro de Candia preparó sus falconetes, asistido de unos pocos soldados, los que mejor conocían el funcionamiento de aquellos pequeños cañones. Mucho podía esperarse, sin embargo, de los efectos de la artillería, advertido que el fragor de sus estampidos sería para los indios una espantable sorpresa.

La gente de a caballo formó dos divisiones, que tomaron a su mando Soto y Hernando Pizarro. Se ocultaron los jinetes en los vastos edificios de la plaza, una división en cada lado, y lo mismo hizo la infantería, descontados una veintena de rodeleros, que se quedó consigo el comandante. En los sitios de peligro, montaban la guardia los centinelas.

Recibióse un mensaje del Inca, en el cual éste notificaba al jefe de la expedición extranjera que se dirigía a Caxamalca para saludarle. Los guerreros indios entrarían en la ciudad armados, porque armados fueron los españoles al campamento de Atahualpa. Pizarro sonrió. Siendo desesperada su situación y fiando el éxito de su plan a la sorpresa, las armas de los indígenas no le preocupaban gran cosa.

Atalayando el bravo extremeño, desde la fortaleza, los movimientos del ejército peruano, vió que seguían siendo envolventes, como ya lo advirtió durante la noche. A muy poca distancia del pueblo, podría decirse que a dos pasos de sus muros, dejó Atahualpa el grueso de la fuerza, unos doce mil hombres, y avanzó luego acompañado de una gran escolta. Esto ocurría al caer la tarde.

La escolta del Inca comenzó a entrar en la plaza. Criados, sacerdotes, curacas, cortesanos, soldados, mujeres, todos venían formando grupos distintos, vistiendo diversidad de trajes, blancos unos, de vivos colores otros y muchos recamados de oro y plata. Los que parecían altos personajes adornaban sus orejas con largos pendientes. Entre todos constituían una enorme multitud y entraban en el pueblo correctamente formados y cantando himnos de triunfo.

Fueron colocándose en filas, en torno de la plaza, y, al fin, llegó Atahualpa, sentado en sus andas y conducido en hombros de sus más fieles servidores. Las andas tenían incrustaciones de oro y, además, estaban guarnecidas de vistosas plumas y finísimas telas. Aparecía el gran señor sentado en un tablón de oro macizo que tenía encima un cojín de lana con abalorios de piedras preciosas. El vestido del Inca era riquísimo, multicolor, coruscante, y los rayos oblicuos del sol, tendiendo al ocaso, hacían relumbrar sus galas junto con el oro del regio palanquín.

Guardaba las espaldas de Atahualpa una guardia de seis mil lanceros, que se arringleraron detrás de su pretendida majestad imperial, de modo que se formó una barrera humana capaz de sembrar la inquietud entre los españoles.

El dominicano fray Vicente de Valverde fué el encargado de dirigirse a Atahualpa para hablarle de la verdadera religión. Lo hizo lo mejor que pudo, porque no era fácil hacerse entender del Inca al referirse a cosas tan elevadas y teniendo que ser traducidas sus palabras por el lengua Felipillo. El buen sacerdote,

presentándose al soberano de aquellas tierras con la Cruz en una mano y la Biblia en la otra, dijo cuál era el Dios de los cristianos y explicó muy someramente, como lo pedía la ocasión, los misterios de la fe y el sublime sacrificio del Calvario.

Pero Atahualpa no creía en otros dioses que no fueran sus ídolos grotescos. Miró con desprecio al sacerdote, que se exaltaba recordando la Pasión del Salvador, venido al mundo para predicar el amor al prójimo y redimir a los pecadores. Después tomó la Biblia en sus manos, creyó que era aquello un objeto ridículo y arrojó el libro santo contra el suelo, diciendo:

—No sé de qué me habláis ni me importa. Lo que sé es cómo habéis tratado a los caciques de mis dominios, y he venido a pediros cuenta por vuestros desmanes. Quedaos con vuestro Dios, a ver si él os libra de mi castigo.

Tradujo el intérprete, temblando, estas palabras, y en seguida el padre Valverde, escandalizado, se puso a dar grandes voces, pidiendo a los cielos que confundieran al hereje.

Allí estaba Pizarro para interpretar a su modo los designios divinos. Comprendió que era llegado el momento de dar el golpe y agitó al aire una bandera. Era la señal convenida para que disparara Candia el primer cañonazo y se lanzaran los españoles contra los peruanos al grito de "¡Santiago y a ellos!"

Sonaron las trompetas, retumbó el cañón y salieron a la plaza los infantes y caballeros que estaban apostados dentro de las casas. La caballería precipitóse como una tromba sobre la muralla que formaban los seis mil lanceros del Inca, abriendo en ella en seguida una formidable brecha, mientras la gente de a pie, en columna cerrada, atacaba a la muchedumbre de curacas y servidores del gran cacique. Se produjo la confusión que es de suponer, entre los indios, a quienes aterraban los disparos de los cañones y de los mosquetes, así como la acometida inesperada de

los caballos. Los castellanos, blandiendo sus espadas, repartían mandobles a diestro y siniestro, en tanto iba llenándose de humo la plaza y rodaban por el suelo los muertos y heridos.

Candia apuntó siempre sus falconetes al campo donde esperaba el grueso del ejército indio. El objetivo de aquella insignificante artillería, más que sembrar la muerte, fué provocar el pánico de los indígenas, como así se consiguió, y otro tanto puede decirse de los arcabuces, que eran tres solamente. El verdadero estrago lo causaron las espadas, hundidas una y otra vez en los cuerpos palpitantes y cayendo de filo sobre las cabezas.

Los soldados de Atahualpa comenzaron a dispersarse, aunque muchos se defendieron como valientes. Pero no eran hábiles en el manejo de las armas, y un solo español podía luchar contra quince o veinte. Pizarro, con sus intrépidos rodeleros, procuró acercarse al Inca, para hacerle prisionero, aunque sin causarle daño. En lo más recio de la lucha, gritó:

—¡Guárdense de tocar al rey los que estimen en algo la vida propia!

Cuando esto dijo estaba a pocos pasos de Atahualpa. Dió un salto y extendió el brazo, porque una espada se había levantado contra el Inca. En el brazo recibió Pizarro el golpe; pero, a cambio de ser el único español herido en la batalla, pudo darse la satisfacción de coger vivo al soberano.

Continuó la pelea, pero aumentó también el espanto y la confusión de los peruanos, que corrían en todas direcciones, buscando por dónde escapar. No trataban los españoles de perseguirles, sino de dispersarles, para que llevaran a los del campo la noticia de su derrota y se marcharan todos. Los cañones seguían haciendo fuego. Los guerreros que habían cercado la ciudad, sorprendidos por los cañonazos y por la dispersión de la escolta del Inca, creyeron que el cielo se abría para caerles encima, y sin

esperar más, buscaron refugio en las vecinas montañas. Cerraba la noche cuando Pizarro, terminada la lucha y puestos a buen recaudo los prisioneros, reunió de nuevo a sus tropas, en la plaza, al toque de las cornetas.

Sobre el número de los indios que murieron aquella tarde, 16 de noviembre de 1532, se ha fantaseado mucho. Unos historiadores lo hacen subir a dos mil; otros consideran que no pudo pasar de doscientos. La batalla había durado apenas media hora, y nos resistimos a creer que, en tan poco tiempo, ciento setenta y ocho cristianos dieran muerte a dos mil indígenas. Nos parece imposible.

X

Una montaña de oro para rescate de un rey

Parece cosa de fábula que ningún castellano, aparte su capitán, resultara con heridas de una lucha en la cual sufrió el enemigo un número de bajas tan crecido. Según era la costumbre de los fervientes españoles de aquel tiempo, se creyó en un milagro. Nosotros podemos creer que el milagro lo hicieron conjuntamente la superstición de los indios y la destreza, el valor y la superioridad en el armamento de los españoles. Pero es admirable que los guerreros de Atahualpa no acertaran a herir ni una sola vez, aun teniendo en cuenta que los soldados de España iban cubiertos con su férrea armadura. ¡La desproporción numérica de los combatientes era tan grande! También hicieron el milagro la previsión y la estrategia de Francisco Pizarro, quien había preparado el ataque de manera genial.

El fracaso sufrido y el cautiverio que le esperaba, no pareció apesadumbrar mucho al Inca, que era hombre joven, de unos treinta años, fuerte y, al parecer, sereno.

— ¡Son cosas de la guerra! — dijo a Pizarro, aquella misma noche, cuando el gobernador de los castellanos estuvo a invitarle a que cenara con él. Y confesó de plano que sabía cuanto habían hecho los españoles desde su llegada a las playas del Perú y que tuvo la intención de acorralarles en Caxamalca, para hacerles prisioneros y apoderarse de sus armas y caballos. Había consul-

tado, por medio del oráculo, a los ídolos; pero éstos le mintieron, y ya no les concedía ningún crédito. Eran unos embusteros; casi estaba por dar la razón a los cristianos y creer sólo en su Dios.

Pizarro y fray Vicente de Valverde le animaron a que se decidiera por la conversión, luego de haberle reprochado el primero su perfidia; pues, no obstante las seguridades de amistad que le daban los españoles, no pensó sino en exterminarlos.

— Sois extranjeros peligrosos — dijo Atahualpa —, y sólo me arrepiento de haber fiado tanto en los ídolos y en mi ejército. Pero erais tan pocos que no pude sospechar jamás que pudieseis vencerme.

El indio Felipillo, convertido y bautizado, amigo de los españoles y servidor fanático del comandante, era quien se encargaba de traducir cuanto decía el Inca. Se sospecha que Felipillo, por tenerle al Inca mala voluntad, no siempre traducía fielmente sus palabras.

Sin embargo, Atahualpa fué tratado con mucha consideración y respeto, y se permitió que le visitaran sus vasallos y que le asistieran su familia y personajes de su corte. Se le destinó uno de los mejores alojamientos de la ciudad; se hizo venir a Caxamalca, para que se pusieran al servicio del príncipe cautivo, las llamadas *mamaconas* o Vírgenes del Sol, y el mismo gobernador departía con el prisionero amigablemente, dándole informes detallados de los progresos de España, del imperio de Carlos V y, muy especialmente, de la bondad y misericordia del Señor todopoderoso que reina en el cielo y en la tierra.

Pasaron los días. Los españoles, carceleros del Inca en Caxamalca, se habían hecho los amos de la situación, y los indios, considerándoles seres superiores, guardábanse de hostilizarles; muy al contrario, antes querían servirles y ganarse su confianza. Como botín de su victoria habían recogido los cristianos muchas alhajas

de oro y esmeraldas, tejidos de lana y algodón muy ricos. Sólo el asiento del palanquín de Atahualpa, que era de oro macizo y pesaba cuatro arrobas, se evaluó en veinticinco mil ducados. Además, los grandes rebaños de llamas que acompañaban al ejército indio, quedaron en poder de los vencedores. Para el consumo de las tropas de Pizarro y los prisioneros, se sacrificaban diariamente, en Caxamalca, ciento cincuenta cabezas. ¡Bien podían saciarse quienes llevaban ganada con años de hambre aquella cumplida satisfacción!

Pizarro libertó a la mayor parte de los cautivos, quedándose sólo con los necesarios para los servicios humildes. El Inca escogió por sí mismo a sus criados y mujeres, autorizado por el gobernador, quien hubo de advertirle para que tuviera gusto en todo, menos en recobrar la libertad:

—Si sabes que alguna de tus mujeres la tiene un español a su lado, dímelo; pues quiero que te sea en el acto restituída. Mi deseo es que te encuentres bien entre nosotros y que seas servido como corresponde a tu rango. Pide cuanto se te ofrezca, que nada he de negarte, y tendré una verdadera satisfacción en verte complacido y contento.

Mientras tanto, Caxamalca se iba transformando en una ciudad española. Como puede suponerse, los vencedores cuidaron sobre todo de tener una iglesia, habilitando un templo de los indígenas, después de haberlo purificado según lo pedían los escrúpulos de su ardiente fe. Allí se decía misa todos los días y comenzaron a convertirse los naturales, exhortados por los celosos sacerdotes cristianos.

Pizarro se mantenía en su propósito de seguir explorando el país y llegar al Cuzco, pero esperaba refuerzos de Panamá, aquellos refuerzos que Diego de Almagro le tenía prometidos y que no llegaban nunca. Envió un correo a San Miguel, dando cuenta de sus grandes éxitos y de la prisión del Inca. A ver si en aquella colonia había ya nuevas tropas.

Respecto al triste y vencido Atahualpa, cansado de su cautiverio y deseoso de verse otra vez mandando a sus guerreros, hizo a los españoles una proposición que les dejó maravillados. Dijo a Pizarro que, a cambio de su libertad, se comprometía a llenar de oro el aposento donde estaban hablando y de modo que el precioso metal acumulado llegara a cubrir la cabeza del hombre de más talla. Muchos de los circunstantes se rieron de aquello que parecía imposible, pero Pizarro permaneció serio, demostrando no parecerle tan exageradas las promesas del Inca. Había que probar si tenían fundamento.

Con los españoles iba siempre un escribano, al objeto de legalizar cuanto se hacía, en punto a exploraciones, contratos, reparto de botín, etc. Llamó Pizarro al curial, para que tomara nota de la proposición del Inca y trazó una línea roja en la pared, a la altura de su capacete. Era Pizarro hombre muy alto, y en cuanto a las dimensiones del aposento que debía ser llenado de oro, tenían un largo de veintidós pies por diez y siete de ancho. Atahualpa ratificóse en su promesa formal de llenar de oro, hasta la raya trazada en la pared, todo aquel espacio; pero advirtiendo que el metal no sería fundido y transformado en barras, sino que se amontonarían diversos objetos: planchas, vasijas, imágenes, ornamentos, etc. De este modo el tesoro reunido sería menos cuantioso, aunque siempre enorme.

Formalizado el pacto con la escritura que extendió el legista, Atahualpa dió órdenes a sus criados para que fueran a recorrer sus dominios y trajeran todo el oro de los templos y palacios, debiendo advertir de paso a los oficiales y personajes peruanos, que se trataba de rescatar a su monarca. Pizarro envió al Cuzco tres soldados españoles, a quienes respetaron los indios gracias a las

órdenes de Atahualpa, aunque de todos modos su viaje a la capital, sede de los reyes Incas, fué una temeridad. Dichos enviados del gobernador, que parece debieron ser Pedro Moguer, Francisco Martínez de Zárate y Martín Bueno, no encontraron en el Cuzco todo el oro que buscaban, porque los indígenas lo habían escondido. En cambio, supo Pizarro que el templo más rico era el de Pachacamac, y envió a dicho templo, previa autorización del Inca, a su hermano Hernando con veinte jinetes, que tardaron en volver mucho tiempo.

También el oro de Pachacamac lo tenían oculto los sacerdotes. Éstos habían de mirar con desagrado, naturalmente, el despojo de sus templos, y no era sino con mala voluntad y a regañadientes que daban oro y plata a los indios para llevarlos a Caxamalca y que pudiera el Inca prisionero cumplir su compromiso con los castellanos. Pero cuando iban éstos por sí mismos a buscar el oro, los sacerdotes lo escondían, desconfiando de que se destinara aquella riqueza al rescate de su señor, es decir: temían que los españoles apartaran el oro tomado por sus manos, dejando que el aposento, el cual se señaló como medida del rescate, lo llenaran sólo los indios.

Debe advertirse que los tres españoles que estuvieron en el Cuzco, no se mostraron muy reverentes con los sacerdotes, y en cambio fueron demasiado efusivos para con las Vírgenes del Sol. Ambas cosas eran un sacrilegio a los ojos de los peruanos, y es natural que no lograran inspirar confianza y menos ganarse las simpatías de los buenos patriotas.

Pero lo que Pizarro pretendía al enviar a los suyos primero al Cuzco y después a Pachacamac, era reunir todo lo antes posible el oro del rescate de Atahualpa, para dejar a éste en libertad y otra vez dedicarse él a la exploración y conquista del país. Traían los indios a Caxamalca muchas cargas de oro y plata, pero el aposento no se llenaba, y entretanto iba pasando el tiempo, el Inca andaba en tratos con sus oficiales y podía temerse que el ejército indígena, repuesto del anterior descalabro y teniendo sus cabecillas misteriosas instrucciones del rey cautivo, preparase un ataque que sería fatal a los españoles.

* * *

A todo esto el hermano de Atahualpa, el desdichado Huascar, que estando prisionero en el Cuzco tuvo noticia de lo ocurrido en Caxamalca, quiso mover la piedad del comandante cristiano y le envió mensajeros encargados de explicar al vencedor la triste situación de un rey vencido, víctima de la traición y la injusticia.

Pizarro dió cuenta del mensaje a su cautivo y a la vez manifestóle su deseo de ir a buscar a Huascar, para que la justicia española entendiera en el pleito de los dos hermanos y viese de parte de quién estaba la razón.

Sabemos nosotros que era Huascar el que tenía más derecho a empuñar el cetro de los Incas; Atahualpa, temiendo que el odiado rival demostrara a los castellanos la legitimidad de su causa, se opuso desde luego a la determinación de Pizarro y le dijo que no debía meterse donde no le importaba y que mejor haría en recoger el tesoro del rescate y marcharse del país.

El caudillo extremeño pudo contestar a esta impertinencia de su prisionero:

—Yo he venido al Perú a enseñar a tus vasallos cuáles son las creencias religiosas, los adelantos, las costumbres y las leyes de mi patria. Se me presenta la ocasión de dar un gran ejemplo de justicia, y no podría renunciar a ella sin dejar de ser quien soy. Así es que no puedo en esto complacerte, y por mi Dios,

que nos oye, yo te juro que daré la razón a quien la tenga y castigaré al culpable como se merece.

En esta ocasión dió Atahualpa una nueva prueba de su astucia y doblez. Viendo que Pizarro parecía decidido a oir a Huascar, para, después de oirle, obrar según fueran los dictados de una recta conciencia, pensó que lo mejor sería que su hermano y rival desapareciera. Pero, para curarse en salud y prever las consecuencias de su aviesa y criminal intención, fingió haber recibido noticia de la muerte de Huascar cuando éste todavía estaba vivo. Llenos los ojos de lágrimas y demostrando un pesar que no sentía, dijo a Pizarro, pasado algún tiempo, que el desgraciado príncipe su hermano había sido muerto por sus carceleros con motivo de haber querido escaparse. El Inca se mostraba tan profundamente dolorido, al comunicar la falsa noticia a su vencedor, que éste, aunque le quedara una duda en el fondo del corazón, se conmovió a su vez y hasta prodigó al embustero palabras de consuelo.

Cuando Atahualpa vió que el extremeño creía, o aparentaba creer, en su dolor por la fingida muerte de Huascar; cuando pudo advertir, por supuesto con mucha satisfacción de su parte, que Pizarro se resignaba a la renuncia de sus deseos de justicia, respecto al pleito de los dos Incas rivales, entonces no esperó más y, secretamente, dió orden para que el prisionero del Cuzco fuera asesinado.

El infeliz Huascar murió cuando sólo contaba veinticinco años, ahogado en el río de Andamarca por sus esbirros. Supersticiosamente creían los indios que era esta la muerte más cruel, entendiendo que aquellos que así acababan su vida y a cuyos cuerpos se negaba sepultura, eran destinados a condenación y pena eterna. Huascar murió maldiciendo a su feroz hermano, de quien dijo no tardaría en seguirle adonde reina la paz de una noche infinita.

Pizarro supo, después, de modo que no dejaba lugar a dudas, el lamentable y trágico fin de aquel cuya causa pensaba defender. Y no dejó por esto, mientras no tuvo la certeza de la traición de Atahualpa, de tratar a su prisionero con todo miramiento y consideración. Éste tenía consigo a todas las mujeres de su harem, más aquellas que se llamaban sus esposas, por ser las distinguidas. Ocupaba un alojamiento que escogió por sí mismo; tenía una multitud de servidores; la vajilla de su mesa era de oro y plata; se le reverenciaba como si estuviera en su palacio del Cuzco, y aun para que le fueran menos monótonos los días de cautividad, procuraron los españoles distraerle, enseñándole a jugar a los dados y al ajedrez.

Iban de esta suerte transcurriendo los días y llegaban de tarde en tarde las cargas de oro destinadas a reunir la fortuna que el Inca tenía ofrecida para su rescate. No habían vuelto aún los tres españoles que fueron al Cuzco, ni tampoco la fuerza enviada a Pachacamac al mando de Hernando Pizarro. En cambio tuvo el gobernador noticias muy agradables de la colonia de San Miguel. Se encontraba ya en dicho punto Diego de Almagro con los tan esperados refuerzos. Procedente de Panamá, venía trayendo armados tres navíos con una fuerza de doscientos hombres y cincuenta caballos. El piloto Ruiz había dirigido la expedición, que estaba bien provista de municiones de guerra.

Del escribano Pérez, un espíritu mezquino, recibió Pizarro informes secretos, avisándole de que Diego de Almagro, al saber que los españoles tenían prisionero al Inca y que estaban reuniendo una verdadera montaña de oro, se había mostrado en exceso ambicioso y con deseos de establecer un reino independiente. No concedió Pizarro a este aviso, harto sospechoso, ninguna importancia. Almagro era un viejo amigo al que suponía olvidado de sus resentimientos pasajeros.

Pero también se dirigió la misma saeta emponzoñada a don Diego, a quien dijeron algunos malintencionados que no se fiara de Pizarro; pues, por sentirse este último demasiado avaro de su gloria y de su fortuna, prefería estar solo en la gran empresa de conquistar el país.

Almagro era más sensible que su viejo camarada a semejantes insinuaciones de la envidia y la mala voluntad. Es de creer que arañaron las mal curadas heridas de su corazón. Pero como quiera que Pizarro envió mensajeros a San Miguel, para que comunicaran al receloso Almagro el mucho contento que recibía de su llegada, advirtiéndole, además, que deseaba abrazarle cuanto antes en Caxamalca, se confió don Diego, y al menos en aquella ocasión, supo corresponder con su buena fe a la conducta abierta, franca, leal y magnánima de su socio. Alguien le fué con el cuento de la cizaña que intentara sembrar el leguleyo Pérez, y Almagro, que en la resolución de tales cuestiones no se andaba con paños calientes, mandó al traidor a la horca.

* * *

Almagro llegó a Caxamalca oportunamente y pudo asistir al reparto del oro reunido para el rescate del Inca. Le recibió Pizarro con grandes y verdaderas demostraciones de alegría. Se abrazaron los dos socios. Dijo el recién llegado que venía condecorado por el rey con el título de mariscal, y al gobernador le pareció muy justa esta distinción; pues, al contrario de su camarada, jamás conoció la envidia y sinceramente se congratulaba de los éxitos de sus amigos. Quienes no recibieron ningún gusto de la llegada de Almagro, fueron Atahualpa, porque veía aumentar el número de los españoles, y Hernando Pizarro, que detestaba al viejo don Diego.

Hernando volvió de Pachacamac con buenas cargas de metal

amarillo; otras trajeron, sirviéndose de un buen número de indios, los tres españoles enviados al Cuzco. Con ello aumentó el tesoro considerablemente, y aunque faltaba mucho para llenar el cupo que señaló Atahualpa, dijo Pizarro que ya había bastante; pues tuvo ocasión de advertir la impaciente avaricia de los hombres de Almagro y de los oficiales delegados de la Corona. Eran quienes menos derecho tenían a exigir que se hiciera el reparto; pero ocurre así muchas veces: no son los que más gritan quienes más razón tienen.

A Hernando Pizarro le molestaban aquellos que ya llamaba intrusos, no tanto por ser injustas sus pretensiones, como por venir mandados por Almagro. No podía olvidar las antiguas rencillas. Hernando era implacable en sus rencores. Por otra parte, su expedición a Pachacamac no había sido un viaje de recreo, sino todo lo contrario. El oro traído del famoso templo y que ahora se repartirían los soldados bisoños en la gran empresa de la conquista, le costaba un esfuerzo sobrehumano. Los sacerdotes de Pachacamac se negaron a dejarle entrar en el templo; tuvo que echar abajo la puerta y abrirse paso entre los indios a estocadas. Entró con sus hombres en un recinto obscuro y pestilente que destinaban los sacerdotes a los sacrificios. En los altares estaba Pachacamac, un ídolo con cara de monstruo, que producía espanto, sobre todo al pensar en la forma horrible como se le rendía culto. Los españoles lo hicieron pedazos, purificaron el templo, pusieron en los altares una cruz, y se habrían vuelto sin oro a Caxamalca de no haberles sido denunciado un tesoro que los sacerdotes tenían escondido bajo tierra. Ocho mil pesos en junto, que no eran toda la riqueza de Pachacamac ni mucho menos.

Para alcanzar este premio, Hernando había recorrido trescientas millas, en marcha fatigosa por la cordillera, acompañado de sus bravos caballistas. No encontraron buenos caminos, pero sí

curiosos puentes colgantes que permitían salvar las quebradas angostas, y en el viaje, donde todo fueron padecimientos y peligros, emplearon varias semanas. Después, estando en Pachacamac, pensó Hernando Pizarro ir a Xauxa, al objeto de entrevistarse con Chialiquichiama, uno de los generales de Atahualpa. Los caballos tenían gastadas las herraduras, y no habiendo hierro en el Perú, mandó Hernando que se substituyera con la plata. Otra marcha difícil por las montañas, llevando los caballos argentados los cascos, y al fin dieron los españoles con el buscado general indio, que se avino a seguirles a Caxamalca, porque era su deseo hablar secretamente con el rey cautivo.

En Caxamalca le esperaba a Hernando Pizarro la desagradable sorpresa de encontrarse con los forasteros. No supo fingirle a Diego de Almagro lo que no sentía y pareció dedicar toda su atención a Chialiquichiama, que se presentó al Inca con los pies desnudos y llevando una carga en los hombros para más humillarse ante su señor, de quien besó las extremidades a tiempo que derramaba copioso llanto.

El gobernador dió al viejo Almagro toda clase de explicaciones, para que disculpara a su hermano; pero no se borraron completamente los sinsabores y malquerencias. Hernando y don Diego no se podían ver sin que en el acto sintieran revivir en su corazón la llama de un odio inextinguible.

* * *

La distribución del oro reunido para rescatar al rey de los peruanos se hizo con toda solemnidad el 17 de junio de 1533. Pizarro pidió a Dios que le inspirara, pues no era fácil hacer un reparto equitativo y contentar a tantos hombres asaz ambiciosos. Como el botín se componía de objetos muy diversos y en cada

uno de ellos tenía el oro distintos grados de pureza, se pensó fundir aquellas planchas, copas, imágenes, jarros, bandejas, ornamentos, etc., que variaban en peso y en ley, para reducirlo todo a lingotes de igual tamaño y calidad. Pero antes se separaron los artículos con más ingenio trabajados por los indios, que se deducirían del quinto real y que llevaría Hernando Pizarro a España, como muestra del arte indígena, junto con una relación de las hazañas y descubrimientos llevados a cabo por los conquistadores.

Es de observar que si designó el gobernador a su hermano para esta delicada comisión, fué al objeto de poner el mar de por medio entre don Diego y Hernando, evitando de esta suerte nuevos rozamientos demasiado peligrosos. Pizarro se hizo notar siempre por su perspicacia y previsión, por su prudencia y habilidad política, cualidades que contribuyeron no poco al éxito de sus grandes empresas. Produce verdadero asombro ver reunidas en un hombre de educación rudimentaria las relevantes condiciones que hicieron del conquistador, al mismo tiempo, un gran general, un político habilísimo, un gobernante enérgico, un hombre de corazón bondadoso y magnánimo, y un cristiano ejemplar. ¿Qué habría sido Francisco Pizarro si, en los remotos años de su juventud, hubiese frecuentado las aulas de una Universidad en vez de guardar puercos en los berrocales de Trujillo?

También en el reparto del oro acumulado en Caxamalca demostró su probidad y su talento, dejando contentos a cuantos correspondía parte del botín. Éste fué estimado en 1.326.539 pesos de oro, más 51.610 marcos de plata. El valor comercial de este tesoro, en los tiempos de Carlos V, era cinco veces más grande del que dejamos indicado, siendo así que puede calcularse el precio del rescate de Atahualpa en 6.632.695 pesos, el oro, y en 1.135.420, la plata.

Separada la quinta parte para la Corona, según era lo convenido en el contrato que firmó Pizarro en España, se hizo la distribución entre los expedicionarios por orden de categoría. Correspondieron al jefe supremo 57.222 pesos de oro y 2.350 marcos de plata, quedándose, además, con la silla de Atahualpa, estimada en 25.000 pesos. Hernando Pizarro cobró 31.080 pesos de metal amarillo y 2.350 marcos de blanco. En oro le dieron a Soto 17.749 pesos, con su parte correspondiente de plata, que ascendió a 724 marcos. Los jinetes tocaron plata y oro por valor aproximado de 262.000 pesetas cada uno, y los infantes, comprendidos también ambos metales, se repartieron por barba 27.000 duros más o menos. A Diego de Almagro le tocó parte muy considerable del botín, en el cual pellizcaron todos sus hombres. Además, se destinaron 100.000 pesos de oro a dotar la primera iglesia que se construyera en el Perú. Se envió igualmente una fuerte cantidad a los españoles que estaban de guarnición en San Miguel.

No estará de más advertir, para los cálculos que por su cuenta quiera hacer el lector, que un *peso de oro* valdría ahora, aproximadamente, veinticinco pesetas, así como el *marco de plata*, que no era una moneda, sino una medida, puede estimarse en veintidós duros. La Corona de España cobró, por el quinto real del rescate de Atahualpa, oro y plata por un valor aproximado de ocho millones de pesetas. En aquel tiempo el dinero era escaso, y por esto tenía mucho más valor que en nuestros días.

No se sabe si alcanzó parte en el reparto de oro hecho por Pizarro, aquel licenciado Espinosa que, mediante la intervención de Hernando de Luque, facilitó el dinero para el descubrimiento del Perú. Luque había muerto antes de partir Almagro de Panamá; pero el buen eclesiástico legó a su amigo Espinosa, que residía en Santo Domingo, todos sus derechos. Y es indudable

que a Luque, lo mismo que al ya repetido licenciado, correspondería una participación muy importante. Puede suponerse que la cobró Espinosa; pues, de lo contrario, constaría su protesta en alguno de los antiguos documentos y aun en las relaciones de los viejos cronistas.

Hecho el reparto, que fué a satisfacción de todos — y ello es otra muestra de la táctica y del ponderado espíritu de Pizarro —, éste dió licencia a su hermano Hernando para que dispusiera su viaje a España, adonde llevaría el oro destinado a la Corona y el encargo de pedir al rey, para los conquistadores, nuevas dignidades y mercedes. Almagro encargó al delegado que pidiera para él la gobernación de la tierra que se descubriese pasados los límites de la jurisdicción de Pizarro. Y como quiera que el ambicioso y desconfiado mariscal tenía motivos para recelar de Hernando, dió al mismo tiempo a dos amigos suyos, Cristóbal de Mena y Juan de Sosa, poderes secretos para que formularan ante el monarca la misma petición.

Sintió mucho el gobernador la partida de su pariente, porque le privaba de un oficial valeroso y enérgico; pero, al mismo tiempo, era su deseo que Hernando no volviese más. Las turbulencias de su carácter y sus rencillas con Almagro eran demasiado peligrosas para observarlas sin inquietud.

* * *

Después que hubo partido Hernando para España, cosa que afligió al Inca prisionero grandemente, porque se habían hecho muy amigos — Soto y Hernando Pizarro fueron los oficiales españoles que más frecuentaron el trato de Atahualpa —, preguntó éste al gobernador que cuándo le daría la libertad.

— Te la daré en seguida — dijo el extremeño —, aunque no

has pagado todo el rescate que nos tenías prometido. Pero no importa. No ha de pasar mucho tiempo sin que te veas libre.

Y en seguida se fué en busca de un escribano para que preparase un documento público por el cual se eximiera al Inca de toda nueva obligación en punto al rescate. Dicho documento fué pregonado inmediatamente después de haber sido escrito.

Sin embargo, entre la misma población indígena de Caxamalca, tenía Atahualpa numerosos enemigos. Eran muchos los indios, sobre todo los llamados *yanaconas*, que recordaban con odio el despotismo del Inca y a quienes no podía ser grata la noticia de su próxima liberación. Apenas se supo la nueva, publicada por el pregonero, los indios enemigos de Atahualpa comenzaron a propalar el rumor, que otras veces había ya circulado con insistencia, de que estaba esperando en Quito un ejército de doscientos mil hombres, cuyo mando tomaría el rey libertado para atacar a los españoles y vengarse del cautiverio que le habían hecho sufrir. Al mismo tiempo los indios manifestaron al gobernador que el Inca fué quien ordenó secretamente el asesinato del pobre príncipe Huascar, aunque fingiera haber sentido su muerte hasta derramar lágrimas. Esto indignó a los españoles, que lograron comprobar este crimen, y en consecuencia tenían sobrados motivos para acusar de traidor al prisionero y para retirarle en absoluto su confianza.

Diego de Almagro y fray Vicente de Valverde solicitaron de Pizarro que no diera la libertad al pérfido Atahualpa sin antes haberle sometido a un proceso, para que se demostraran bien claramente su insidia y su traición. En vano quiso Hernando de Soto defender al Inca; estaban en mayoría los españoles que le acusaban y también los indios. El gobernador, vacilante esta vez, porque le repugnaba faltar a su palabra y al mismo tiempo temía ver frustrada la conquista, si eran ciertos los rumores de las maquinaciones de Atahualpa, interrogó al cautivo:

— ¿Es verdad que tu hermano fué asesinado porque tú lo mandaste? Contesta sin engaño, porque tengo pruebas que no permiten dudar.

El Inca no supo defenderse con una nueva mentira, pero aseguró que ninguna traición meditaba contra los castellanos y que le parecían burlas cuanto propalaban sus enemigos respecto al fabuloso ejército de Quito. Y añadió en el tono más reposado y natural:

— ¿Qué puedo yo, pobre de mí, ni qué puede toda mi gente contra unos hombres tan valientes como sois vosotros? No me digas esas burlas.

Eran grandes su astucia y serenidad.

Pero es posible que esta vez Atahualpa fuera sincero y que nada tuviese preparado contra los españoles.

— ¿No soy — decía a Pizarro — un pobre cautivo que tienes en tu poder? ¿Cómo puedo abrigar las intenciones que suponéis, sabiendo que sería yo la primera víctima? Nada hará mi gente sin orden mía. Cuando yo no quiero, ni las aves osan volar sobre mis dominios.

El gobernador no temía que viniera el ejército de Quito a libertar a su rey, sino que Atahualpa, al verse libre, fuese a buscar a su ejército. Sin embargo, se habría inclinado a la benevolencia si Almagro, el padre Valverde y una gran parte de los expedicionarios no se hubiesen mostrado inflexibles en sus demandas de justicia contra el Inca. ¿Cómo podía Pizarro libertarle, desafiando el riesgo de que después reuniera Atahualpa sus tropas (si no estaban ya reunidas, según se decía) para oponerse al avance de los españoles y frustrar una empresa que tan brillantemente y a costa de tantos sacrificios había comenzado? El gobernador estaba obligado a mirar por la vida de sus hombres. Por otra parte, si Almagro y el padre Valverde acertaban, resultando

de la libertad del Inca una nueva traición del mismo, ¿cómo podría Pizarro continuar al frente del ejército conquistador? Por otra parte, Atahualpa era culpable del asesinato de su hermano, y este horrible crimen no se podía dejar sin castigo, porque también los indios pedían justicia.

Los rumores sobre un probable levantamiento general de los peruanos iban ganando crédito a medida que pasaban los días. Sin duda los antiguos partidarios del infortunado príncipe Huascar contribuyeron mucho a propalarlos, para de este modo perder al rey prisionero. Pero Pizarro, que con su buen sentido comprendía la exageración de las noticias recibidas constantemente en Caxamalca, a propósito de los centenares de miles de hombres que se decía estaban en pie de guerra, trató de apaciguar los ánimos exaltados enviando a Hernando de Soto a Guamachucho para que explorara el país con un pequeño destacamento y viera si eran fundados los rumores de una insurrección.

No se tranquilizaron con esto los que pedían la muerte del Inca. Diego de Almagro y fray Vicente de Valverde volvieron a insistir pidiendo el procesamiento del fratricida, sin esperar a que Soto regresara de su exploración, y al fin tuvo que ceder Pizarro, muy contra sus deseos, a que se formara la causa. Atahualpa fué condenado a muerte.

Se supone que el intérprete Felipillo falseó las declaraciones de los testigos indígenas al traducirlas. Esto puede ser una fábula. El odio de Felipillo de Poechos al soberano indio, dícese que tuvo por causa los celos. El joven lengua estaba enamorado de una de las favoritas del rey, y como éste dijo que semejante irreverencia no se purgaba ni con la vida, Felipillo procuró librarse de las iras de Atahualpa, buscando una ocasión de perderle. Esta ocasión se la dió el juicio. Pero la supuesta insidia de Felipillo no puede ser aceptada sino con reservas.

Había sido nombrado un defensor de Atahualpa, que apeló formalmente de la sentencia, pidiendo que el reo y su proceso fueran enviados a España. De este parecer eran muchos españoles. El padre Valverde se opuso. Almagro y todos sus hombres eran de la misma opinión del religioso. Para evitar conflictos en el ejército y que se relajara la disciplina, Pizarro hubo de inclinarse del lado de la mayoría, que demandaba el cumplimiento del fallo fatal. Atahualpa fué ejecutado después de haberse convertido al cristianismo para que no le quemaran vivo, como en aquellos tiempos se hacía con los herejes.

La muerte de Atahualpa produjo sensación y la noticia corrió como el viento por todas las tierras sometidas al gran cacique del Cuzco. El cadáver del Inca tuvo sepultura cristiana en la iglesia de San Francisco y los funerales fueron solemnes, aunque no a gusto de los indios, que no entendían el ritual católico y pedían, para honrar la memoria de su rey, otra suerte de ceremonias. Los deudos de Atahualpa se entregaron a patéticas demostraciones de dolor, hiriendo el aire con sus lamentos, y las innumerables esposas del Hijo del Sol, ahora viudas plañideras, pidieron ser enterradas vivas junto con el cuerpo de su amado señor y dueño. No permitieron los españoles semejante atrocidad, y entonces aquellas tristes mujeres se lanzaron a través de los campos, presas de una extraña y trágica locura, desgreñadas, frenéticas, transidas, ululantes. Muchas se ahorcaron por sí mismas. Las que no tenían a mano una soga, se servían de sus propios cabellos, y habrían muerto todas si Pizarro no hubiese velado por ellas, ordenando a sus soldados que las persiguieran y las sujetaran.

XI

La entrada en el Cuzco

No seremos nosotros de los que atribuyen a mala intención y supuestos instintos sanguinarios de Pizarro, la sentencia fatal recaída sobre Atahualpa, a quien los enemigos del extremeño, en un alarde de fantasía inspirada por el odio, presentaban como un monarca ejemplar y como un mártir del amor a la patria. Tales fantasías se deshacen, como niebla al soplo del viento, bajo la repulsa de la lógica, de la justicia y del sentido común. Porque, vamos a ver: permitiendo Atahualpa que doscientos españoles se internaran en su imperio, hasta ponerse en contacto con el ejército indígena, formado de muchos miles de guerreros, ¿qué pretendía el cacique emperador? Ello está claro como la luz meridiana: quería el Inca cazar a los incautos para hacerles sus esclavos y dar muerte a los que no fueran de su gusto.

Y hallándose los españoles, por su número escaso, en condiciones tan desventajosas respecto del Inca; viéndose, además, amenazados por una probable, o mejor dicho, por una segura emboscada, ¿cómo podían ser blandos y suaves cuando, de resultas de una victoria, que más parece un milagro, se vieron dueños de la situación en Caxamalca?

Debe tenerse siempre presente que los conquistadores fiaban la salvación de sus vidas no tanto a su fuerza como al espanto que lograsen infundir a los indios, ignorantes y supersticiosos; pues,

al fin, en la lucha harto desigual de uno por mil, todos los recursos parecen buenos y honestos.

Se dirá que en el Perú nadie había llamado a los castellanos, y que si éstos se aventuraron en una empresa descabellada, fué por su voluntad. Es un argumento que no cuenta en la Historia, porque la ambición de conquista la sintieron todos los pueblos de todas las edades, máxime cuando se trata de introducir las modalidades de una civilización avanzada en países vírgenes, donde los aborígenes viven estacionados en sus costumbres primitivas. La educación necesita acudir muchas veces a medios violentos para que dé sus frutos, y sobre todo, se confía a los misioneros, empujados por la fe y requeridos por el martirio, la predicación ilustrada con santos sacrificios; pero los soldados no son predicadores, y aunque levanten la Cruz, su Biblia es la espada.

Se puede, sí, discutir la justicia de los castellanos compañeros de Pizarro que condenaron al Inca, después de haberle prometido la libertad si les daba una montaña de oro. Pero no se puede decir que Atahualpa no mereciese un ejemplar castigo, como asesino de su propio hermano, como traidor a los españoles y como déspota en cuya conciencia, si acaso la tuvo, debió pesar el remordimiento de muchos crímenes. ¿Cuántos de sus vasallos murieron de mala muerte por la falta más leve, por tal o cual irreverencia antes castigada que cometida, por antipatía o por capricho del Inca prepotente? ¿Cómo podían ser delicados y nobles los sentimientos de un fratricida? ¿Ni qué fantástica aureola de guerrero valeroso puede darse al capitán que, rodeándose de muchos miles de soldados, se deja vencer por doscientos aventureros?

Tiene la Historia mucha parte de leyenda, que conviene ir desbrozando por amor a la verdad, por respeto a las glorias legítimas y hasta por consideración al buen gusto.

Pizarro no pensó en substituir al Inca, haciéndose proclamar emperador. Todo lo contrario: llamó a todos los *orejones* y personajes distinguidos que habían formado la corte de Atahualpa, y les dijo que escogieran un nuevo rey.

En distintos puntos del imperio peruano había estallado la insurrección. Con la muerte del tirano, recobraban las tribus sometidas sus ansias de libertad. Además, los españoles habían enseñado a los indígenas el valor del oro y de la plata; se desató la codicia de las gentes del país, resultando con ello el saqueo de muchos templos y palacios. Entre los indios, era general la creencia de que los hombres blancos, así que hubiesen reunido un gran botín, se irían a su tierra para no volver ya más. Y por consiguiente, sin españoles y sin el gran cacique que los tiranizara, pensaban los peruanos que podían entregarse a toda clase de excesos.

No acertaban todavía a comprender los indios, en su grosera ignorancia, el objetivo principal de la conquista comenzada por los exploradores extranjeros. Ni tampoco sabían si Pizarro pensaba someterles o sólo quedarse con los tesoros del Inca. Atribuían a los españoles una vulgar ambición. Nada sabían de España y muy poco de la religión que predicaban los frailes, venidos del Viejo Mundo para extender por el Nuevo el inmenso imperio espiritual de la doctrina de Cristo.

El gobernador cristiano quiso poner freno inmediatamente a un estado de cosas que, por cierto, podía favorecerle, facilitando la conquista. Pero los desmanes iban contra las leyes de Dios, y no era loable, por tanto, aprovecharlos. Los rebeldes incendiaban pueblos enteros y mataban a quien les parecía estorboso o molesto. Sacudido el yugo de los déspotas del Cuzco, las tribus volvían a mostrarse indisciplinadas, feroces, y apenas respetaban la autoridad local de los curacas.

Por esto quiso Pizarro que se eligiera un nuevo rey, a ver si de este modo cesaba la anarquía, y al efecto consultó la opinión de los peruanos notables. Fueron éstos del parecer que el heredero más legítimo era el joven Toparca, hermano de Atahualpa. Toparca fué, pues, proclamado soberano y ostentó, caída sobre la frente, la borla imperial.

Terminada la ceremonia que podríamos llamar de la coronación y después que el joven Inca hubo recibido el homenaje de sus vasallos, Pizarro reunió el pequeño ejército español, ahora aumentado hasta cuatrocientos hombres, y dispuso lo necesario para trasladarse al Cuzco, centro geográfico y político del imperio.

Era en los primeros días del mes de septiembre cuando los españoles dejaron Caxamalca, emprendiendo una de aquellas fatigosas exploraciones a través de las montañas que tanto abundan en la historia de la conquista. Con ellos iban Toparca, el soberano, y Chialiquichiama, el general indio, llevados ambos en literas y en hombros de sus servidores. Toparca y Chialiquichiama se rodeaban de tanta pompa y ceremonia, que los mismos españoles, con sus capitanes Pizarro y Almagro, parecían darles escolta.

La marcha fué lenta. Caminaban entre riscos, siguiendo veredas resbaladizas. Los jinetes se veían obligados a llevar de la brida a los caballos, y aun así era muy difícil el paso de las bestias por los puentes colgantes y por los senderos pedregosos. Tuvieron que vadear algunos ríos y torrenteras. Pasaron por los pueblos de Guamachucho y Guanuco. En los puntos más elevados, el frío era intenso. Algunos de los indios que formaban parte de la expedición cayeron enfermos; los españoles resistieron mucho mejor los rigores del clima, y aunque rendidos, llegaron con buena salud a Xauxa, donde intentó oponerse a su paso un grupo muy numeroso de rebeldes. Estos se habían parapetado en la margen opuesta de un torrente; los españoles se echaron al agua

bajo una espesa lluvia de flechas y piedras, pero así que hubieron ganado la orilla, hicieron pagar cara a los indios enemigos su terquedad.

Como sospechoso de andar en tratos con los rebeldes, de cuyas emboscadas había mucho que temer, Chialiquichiama pasó a la condición de prisionero. Pizarro sospechaba del general indígena, atribuyéndole deseos de venganza por la muerte de Atahualpa. Una vez que el comandante español, durante la marcha, intentó sosegar a una tribu soliviantada, escogió por mensajero de paz a un hijo de Huayna Capac. La tribu enemiga no tuvo en cuenta los prestigios del embajador, que podía aspirar, por su sangre, a que se le tuviera por príncipe, y le asesinaron sin compasión. Entonces le pareció a Pizarro que Chialiquichiama se alegraba de la muerte del hijo de Huayna y de la resistencia de los rebeldes. Chialiquichiama tenía en Xauxa muchos amigos, y en Xauxa habían osado los indios cerrar el paso a los españoles. Las sospechas de Pizarro no se fundaban, por consiguiente, en simples imaginaciones.

Decidió detenerse en Xauxa algunos días y fundar allí una colonia, porque el sitio era fértil y ofrecía una situación estratégica. La ciudad indígena estaba situada en medio de un valle muy hermoso y bien regado. En los templos se encontró oro en abundancia. Se quitó el oro, se purificaron los altares y fueron substituídos los ídolos grotescos con las santas imágenes de la Virgen y del Niño Dios.

Y para estar más al seguro de un ataque traicionero, Pizarro envió a Hernando de Soto, con un destacamento de sesenta caballos, a explorar camino adelante. Soto era valiente como el que más y había dado repetidas pruebas de serenidad y energía. Sin embargo, nunca se vió en trance más apurado que en aquella ocasión. Prudentes habían sido las medidas que para mayor

seguridad del ejército tomara el comandante, pero dura prueba le esperaba al oficial en aquel peligroso reconocimiento.

Avanzó despacio y con mucha cautela, porque, a poco de haber abandonado Xauxa, ya pudo advertir que la insurrección había cundido por aquellos parajes. Era evidente que los indios querían hacer la guerra a los conquistadores y que sólo por la fuerza se les podría someter. Soto descubrió algunos poblados destruídos, incendiados. En los caminos aparecieron grandes árboles cortados y enormes piedras que interceptaban el paso a los caballos. Los españoles habrían hecho bien en retroceder, vistas las dificultades de la exploración, después que sostuvieron una escaramuza con los indios emboscados en un desfiladero, escaramuza que costó la vida a tres expedicionarios. Pero Soto no retrocedía por tan poco. Envió aviso al comandante de lo que pasaba, pero al mismo tiempo apresuró su marcha.

Después de haber vadeado los ríos Abancay y Apurimac, se encontró en la sierra de Vilcaconga y supo allí que el enemigo le esperaba en lo más escarpado, dispuesto a cerrarle los pasos de la montaña. Tras de la montaña había el valle del Cuzco. Soto no quiso detenerse, porque era ya cuestión de su amor propio herido llegar a la capital del imperio. Pero apenas se hubo aventurado por las sombrías gargantas de la sierra, cayeron los indios a miles sobre su mísero escuadrón, y entonces ya fué materialmente imposible seguir adelante. Los indios se cogían de las patas de los caballos, formando verdaderos racimos humanos, y las cabalgaduras, no pudiendo desasirse, quedaban inmóviles. La lluvia de piedras y flechas arreciaba. Algunos españoles se vieron obligados a desmontar y acuchillaban a pie firme a la chusma, que les envolvía como una nube. Soto logró libertarse de un grupo que retenía prisionero a su caballo y corrió en auxilio del compatriota más próximo, para ayudarle a salir de un trance igualmente crítico.

Así, los que podían moverse auxiliaban a los compañeros a quienes veían en situación difícil, y haciendo un derroche inaudito de valor y de resistencia física, lograron todos, después de rudísimo combate, escalar una altura que les ofrecía abrigo y ventaja.

Pero se reanudó la lucha al poco rato, esta vez tomando los españoles la ofensiva; pues se habían ya repuesto de la sorpresa y querían dispersar a toda costa al enemigo. No lo consiguieron con sus cargas repetidas y desesperadas porque los indios eran muy numerosos y, además, porque cerró la noche y hubo que suspender las hostilidades. Durante la sangrienta jornada murieron algunos soldados del pequeño destacamento y también bastantes caballos. Las hachas de guerra usadas por los indios eran terribles, y aunque de bronce, tenían un temple inmejorable. De un solo golpe, un indio había partido la cabeza a un español, llegando a clavarse el filo del arma en el maxilar de la víctima.

Se comprenderá que aquella noche los castellanos compañeros de Soto no durmieron. Sabían que, cuando amaneciera Dios, otra vez empezaría la pelea, y abrigaban pocas esperanzas de triunfo. Los rebeldes eran bravos y porfiados, conocían la inmensa superioridad del número y estaban orgullosos de haber causado bajas al enemigo. Soto procuró reanimar a su tropa. Se curó a los heridos y se preparó con tiempo la defensa para cuando apuntara el día y repitieran los indios sus ataques.

Afortunadamente, el aviso enviado al gobernador llegó a Xauxa en tiempo oportuno y pudo Pizarro enviar a la sierra de Vilcaconga el auxilio que necesitaba el escuadrón de Soto. Diego de Almagro se puso en camino con toda la caballería y llegó adonde estaban sitiados sus compatriotas a medianoche. Sonando las cornetas, hicieron advertir su llegada a los camaradas que esperaban aquel socorro. También éstos hirieron el aire y rasgaron el silencio de la montaña con idénticos estridores de trompetería,

y de este modo, aunque las sombras de la noche no permitían orientarse a los jinetes de Almagro, al fin las dos fuerzas españolas lograron reunirse. Los indios, por su parte, viendo que llegaban nuevas tropas, se retiraron de sus posiciones, dispuestos a dejar para mejor ocasión el exterminio de los cristianos.

Al amanecer, Diego de Almagro y Hernando de Soto decidieron buscar un punto más estratégico y estarse en él hasta que llegara Pizarro con el resto de la fuerza expedicionaria. Saliéronse de la sierra, para verse libres de emboscadas, y establecieron cerca del Cuzco su campamento, dedicándose, mientras duró la espera, a estudiar el terreno y a cuidar a los heridos.

* * *

Entretanto moría en Xauxa, de una enfermedad desconocida y misteriosa, el joven Inca Toparca, de lo cual recibió el gobernador gran contrariedad y mucha pena, sospechando nuevamente de las malas artes de Chialiquichiama. Decíase entre los españoles que éste había logrado ponerse en comunicación con Quizquiz, el otro general de Atahualpa. Mientras Quizquiz andaba por la sierra soliviantando a los indios, Chialiquichiama dió a beber al Inca un cocimiento de hierbas venenosas, atentando contra su vida por haberse mostrado grande amigo de Pizarro. Pero esto era una vaga sospecha, un simple rumor.

De todos modos, Pizarro, antes de salir de Xauxa, cargó de grilletes a Chialiquichiama y aumentó el número de los soldados que tenían la misión de vigilarle. No podía fiar en los indios, maestros en la mentira y el disimulo, y no permitió que el general sospechoso de traidor se quedara en Caxamalca: Chialiquichiama siguió a los españoles en calidad de cautivo.

En Caxamalca se quedó, como representante del gobernador,

el tesorero Riquelme con una pequeña guarnición. Otro grupo de españoles fueron enviados a Pachacamac, para ver si era posible fundar allí otra colonia. El resto de la fuerza marchó con Pizarro a reunirse con las tropas de Soto y Almagro, que esperaban en la entrada de un valle distante sólo cinco leguas del Cuzco.

Llamábase dicho valle de Xaquixaguama y lo habían escogido los Incas y personajes de su corte como lugar de recreo. Abundaban en las laderas de los montes las viviendas de rica apariencia. Sin duda los peruanos de valimiento cerca del gran cacique, solían pasar en aquellas residencias campestres, rodeadas de espesa y verde arboleda, los meses estivales.

Los españoles, ya reunidas todas las fuerzas, establecieron allí su campamento, y uno de sus primeros cuidados fué formar causa a Chialiquichiama, acusado de traidor y de haber envenenado al Inca Toparca. Parece ser que esta vez obraron con mucha precipitación, pues el reo fué condenado a muerte antes de que se tuviera la certidumbre de su culpabilidad. Pizarro quería hacer un escarmiento, para ver si los indios abandonaban su actitud hostil. Más o menos convencido de la traición de Chialiquichiama, aunque faltaran pruebas que la demostraran hasta la evidencia, no se opuso al fallo fatal de los jueces. Razones de alta política le obligaban a sofocar, en aquel trance, sus naturales impulsos generosos. Y es lo peor que Chialiquichiama, por no haber querido bautizarse, fué quemado vivo. Era la consecuencia del fanatismo de aquellos tiempos. No se culpe sólo a los españoles de un bárbaro castigo que era cosa corriente en todas las naciones de Europa, aun en aquellas tenidas ahora por las más civilizadas.

El comandante en jefe de la expedición, después del hecho triste y reprobable que dejamos consignado, se preparó para su entrada en el Cuzco. Marchó primero la vanguardia, al mando de Almagro, Soto y Juan Pizarro, otro hermano del gobernador,

siendo estas fuerzas hostilizadas por los indios al enhebrarse por un paso muy angosto de la sierra. Pero nada consiguieron los peruanos en esta lucha desesperada. Muchos pagaron con la vida su porfía. Entonces salió de la ciudad para dirigirse al campamento de los cristianos, uno de tantos hijos de Huayna Capac, el Inca de prole innumerable; y con mucha pompa y solemnidad, ricamente vestido y llevando un fastuoso cortejo, se presentó al gobernador y le propuso una alianza.

Se llamaba este nuevo representante del Sol, el príncipe Manco. Era hermano, parece que de padre y madre, del infortunado Huascar, y se creía el más legítimo heredero a la borla imperial de los Incas. Pizarro le recibió con mucho agasajo y dando muestras de una grandísima satisfacción. Y no era fingida su alegría, pues deseaba que los indios acataran la autoridad de un príncipe perteneciente a su raza.

Manco declaró sin rodeos que no se avenía a un pacto con los invasores extranjeros, sino forzado por las circunstancias. Pero dando por imposible la resistencia después de haber comprobado el valor sin ejemplo y la destreza en el manejo de las armas de que hacían alarde los españoles, ahora quería estar bien con ellos y que Pizarro apoyara sus pretensiones al trono de los Incas.

Mientras se efectuaba esta entrevista en el llano de Xaquixaguama, los indios rebeldes, a quienes parecía una humillación la conducta de Manco, corrieron al Cuzco para esconder los tesoros y comunicar a sus compatriotas la próxima entrada en la capital de las tropas cristianas.

Supuso Pizarro lo que estaba ocurriendo y no quiso entretenerse más: junto con el príncipe, ya su protegido, reanudó la marcha, y por fin, el 15 de noviembre de 1533, entraron los españoles en el Cuzco, muy de mañana. Fué un desfile ostentoso y triunfal, formando el ejército tres divisiones y marchando en

correcta formación. Una enorme muchedumbre de indios presenció en silencio y con la más viva curiosidad, el paso de las tropas. Las trompetas herían el aire con su música marcial y el sol matutino arrancaba de las armas hermosos reflejos.

* * *

Se calculan en cuarenta mil los habitantes del Cuzco, en la época en que entraron en la ciudad los conquistadores. Contando la gente diseminada por los suburbios o arrabales, aunque mejor diríamos en la comarca, la más poblada del Perú en aquellos tiempos, dicen los antiguos cronistas que lo menos habría doscientas mil almas. Estos cálculos son sospechosos de exageración; pero, de todos modos, es admirable el hecho de haberse apoderado del Cuzco el heroico Francisco Pizarro con sólo una fuerza de cuatrocientos españoles. Toda la historia de la acción de España en América es una serie emocionante de verdaderas maravillas.

Los palacios eran muy numerosos en la ciudad y los había también en los alrededores. Se trataba de grandes edificios achaparrados, pero que ocupaban áreas muy extensas y cuyos muros, hechos de piedra sin mezcla alguna de argamasa, tenían la necesaria solidez y fortaleza para resistir muchos años, o mejor diremos siglos. No se encontraba en ellos ninguna belleza arquitectónica. Los indios no se preocupaban por la esbeltez de sus fábricas y menos por detallar graciosamente la fachada. Era la suya a modo de una construcción ciclópea. Levantaban cercados que, después, cubiertos con una techumbre de paja, se convertían en cuadras o salas muy espaciosas, sin otro adorno exterior que un poco de pórfiro usado en los montantes de las puertas. En cambio, en el interior, abusaban del oro y las telas preciosas.

Lo que más maravillaba a los españoles, como hemos dicho en otro lugar, era el primor con que aparecían encajadas las piedras, en todos los grandes edificios. Tan bien labradas estaban en sus junturas, que apenas eran éstas perceptibles.

Entre las más ricas construcciones del Cuzco, se distinguían, por la suntuosidad, el esplendor y la belleza de sus jardines, el Templo del Sol, y por ser una obra verdaderamente gigantesca, la fortaleza que, teniendo de parapeto tres murallones semicirculares y levantándose altiva sobre una roca, dominaba la ciudad.

La mayoría de las calles eran angostas, pero estaban casi todas empedradas con pequeñas guijas, teniendo en el centro un caño enlosado, a modo de cloaca. Había, como en todas las ciudades peruanas, una plaza muy espaciosa, y el río que cruzaba el valle, en una extensión de veinte leguas, tenía revestidas de piedra las orillas. Su canalización, que representaba un trabajo de muchos años, asombró a los españoles tanto o más que la solidez y comodidad de los palacios y el aspecto imponente de la fortaleza.

Los conquistadores acamparon en la plaza y el comandante en jefe dió orden de que no se causara daño a los habitantes ni se atentara contra su propiedad. Pero ardían algunos edificios, incendiados por los revoltosos, y el temor de que fueran destruídos los tesoros hizo que Pizarro se rectificara y permitiera, no el saqueo desordenado, sino una prudente requisa. De todo cuanto pudo hallarse, en oro y plata, lo mejor fué un tesoro descubierto en una caverna, donde había enterrados muchos ornamentos y figuras de animales exóticos, todo de metal amarillo, más algunas estatuas de mujer, también de oro. Casualmente descubrió Pedro Pizarro*, yendo a la busca de maíz, diez lingotes de plata, cada uno de los cuales tenía veinte pies de largo, uno de ancho y

* Antiguo cronista, pariente del gobernador.

dos pulgadas de grueso. En junto, se evaluó el botín recogido en 580.000 pesos de oro y 215.000 marcos de plata, cuyo valor aproximado en nuestra moneda actual, sería de unos cuarenta millones de pesetas.

Llegó a ser tan abundante el oro, que este rico metal perdió valor hasta para los españoles. Por esto muchos se viciaron en el juego, despreciando el tesoro obtenido tras de tantos afanes. Los artículos necesarios para el sustento del hombre y aquellos otros que no daba el país, pero de cuyo uso no podían privarse los hijos del Viejo Mundo, se pagaban enormemente caros. A quien se diga que una botella de vino de España valía sesenta pesos de oro, o sean mil quinientas pesetas aproximadamente, le parecerá que nunca como entonces pudieron curarse de su inclinación al mosto los más empedernidos bebedores.

Pero lo de menos era el precio, porque sobraba el oro y faltaba el vino. Era caro hasta el escribir una carta a la familia; diez pesos de oro, es decir, cincuenta duros, costaba una mano de papel. Y un caballo, lo que más quería, después de su vida, un soldado del ejército conquistador, era difícil obtenerlo por menos de dos mil quinientos pesos, esto es, una fortuna hasta para dedicarse a vivir de su renta.

¿Qué de extraño tiene, por tanto, que la pasión del juego se apoderara de los españoles, inútilmente ricos? Se dice de un soldado de la conquista que *se jugó el sol antes que amaneciera*, y la frase ha quedado como proverbio. Era un soldado que se llamó Leguízano y a quien había tocado en suerte, al repartirse el botín, una imagen del Sol arrancada de las paredes de un templo. Un sol de oro macizo y reluciente. Su dueño, demasiado imprudente o derrochador hasta la locura, se lo jugó a los dados una noche en que no se le mostraba propicia la suerte caprichosa.

XII

Política sabia, administración eficaz...

El Cuzco estuvo ardiendo en fiestas durante muchos días. Pizarro, que no descuidaba ni por un momento la política de conciliación con los naturales del país, hizo coronar solemnemente al Inca Manco, quien tuvo el honor macabro de comer, en el gran banquete de la coronación, con las momias de sus antepasados. Esto después de haber guardado largos ayunos, según prescribían la tradición y formalidades indias. Alrededor de la mesa presidida por el Inca, fueron colocados los mudos y espantosos comensales, que, como es de suponer, no participaron ni de las viandas servidas en profusión ni del entusiasmo patriótico de la multitud.

Los españoles asistieron dando muestras de la mayor circunspección a esta ceremonia y a otras muchas igualmente extrañas. Pizarro tenía ordenado que se respetaran las costumbres peruanas entretanto no aprendían las gentes del imperio a venerar al verdadero Dios y a conocer la superioridad de la vida civilizada, según las normas del Viejo Mundo.

Pero mientras los habitantes del Cuzco celebraban festejos a su modo, contentos de verse gobernados por un príncipe de su raza, Pizarro, nunca perezoso y siempre atento a las necesidades de la colonización, creaba una policía castellana y un Ayuntamiento, con dos alcaldes y ocho regidores; ordenaba la expulsión

y exterminio de los falsos ídolos; escogía terrenos para edificar iglesias donde se predicase el Evangelio; nombraba obispo de la ciudad al padre Valverde, nombramiento que después mereció la confirmación pontificia; invitaba a todos los españoles a establecerse en el valle y a cultivar la tierra, y trazaba, en fin, las líneas generales de una sabia administración. Se pregonó varias veces en castellano y en lengua quichúa que en todo el imperio quedaba asegurada la soberanía de España y de Carlos V, delegada su representación en la persona del gobernador, si bien los indios podían seguir acatando la autoridad del Inca, a quien rodeaba de pompa, pero cuyo poder sería escasamente efectivo.

Esto último no lo advirtieron los peruanos hasta pasado algún tiempo. Estaban demasiado distraídos con sus fiestas, bailando todas las noches, bebiendo chincha y aclamando a su rey decorativo, hechura de los españoles. Había comenzado la metamorfosis de las costumbres sin que lo notaran las gentes indígenas, efecto de la política de Pizarro, que no quiso acudir a la violencia sino en los casos extremos.

De este modo y sin protesta de nadie, iban desapareciendo poco a poco los templos bárbaros y los ídolos gentílicos, levantándose en su lugar la catedral del Cuzco y el monasterio de los frailes dominicanos, quienes comenzaron en seguida a predicar y a convertir infieles. La conquista espiritual no podía obtenerse con la misma rapidez que la otra, lograda con las armas; pero era perseguida con celo insuperable, con esa ardiente fe y ese grandísimo amor a la humanidad que hicieron escribir a los misioneros españoles las páginas más bellas de la historia del Nuevo Mundo. La obra santa de la conversión era el objeto principal de la conquista. Por esto se preocupó Pizarro por difundir la enseñanza y el conocimiento de la buena doctrina, ayudado por los religiosos, y en el Cuzco hubo muy pronto escuelas para la ins-

trucción elemental y templos cristianos donde se celebraron diariamente los oficios divinos.

Hallábase Pizarro entregado por entero a los quehaceres administrativos y de gobierno, como convenía a su alto mando y a sus brillantes condiciones de organizador, cuando se supo que Quizquiz, el antiguo general de Atahualpa, había levantado un ejército en Quito, declarándose enemigo igualmente de los españoles y del Inca Manco. Este último quiso castigar por sí mismo al rebelde, y, con la anuencia de Pizarro, reunió a sus huestes, marchando en busca de los que osaban desentenderse de su autoridad. El gobernador, por su parte, fiando poco en las disposiciones militares de Manco y, además, queriendo prestarle ayuda en la pacificación del país, envió contra Quizquiz a Diego de Almagro con un escuadrón de caballería.

Esta guerra duró poco tiempo. La suerte no fué favorable a los rebeldes. Tras de algunos combates que costaron a Quizquiz muchas bajas, este general indio se retiró a Xauxa y luego a las alturas de Quito, donde al fin fué asesinado por sus mismos guerreros, a quienes fatigaba batirse cuando ya tenían perdida la fe en la victoria.

En marzo de 1534, Pedro de Alvarado, famoso por sus hazañas durante la conquista de México, desembarcó en la costa del Perú, con un considerable ejército, y tomó la dirección de Quito. Esto se supo en el Cuzco y produjo la consiguiente inquietud. ¿Cuáles eran las intenciones de Alvarado? El bravo capitán compañero de Cortés había subido ya muy alto, aunque por su mérito bien merecidos tenía todos los honores. Casó en España con una hermosa dama, de rica y noble familia, después de haber sido nombrado gobernador de Guatemala, y ahora buscaba en Quito, la antigua residencia de Atahualpa, nuevos territorios por donde pudiera ensanchar su jurisdicción y obtener más

riqueza y gloria. Aquellos valientes capitanes españoles del siglo XVI no estaban nunca satisfechos.

Sin embargo, pronto tuvo ocasión don Pedro de Alvarado, ya metido de hoz y de coz en la nueva aventura, de arrepentirse y advertir que había cometido una imprudencia.

Llevaba consigo hasta quinientos soldados, más de la mitad de caballería, todos muy bien provistos de armas y municiones. Iban en la misma expedición numerosos misioneros y las esposas de algunos oficiales. Alvarado se dirigió en seguida a Quito, situado al Norte, porque sabía que allí no había llegado Pizarro, aunque también pertenecía aquel territorio a su jurisdicción. Para llegar a Quito desde la bahía de Caracas, punto donde desembarcó Alvarado, era preciso atravesar la sierra por los picos coronados de nieve. Un indio se ofreció a servir de guía a los españoles, pero abandonóles luego, al verles perdidos en las intrincadas y espantosas montañas. Muchos de los expedicionarios perecieron entre las nieves eternas, y los supervivientes necesitaron alimentarse con la carne de los caballos, que morían también de frío. Forzando la marcha, muchos hubieran podido salvarse; pero no querían abandonar a los enfermos y moribundos, y se resignaban a perecer con ellos. Fué una tragedia horrible, que duró muchos días, agravada después la situación de los tristes caminantes por la lluvia de cenizas que lanzaba el volcán de Cotopaxi, haciendo el aire irrespirable. Se cuenta de un soldado robusto que se apeó de la yegua que montaba para apretarle las chinchas, y los dos, el hombre y el animal, quedaron helados al mismo tiempo. Otro murió sin poder saltar de los estribos, también junto con su caballo y bajo el peso de una preciosa carga de oro y esmeraldas, parte del rico botín cogido en la llanura. A muchos la ceniza volcánica les privaba de la vista.

¿Y de qué habían servido tantos padecimientos? Cuando, por fin, vióse Alvarado en el llano, reducido su ejército a dos terceras partes y después de haber dejado en los picachos blancos, para pasto de los cóndores, los cuerpos de queridos camaradas, tuvo la desagradable sorpresa de ver impresas en la tierra las señales de una anterior exploración española. En distintas partes se encontraban huellas de herraduras, y era que un oficial de Pizarro, Sebastián Belalcázar, que asumía el mando de la colonia de San Miguel, realizó por su cuenta, y siguiendo un camino más corto, la misma exploración, levantando en Quito el pendón morado de Castilla y fundando la ciudad de San Francisco, a la cual dió este nombre en honor de su jefe.

La situación de Alvarado era, por consiguiente, asaz comprometida y aflictiva. ¿Qué hacer en aquellas graves circunstancias, advertido que el país estaba ya descubierto? O tenía que volverse atrás, considerando inútiles los sacrificios hechos, o, para poner precio a los mismos, debía disputar el reino de Quito a compatriotas suyos. Esto último era tanto como desacatar las disposiciones de la Corona de España, que señalaban explícitamente a Francisco Pizarro los límites de su jurisdicción.

* * *

Cuando Francisco Pizarro tuvo noticia de que Alvarado intentaba apoderarse de Quito, envió en su busca al mariscal Almagro, con instrucciones para tratar por las buenas con el advenedizo, y en caso de querer éste la guerra, dársela también. Sabemos que don Diego era vivo de genio, y en punto a cuestiones que tan directamente tocaban a su dignidad y a sus intereses, ahora comunes a él y Pizarro, antes pecaba por exceso de voluntad que por negligencia.

Marchó el mariscal con una pequeña fuerza para San Miguel,

dispuesto a entrevistarse con Alvarado, y le siguió pocos días después el gobernador, tomando distinto camino, pero haciendo igualmente rumbo a la costa. En el Cuzco quedó una guarnición de noventa soldados al mando de Juan Pizarro, capitán que había sabido captarse la estimación de su tropa y las simpatías de los indios.

Desde San Miguel se trasladó luego Almagro a las llanuras de Ríobamba, en el reino de Quito, donde estaba Sebastián Belalcázar mandando los primeros españoles que pisaron aquel territorio. A Ríobamba irían a parar también Alvarado y su ejército, después de atravesar la cordillera, que costó la vida a tantos expedicionarios, no acostumbrados a los rigores del clima andino.

Almagro pasó la sierra con más facilidad, aunque empleara en la marcha algunas semanas y tuviera que sostener con los indios encarnizados combates. Pero, al fin, Almagro, Belalcázar y Alvarado pudieron reunirse y entrar en negociaciones. Al principio hubo algunos rozamientos y apuntaron las malquerencias, pasándose de un bando a otro algunos soldados, y tuvieron los jefes sus dimes y diretes. Pero el gobernador de Guatemala era hombre razonable. Comprendió que se había metido en un mal negocio y se mostró dispuesto a volverse al país de su jurisdicción.

— Públicos son en las Indias — dijo al viejo mariscal — los grandes servicios que tengo hechos a la Corona, y públicos también los honores y mercedes que he recibido del rey. Gobernador y capitán general de un pueblo tan grande y rico como Guatemala, pudiera contentarme con esto y reposar en tan alta dignidad y confianza; pero el ocio dice mal con la profesión de un soldado que ha trabajado y servido toda su vida y se halla todavía en edad de trabajar. He querido, pues, merecer más honra de mi rey y más celebridad en el mundo. Habilitado por su majestad para descubrir por mar, dejé el designio que tenía de tomar mi

rumbo a las islas del poniente, llevado de la fama que corría de las riquezas de estas tierras del Sur. Arribé y me interné en ellas, no creyendo que estuviesen dentro de los límites del gobernador don Francisco Pizarro. Mas, pues Dios lo ha dispuesto de otro modo, y la tierra, según veo, está ya ocupada, por mi parte, señor mariscal, no se dará escándalo ninguno en ella ni el rey será deservido.

Semejante disposición de ánimo era en extremo satisfactoria. Almagro contestó que "no podían esperarse otras razones de un tan recto y noble caballero". Se estrecharon la mano y se hicieron toda suerte de ofrecimientos y cortesías. Luego, para que la fracasada empresa no costara al gobernador de Guatemala el perderlo todo, se estudió el modo de compensarle, viniendo a parar en el acuerdo de que se le pagarían cien mil pesos de oro; pero, en cambio, Alvarado debía ceder a Pizarro todas sus tropas y municiones, más los doce navíos utilizados en la expedición.

No resultaba con ello nada ganancioso Alvarado, pero aun así podía felicitarse; pues, como él mismo declaró más tarde en carta dirigida al emperador, "si hubiese querido partirse a su conquista, no hallara treinta hombres que le siguieran".

Manifestó que deseaba conocer a Pizarro antes de abandonar el país, y siendo éste un deseo muy legítimo, el mariscal apresuróse a complacerle. Le acompañaría a Pachacamac, donde a la sazón se hallaba el gobernador; pero convenía primero distribuir las fuerzas y dejar organizado el gobierno de las tierras conquistadas. Se quedó gobernando en Quito, Sebastián Belalcázar, con una buena parte de la tropa de Alvarado; otro capitán fué enviado a Puerto Viejo, asimismo con una fuerza de guarnición, y el resto del ejército siguió al mariscal, que, acompañando al gobernador de Guatemala, volvió a pasar la cordillera, rumbo a San Miguel. En esta colonia se detuvieron poco tiempo, pero enviaron

mensajeros a Pizarro, dándole cuenta de lo que se había convenido y de los deseos que tenía Alvarado de estrechar su mano.

Francisco Pizarro, que al partir del Cuzco habíase llevado consigo al Inca Manco, pasó en Xauxa algunas semanas, entretenido en una cacería que el príncipe indio organizó en su honor y en la cual fueron cobradas buen número de piezas, entre llamas, vicuñas y otras especies salvajes. Luego trasladóse a Pachacamac y allí tuvo las gratas noticias que le enviara Diego de Almagro desde San Miguel, noticias que llenaron de gozo su corazón.

En la entrevista que a los pocos días tuvieron Pizarro, Alvarado y Almagro, los tres famosos jefes, hubo de todo: resquemores y alegrías, satisfacción y dudas. Alvarado era un perfecto caballero, arrogante, bien portado y de maneras francas y joviales. No disgustó su presencia al gobernador, pero algunos murmuradores habían hecho correr la especie calumniosa de que el viejo Almagro y el de Guatemala estaban de acuerdo para jugarle a Pizarro una mala partida, quitándole el gobierno del Perú. ¡Siempre el mismo afán hipócrita y artero de crear enemistades entre los grandes capitanes! ¡Siempre la malevolencia procurando clavar su aguijón envenenado en las almas confiadas y generosas!

Afortunadamente, tenía Pizarro, en estos casos, una enérgica repulsa. ¡Ojalá hubiese sido tan noble y leal su viejo camarada don Diego, y otra sería su gloria, que al fin hubo de manchar y obscurecer la traición!

Despreciando el gobernador las maquinaciones, ineficaces esta vez, de los envidiosos y mal pensados, recibió a don Pedro de Alvarado y al mariscal Almagro con grandes fiestas preparadas en su obsequio, y hubo torneos, justas y juegos de cañas, según eran las costumbres del tiempo entre españoles. Alvarado, agradecido a los agasajos del caballero extremeño, correspondió a los

mismos con protestas de firme amistad. Embarcóse después que hubo cargado con sus cien mil pesos de oro, para volver a Guatemala, donde de nuevo se aventuró en peligrosas expediciones, y siete años más tarde moría trágicamente, despeñándose con su caballo al querer subir un precipicio. Fué víctima de su misma inquietud y de su ciega intrepidez.

* * *

El gobernador del Perú, luego que se hubo marchado su ilustre huésped, a quien pagó, como hemos dicho, la indemnización convenida, además de haberle hecho regalos de mucho precio, dedicóse a recorrer el litoral con el propósito de fundar, en el punto que más le agradara, la capital del nuevo imperio; pues el Cuzco, por hallarse entre montañas y muy lejos de la costa, no ofrecía facilidades para las futuras relaciones mercantiles. Semejantes circunstancias no podían pasar inadvertidas a un hombre de previsión y sentido práctico como Pizarro.

Escogió el valle de Limac, regado por un río caudaloso, sitio ameno, de clima suave, donde era fácil construir un gran puerto, y además, por su situación topográfica, permitía las rápidas comunicaciones con todos los distritos del país. La capital, que se llamó de los Reyes y después de Lima, tomando el nombre indígena del valle, ligeramente modificado, estaría a dos leguas cortas de la playa y a cuatro de Pachacamac. Poca era la distancia que la separaba igualmente del nacimiento del río, en cuyas riberas iban a levantarse muy pronto los edificios de estilo colonial. El mismo Pizarro trazó un plano para la construcción de la ciudad, que tendría anchas y rectas calles, con abundancia de jardines públicos y plazas espaciosas. Luego llamó a los po-

bladores de Xauxa, para repartir entre ellos las parcelas de terreno, hecho lo cual celebróse con toda solemnidad la ceremonia de la fundación. Se llamó primero aquella colonia la Ciudad de los Reyes, por haber coincidido su fundación con la fiesta de la Epifanía.

Diego de Almagro, al dirigirse a Pachacamac a su regreso de Quito, había pasado por el valle de Chimo, que le pareció también muy a propósito para que en él se establecieran los colonos españoles. Comunicóselo a Pizarro, y éste, que siempre tomaba en consideración las indicaciones de su socio y viejo amigo, visitó el indicado valle, donde ya don Diego había dejado alguna fuerza al mando del oficial Miguel Eztete. El lugar era espléndido. Pizarro quiso que se construyera allí otra ciudad, y en recuerdo de aquella de España que fué testigo de su nacimiento y de las miserias de su niñez, la bautizó con el nombre de Trujillo.

Todavía fundó otras importantes colonias, además de Lima y Trujillo, ocupándose en organizar el gobierno de aquella región y en repartir las tierras, negocios en los que hubo de revelarse una vez más su gran talento de organizador y político; de tal suerte que por su proceder recto, su mando suave y sus certeras disposiciones encaminadas a conseguir la prosperidad del país, era igualmente querido y respetado por los españoles y por los indios.

Basta leer los documentos que se conservan de aquel glorioso período de colonización pacífica, para comprobar cuán sabia y humanitaria fué la política de Pizarro. En todas las concesiones de encomiendas hechas por el gobernador, se exige de los colonos que den buen trato a los indios y que faciliten su enseñanza elemental y su educación religiosa. Los misioneros se excedieron en el cumplimiento de estos deberes, catequizando e instruyendo a los indígenas, mientras se perfeccionaba el cultivo de los campos,

según los usos de España, y se levantaban ciudades semejantes a las del Viejo Mundo.

Cabe suponer que Pizarro era entonces feliz, olvidado de su gloria militar para dedicarse enteramente a la organización, fundando pueblos, dictando leyes y distribuyendo mercedes. Se concentraban casi todos sus afanes en una ambición nobilísima: la de imprimir el sello español, de modo indeleble, en aquellas hermosas tierras que supo ganar para la Corona de España. Pero nada le interesaba tanto como ver pronto edificada en el ameno valle de Limac, la capital de sus ensueños, una gran metrópoli que coronara el formidable esfuerzo de la conquista.

Era ya viejo y comenzaba a sentirse achacoso. Por esto apresuró los trabajos que se hacían en el valle, temiendo que le sorprendiera la muerte sin ver levantados los principales edificios. Ocupó en la construcción de los mismos una buena parte de los colonos españoles y a todos los peruanos de quienes podía disponer; y así, bajo su dirección inteligente, se echaron los cimientos de la ciudad, comenzaron a subir los muros, creció la pompa de los jardines y desafiaron el aire, recortando su silueta sobre el azul del cielo, las primeras torres. Y hoy es Lima, llamada la perla del Pacífico, una de las más bellas ciudades de América y el mejor monumento que pudo levantarse para honrar la memoria de su fundador.

* * *

Mientras Pizarro se ocupaba en la construcción de la metrópoli y cambiaban sus soldados las armas destructoras por las herramientas que harían obra perdurable; mientras bullía y se agitaba en el valle de Limac un enjambre de artesanos, que el general,

convertido en ingeniero por un milagro de la voluntad, dirigía con entusiasmo creciente, don Diego de Almagro, el mariscal, que no servía para otra cosa que no fuera la guerra, hallábase empeñado en explorar y someter otros países situados hacia el Sur. En aquella empresa, autorizada más tarde por la Corona, Almagro intentaba la conquista de Chile (que se llamó entonces Nueva Toledo) ; pero fracasó, pues tampoco era su talento militar comparable al de Pizarro, y poco vale el valor de un general cuando no se acompaña de una gran inteligencia.

Vamos a comenzar ahora la narración de acontecimientos desastrosos que no había podido prever ni el mismo gobernador con su clara intuición profética. Conviene que retrocedamos un poco en el camino hecho, para saber cómo llegó Hernando Pizarro a España y de qué modo fué recibido en la corte.

Hernando llegó a Sevilla, después de una travesía feliz, en enero de 1534, y como llegaba de las Indias cargado de oro y corrió la fama de su gran riqueza, apenas hubo desembarcado en la ciudad del Guadalquivir, el emperador demostró impaciencia por conocerle. Hallábase Carlos V en Calatayud, donde se habían reunido las Cortes de Aragón. Hernando no pudo detenerse mucho tiempo en Sevilla, aunque bien lo deseaba, pues el oro americano tenía intrigadísimos a los andaluces. No se había visto nunca trasladar el rico metal amarillo a carretadas.

El éxito de su entrevista con el rey podía darlo Hernando por seguro, siendo gentiles y cortesanos sus modales y habiendo venido a España para ofrendar al monarca un gran tesoro. Llegó a Calatayud pocas semanas después de haber desembarcado en Sevilla y en seguida fué recibido por el soberano, a quien hizo relación de las hazañas del ejército conquistador y de las enormes riquezas que encerraban los países conquistados. Explicó la organización de los indios del Perú y la ceremonia y fausto de que se rodeaban los reyes Incas; las condiciones inmejorables para la agricultura del suelo peruano; la abundancia de minas de bronce, plata y oro; las cualidades y los defectos de los indígenas y tipo característico de sus viviendas y ciudades; el derroche de metal amarillo hecho en los templos erigidos a divinidades gentílicas; arte de los naturales para trabajar los metales más duros y sistema de irrigación que empleaban para fertilizar sus tierras. En fin, dió Hernando Pizarro a Carlos V toda suerte de informes y detalles, que ilustró después presentando al monarca riquísimas muestras de los productos del país descubierto y de la habilidad de sus habitantes, como frutas, ornamentos de oro y plata, tejidos de algodón y de vicuña, plumas de pájaros exóticos y otros muchos objetos curiosísimos.

El rey, muy complacido y adivinando que llegarían a España, procedentes de las Indias, verdaderas riadas de oro, fué pródigo en otorgar mercedes. Confirmó las concesiones hechas anteriormente a Francisco Pizarro y dió más amplitud a su jurisdicción. A Diego de Almagro dióle facultades para descubrir y gobernar otras tierras, a partir del límite meridional de la jurisdicción de Pizarro, o sea avanzando por el territorio de Chile. Hernando, hecho caballero de Santiago, fué autorizado asimismo para armar una nueva escuadra, cosa que pudo conseguir a bien poco esfuerzo, porque las riquezas de América, que ahora no eran una ilusión, sino una deslumbradora realidad, atraían a los aventureros como la luz a las mariposas.

Aunque la escuadra armada por Hernando Pizarro era una de las más poderosas que habían partido para el Nuevo Mundo, no corrió buena fortuna. Primero las tempestades en el mar, que hicieron larga y penosísima la travesía, y después la estancia en tierras salvajes de América, con su cortejo de hambres y fiebres, disiparon las ilusiones de los expedicionarios antes de que pudie-

ran éstos llegar al país del oro. Muchos murieron, después de atroces padecimientos; otros, más favorecidos de la suerte o mejor dotados por la naturaleza para resistir a las penalidades, lograron pasar el istmo de Panamá y hacer rumbo al Sur del Pacífico.

Alguien se adelantó a la vanguardia de Hernando para llevar al Perú la noticia de que Diego de Almagro había sido designado por la Corona para gobernar en una nueva jurisdicción. Un capitán español que se hallaba en Trujillo, Diego de Agüero, amigo del mariscal, quiso prestar a este último un buen servicio y recibir por ello una recompensa. Sabía que Almagro estaba, en aquellos días, a poca distancia del Cuzco, y corrió a notificarle la grata nueva.

Los grandes defectos del viejo don Diego eran la envidia y una ambición desmedida, como dejamos observado en distintas páginas de este libro. Cuando supo que el rey le había nombrado gobernador, el orgullo hinchó su pecho. Dió al mensajero, en albricias, siete mil pesos de oro, y se dirigió al Cuzco creyendo que la antigua capital de los Incas entraba en su jurisdicción. Y es lo peor que sus soldados no tenían ni la disciplina ni la moralidad de la gente de Pizarro, quien había logrado edificar a su tropa con el buen ejemplo. Entraron a saco en el Cuzco, levantándose el consiguiente clamoreo de la población indígena y las protestas de los hermanos y amigos de Pizarro; de modo que entre los españoles se formaron dos bandos, mientras los indios, viendo sembrada la discordia entre los invasores y al mismo tiempo indignados por los atropellos a que se entregaba la soldadesca de Almagro, comenzaron a pensar en una nueva insurrección.

El mal ejemplo del jefe cundía entre los soldados; desorientada la cabeza, se vició el cuerpo. A la causa injusta había de seguir por fuerza un cortejo de malas acciones.

* * *

Francisco Pizarro supo lo que pasaba en el Cuzco y temió por la vida de sus hermanos Juan y Gonzalo, así como las consecuencias fatales que sobrevendrían si estallara una guerra civil entre los españoles: era lo más probable que los indígenas se rebelaran contra la soberanía de España, acabando allí la conquista.

—Voy a ser yo quien ponga orden a esas cosas—dijo el gobernador.

Y se puso en camino para el Cuzco inmediatamente.

Tenía conciencia de su autoridad y sabía de antemano que lograría imponerse a los revoltosos y aun al mismo mariscal, por mucho que le hubieran hecho perder la cabeza, a este último, las mercedes todavía no recibidas, sino esperadas, del soberano de España. Porque es de advertir que Hernando Pizarro no había llegado aún al Perú y que nadie podía saber con exactitud cuáles eran las concesiones hechas por la Corona.

El gobernador, que, como todos los hombres extraordinarios, tenía en su persona algo misterioso, indeterminado, impreciso; algo que le distinguía del común de los hombres, un don supremo para hacerse respetar hasta de los menos observadores e inteligentes, era querido y admirado de los indios como de su misma gente. El genio no puede permanecer oculto, y el que no lo comprende lo adivina: siente el influjo inmediato de la superioridad.

Pizarro llegó al Cuzco y fué recibido jubilosamente por los peruanos igual que por los españoles. Bastaba su presencia para devolver la paz a los ánimos perturbados y echar un freno a las rencillas. Reconvino al quisquilloso Almagro, y para que no se le tachara de parcial, reprochó también a sus hermanos el exceso de susceptibilidad y la falta de confianza demostrada a don Diego.

Sabía que, en el fondo, era éste un perfecto bellaco — pues sobradas pruebas tenía recibidas de su deslealtad —; pero guardóse en el corazón la amargura que tal proceder de un viejo amigo le causaba, sacrificando a la concordia hasta su amor propio herido.

Delante de Pizarro no tuvo Almagro osadía bastante para sostenerse en su injusta pretensión de gobernar el Cuzco.

— Son vuestros hermanos — dijo —, que no han recibido gusto con las honras que el rey me ha hecho. Sólo a ellos podéis acusar, porque no han sido otros los culpables de esta desavenencia. Yo no deseo más sino seguir siendo vuestro amigo y que se respeten mis derechos.

Pizarro cortó por lo sano. Dijo que sostenía el pacto anteriormente hecho y que estaba dispuesto a ratificarlo. Ofreció sus brazos al viejo camarada, y para tenerle más fiel a su amistad y a lo pactado, quiso que los dos oyeran misa juntos y que comulgaran partiendo la Sagrada Forma en dos pedazos, para que de este modo estuvieran unidos por la voluntad de Dios. ¿Puede darse una más noble conducta y un más claro deseo de cordial armonía?

Almagro hubo de rendirse a esta prueba conmovedora de lealtad y confianza. Luego aceptó marchar a la conquista de nuevas tierras, de las cuales esperaba ser gobernador y que se llamarían de Nueva Toledo. Pizarro se volvió a Lima para apresurar la construcción de la metrópoli soñada y promover el florecimiento de su provincia preferida.

En el aspecto administrativo de su brillante carrera, consiguió en pocos años, el glorioso extremeño, muy abundantes y ópimos frutos. La ciudad de Lima fué creciendo rápidamente y el comercio y la agricultura del país alcanzaron un asombroso desarrollo. Se aprovecharon las semillas traídas de España para ensayar

nuevos cultivos, y algunos se hicieron con éxito satisfactorio, hasta el punto de cosecharse vino en el país tres años después de haberse plantado las primeras viñas. El gobernador hizo traer de España asimismo los sementales necesarios para la cría de caballos y bueyes, como también rebaños de cabras y carneros. Se montaron importantes industrias y se adiestró a los indios en el manejo de las herramientas usadas por los obreros de Europa. Así recibieron las artes mecánicas un poderoso impulso inicial, mientras se levantaban iglesias y escuelas para la cristianización y enseñanza de los naturales. En fin, merced a las disposiciones de un gobernador apto y consciente de sus altos deberes, se iban reuniendo y asimilando cuantos factores eran necesarios al desenvolvimiento del Perú, ganado para la civilización, y el éxito obtenido respondía de la bondad del régimen impuesto. Debe reivindicarse esta gloria para Francisco Pizarro, que si fué grande por su genio militar y asombroso por su constancia y valor, también maravillan su talento político y su aptitud administrativa; pues nadie hubiera realizado, en su tiempo, una más sabia, humanitaria y eficaz colonización.

XIII

El alzamiento de los indios

Los indios habían sido testigos de las discordias de los invasores, y el mal ejemplo de la indisciplina entre aquellos hombres cuya superioridad les abrumaba, sirvió de reactivo para que despertaran el patriotismo y el afán de independencia, los sentimientos que parecían dormidos o apagados en las gentes del país; pero que tuvieron una manifestación inesperada y terrible cuando Pizarro, habiendo partido el tormentoso Almagro para Chile, se creía libre de todo cuidado que no fuera el muy grato y muy dulce de dar calor a las obras que se construían en Lima.

Cuantas personas rodeaban al gobernador, españoles y peruanos, parecían adorarle. Pizarro se tenía entonces por el hombre más feliz de la tierra y era su más ardiente deseo que todos participaran de su dicha. A pesar de los muchos agravios que tenía recibidos de Almagro, fué con éste generoso: al despedirle, le había dado cien mil pesos destinados a su hijo don Diego, mozo que por entonces quería tener una renta en España para casarse con la hija de un consejero de Indias. El mariscal derrochaba el oro y apenas le quedaba el necesario para su expedición a Nueva Toledo. Quería a su hijo entrañablemente, y por esto acudió a la generosidad de Pizarro, quien repartió igualmente ricos obsequios entre sus oficiales Hernando de Soto (que se volvía a España), Luis de Guzmán, Tello y hermanos Henríquez, el fraile Loaisa, el licenciado Caldera y otros.

No era que el gobernador quisiese adquirir fama de dadivoso ni que gustara de la adulación obtenida con sus mercedes. Daba lo que tenía obedeciendo a un impulso espontáneo de liberalidad y cuidando muchas veces de que el favorecido ignorara la procedencia del favor. Semejante delicadeza es asombrosa en un aventurero que no pudo frecuentar ninguna escuela en su niñez y que sólo conocía de la vida lo más áspero y amargo. Para todos sus soldados estaba siempre abierto su bolsillo, pero frecuentemente se servía de un intermediario, al objeto de no hacer públicas sus buenas obras y para no humillar con sus dádivas al que las recibía.

Así era su gusto jugar con aquellos que andaban necesitados de dinero, para dejarse ganar, y otros procedimientos parecidos usaba al socorrer a los indios, que, no obstante su barbarie, llegaron a comprender y a estimar en lo que valían aquellas pruebas de amor cristiano y de exquisita discreción.

Un ejemplo de generosidad notable es el que vamos a exponer para más ilustración del lector. Pizarro llevaba escondida una pieza de oro de mucho peso para dársela a un soldado menesteroso. Buscó al soldado por todas partes sin dar con él, y andando en su busca tropezóse con unos oficiales que le invitaron a jugar a la pelota. El gobernador trataba a los oficiales como compañeros y temió disgustarles si se negaba a jugar con ellos. Pero el tejuelo de oro que llevaba escondido en el seno era pesado, como hemos dicho, y Pizarro no quería que nadie lo viese para que nadie supiera a quién lo destinaba. Se puso a jugar sin desnudarse y cargado con su pequeño tesoro, hasta que, al cabo de tres horas, cuando no podía resistir más a la fatiga y se estaba derritiendo en sudor, llegó el soldado al cual buscara inútilmente. Llamóle aparte, y, con mucho disimulo, le hizo entrega del tejuelo, diciéndole:

—De buena gana te daría tres veces más oro del que hay aquí si pudieras librarme del trabajo que me ha costado tu tardanza.

En otra ocasión, un indio que tenía en su servicio se cayó a un río. La corriente era impetuosa. El pobre indígena, aunque buen nadador, no pudo ganar la orilla: le arrastraba el remolino del agua. Viendo los esfuerzos desesperados que hacía el indio por salvarse y comprendiendo que el peligro de muerte era inminente, Pizarro se arrojó también al río y logró sacar a su criado, cogiéndole de los cabellos; pero a punto estuvieron los dos de perecer ahogados. Reprendiéronle al gobernador sus amigos aquella temeridad, y él contestó sonriendo:

—¡No sabéis cómo quiero yo a los que me sirven!

* * *

Hallábase el gobernador muy atareado en discutir con los artífices de la ciudad de los Reyes todo lo concerniente a la construcción y embellecimiento de la metrópoli, muy lejos de sospechar que le amenazaba un nuevo peligro, cuando estalló la insurrección de los indios; pero esta vez de un modo fulminante y adquiriendo desde los primeros días una gran extensión e intensidad. El Inca Manco había conspirado en la sombra, parece que instigado por el sacerdote Villac Umu y por los *orejones* de su corte. Era condición del indio la astucia solapada, y no desmintió Manco las características de su raza. Llamándose grande amigo de Pizarro, celebraba continuamente reuniones secretas con los sacerdotes y los curacas, que enviaban correos a todo el país, preparando un alzamiento general. Los españoles nada sospechaban, por ser los indios maestros en el disimulo. El plan de la insurrección se mantenía en el secreto más profundo; nunca habíase mostrado el Inca más amable con los conquistadores ni sus vasallos parecieron jamás tan contentos de convivir con los hombres blancos llegados de España. De la traición sabían hacer los indígenas una obra de arte.

Por supuesto, cabe disculpar su conducta alevosa, porque al fin defendían la independencia de su patria, y por otra parte, siendo absoluta su carencia de principios y muy grosera su ignorancia, no era discreto esperar mucho de su lealtad, a la cual no concedían valor moral ninguno. Dicho se está que los valores morales no podían entenderlos.

Ello es que el plan del alzamiento lo prepararon con todo cuidado y sin que pudiera nadie descubrir sus maquinaciones. Los sacerdotes dijeron que era lo mejor esperar a que partieran Almagro para Chile y Pizarro para Lima, de modo que se fraccionara el ejército español. Entonces sería más fácil vencer a los conquistadores y sacudir el yugo. Y el mismo santón Villac Umu mostróse dispuesto a unirse a la expedición de Almagro, para mejor asegurarse del apoyo de otras tribus y del rumbo que tomaban las tropas del mariscal. Después volvería al Cuzco secretamente.

Así se hizo. Villac Umu se marchó con Almagro, mintiéndole amistad, y al mismo tiempo el Inca Manco buscó un pretexto para salir del Cuzco y ponerse al frente de los rebeldes, a quienes pensaba reunir no a mucha distancia de la antigua capital del imperio.

Sin embargo, Juan Pizarro, que tenía a su mando la guarnición del Cuzco, supo que el Inca alimentaba algún proyecto secreto, y por si acaso era perjudicial a los españoles, quiso curarse en salud. Los indios adictos, que eran todos los de la tribu de Cañares y otros muchos, avisaron al oficial, haciéndole advertir la conducta dudosa de Manco, por cuyo motivo salió Juan Pizarro

en persecución del fugitivo, con una pequeña fuerza, y le alcanzó antes de que pudiera reunirse con los insurrectos. Llevado al Cuzco, fué encerrado y se le rodeó de centinelas.

No fracasó por esto el alzamiento, porque aún volvieron a tener confianza los españoles. Si, descubierta la traición del Inca, hubiesen extremado la vigilancia, se habrían ahorrado innumerables vidas, evitándose que se vertiera hasta el derroche la sangre de los hijos de España.

Había llegado a Lima Hernando Pizarro, trayendo para su hermano Francisco el título de *Marqués de Atavillos* y el real documento donde se determinaba la jurisdicción de Diego de Almagro. Habiendo éste partido para Chile, se pensó que era lo mejor esperar su regreso para trazar luego con toda calma la línea divisoria entre las dos jurisdicciones.

El nuevo marqués no quería enredarse en otras disputas con el mariscal mientras no hubiese desaparecido todo temor de insurrección. Era ahora lo más urgente tener asegurada la paz en el Cuzco, y a este objeto envió a Hernando con plenos poderes a dicha ciudad. Un oficial de Almagro, Juan de Rada, porfiaba porque se ventilara en seguida el pleito pendiente con su jefe. Pizarro procuró por todos los medios calmar su impaciencia. Pronto se verá que no estuvo de más esta previsión justificadísima del gobernador.

* * *

Hernando Pizarro solía ser benévolo y blando con los indios. Guardaba para sus compatriotas e iguales todas las asperezas de su carácter altanero. Su primer cuidado, al llegar al Cuzco, fué poner en libertad al Inca Manco, creyendo avergonzarle con un acto de nobleza, de modo que no volviera a intentar una traición,

pues debía agradecer a los españoles el haberle perdonado la vida. Era esto esperar demasiado de un bárbaro que ignoraba en absoluto las leyes caballerescas.

El Inca se aprovechó de la libertad para ponerse de nuevo en relación con sus oficiales y preparar la huída. Durante muchos días estuvo trabajando en silencio y puso otra vez en movimiento los correos, a fin de que la inmensa mayoría de las tribus estuvieran dispuestas para dar el golpe, levantándose en masa todo el país contra el ejército invasor. Hernando nada podía sospechar y, tan seguro estaba de la adhesión del Inca, que le permitió salir del Cuzco y hasta le dió una escolta de españoles, no para vigilarle, sino para protegerle en caso de peligro. Manco había dicho que iba a buscar unos tesoros que tenían ocultos los indios rebeldes.

Pero pasaban los días sin que volviera el Inca, y al fin supo Hernando que aquél había ido a reunirse con sus capitanes y que la insurrección estaba a punto de estallar. Los *orejones* y los sacerdotes habíanse diseminado por todo el imperio para excitar el patriotismo de los peruanos. El gran cacique debía encontrarse ya al frente de un numerosísimo ejército, según informes que daban los indios leales. Hernando Pizarro hizo perseguir al fugitivo por su hermano Juan con sesenta soldados de caballería.

Juan Pizarro era digno de llevar este apellido, que para nosotros, familiarizados con la epopeya de España en América, nos parece sinónimo de la bizarría y el valor. Corrió Juan en persecución del Inca, pero encontró desiertos todos los pueblos, hasta que al llegar al río Yucay, salieron a cerrarle el paso muchos miles de indios, muy bien armados con sus arcos, lanzas, hachas de bronce y cachiporras. Mandaba este ejército el Inca en persona.

Al capitán español no le asustó el número de los enemigos, no obstante ser tan pocos los soldados de su escuadrón. Aun

teniendo que luchar uno contra mil, nunca volvían grupas los jinetes de la conquista. Lo difícil ahora, como otras muchas veces, era cruzar el río, bajo una lluvia de armas arrojadizas que obscurecían el cielo. Pero los españoles no vacilaron. Siguiendo el ejemplo de Juan Pizarro, lanzáronse al río para cruzarlo a nado, sin preocuparse ni mucho ni poco por la lluvia de jabalinas, dardos y piedras. Ganada la orilla opuesta, se precipitaron los caballos sobre la muchedumbre de bárbaros. Comenzaron a repartir mandobles los jinetes y huyó espantado el enemigo. Pero el combate fué duro y cruento. Los indios parecían haber aprendido bastante de la disciplina de los españoles y eran más certeros al herir. Murieron aquel día algunos bravos castellanos, quedando otros maltrechos. Y fué lo peor que, a la mañana siguiente, cuando Juan Pizarro creía tener vencidos a los salvajes, que durante la batalla cayeron a centenares, vió el capitán cerrados los pasos de la montaña por otra muchedumbre inmensa. Los guerreros del Inca coronaban todas las cimas de la sierra, y eran tantas las posiciones ocupadas que se perdían en el horizonte.

Entonces pudieron darse cuenta los conquistadores de la importancia de la insurrección, que sospecharon extendida por todo el imperio. ¿Y cómo podrían Juan Pizarro y sus hombres volver al Cuzco, siendo tantas las líneas enemigas que necesitaban atravesar, hallándose fatigados por la anterior pelea y luchando, además, con las condiciones del terreno, muy desfavorables para los caballos? Los indios parecían salir a millares de las entrañas de la tierra; agitábanse en las cumbres y en la parte superior de las laderas como hormigueros gigantescos y relucían al sol sus escudos de bronce y oro.

Durante dos días Juan Pizarro sostuvo inútilmente varios combates parciales; no lograba cansar a los indios, sino que malgastaba sus propias fuerzas. En esto recibió un aviso de su hermano

Hernando para que volviera al Cuzco en seguida, pues la ciudad estaba sitiada y en situación muy difícil. Juan obedeció la orden y emprendió la retirada, abriéndose paso en luchas cuerpo a cuerpo y lanzando al galope los caballos cuando lo permitían las condiciones del terreno. Dejaban tras sí los españoles una senda de sangre jalonada por los enemigos muertos. Fué un esfuerzo desesperado, pero al fin pudieron reunirse con sus compatriotas en la ciudad, la cual estaba rodeada completamente por las huestes del Inca. Eran más de doscientos mil los sitiadores, mientras los españoles del Cuzco, comprendidos los jinetes que volvían de su desgraciada expedición, sumaban escasamente dos centenares de hombres, es decir, que la proporción de uno por mil, aunque parezca una fantasía heroica, fué una verdadera y triste realidad. Cierto que contaba Hernando Pizarro con el refuerzo de los indios adictos, pero éstos eran muy pocos.

En febrero de 1536 comenzó el sitio del Cuzco, que debía durar siete meses y que costó innumerables vidas; pues los combates entre los sitiadores y los sitiados fueron muchos y muy sangrientos. Los naturales, cuya enorme superioridad numérica acrecentaba su porfía, jamás, ni antes ni después, pelearon con igual obstinación, dando escasa importancia a la matanza que entre ellos hacían los españoles en sus frecuentes salidas. Estaban estos últimos acampados en la plaza de la ciudad, porque los indios habían comenzado a incendiar los techos de paja de las casas, arrojando objetos llameantes, grandes ovillos de algodón y flechas que impregnaban de alguna substancia inflamable. La lluvia de fuego era copiosa y continua. La paja reseca de las techumbres ardía con facilidad, de modo que el Cuzco estuvo muy pronto envuelto en llamas, hundiéndose con estrépito muchos edificios y no quedando ninguna habitación libre del peligro. Colaboraba el viento con los indios en esta obra devastadora; el fuego fué pro-

pagándose rápidamente, y allí adonde no llegaban las llamas llegaba el humo negro, espeso, asfixiante, que desesperaba a los españoles mucho más que los ataques del ejército sitiador.

Duró el incendio algunos días, pasando los españoles horas mortales de angustia, envueltos por la densa humareda. Del campo enemigo llegaban el ruido de músicas exóticas y cantos desacordados de triunfo. Durante las noches y al resplandor de las llamas, los soldados del pequeño ejército sitiado podían ver a los indios bailando una danza infernal. Parecía enloquecerles la proximidad de la victoria y agitaban al aire sus armas relucientes. Tenían invadidos los alrededores de la ciudad y se veían también a miles en las cimas de las montañas vecinas.

Hernando Pizarro y sus oficiales procuraban dar esperanzas y aliento a la tropa, así como a los indios amigos, que se mostraban los más abatidos. Los soldados castellanos habían adquirido la costumbre de pensar con indiferencia en la muerte, porque tenían mucha fe y porque los peligros de la guerra constituían acaso el mejor atractivo de su oficio. Separáronse del fuego y del humo cuanto pudieron; pero, obedientes a la disciplina y a la voz de sus jefes, todos se mantuvieron firmes en sus puestos, serenamente, heroicamente, teniendo de la brida a los caballos y ansiosos por lanzarse al galope contra las turbas enemigas.

Pocos edificios escaparon de la destrucción. El templo del Sol y el palacio que habitaban sus sacerdotisas, por ocupar una posición aislada, no fueron pasto de las llamas, así como la fortaleza que dominaba toda la ciudad, levantándose altiva sobre un cerro inaccesible. Pero también la fortaleza estaba en poder de los indios, y desde las torres arrojaban éstos sobre los españoles piedras, dardos y fuego. Hernando Pizarro no había previsto que los indios pudieran llegar hasta allí, y no cuidó de tener una fuerte guarnición en el castillo.

Y entretanto los días pasaban. Llegaron al Cuzco noticias aterradoras respecto a la crítica situación de las demás colonias, pues el alzamiento había sido general y los indios asesinaban a los pobres españoles que, aislados en sus bohíos, vivían dedicados al cultivo de la tierra. Una demostración de la ferocidad del enemigo se ofreció en forma horrible a los sitiados del Cuzco: los indios arrojaron, desde el campo a la ciudad, las cabezas sangrientas de algunos colonos españoles a quienes habían dado una muerte cruel.

* * *

Mientras esto ocurría en el Cuzco, el gobernador Francisco Pizarro rechazaba con relativa facilidad los ataques que los indios rebeldes dirigían contra Lima. Allí era el terreno llano y podían maniobrar los caballos. Dirigió el gobernador personalmente varias cargas, logrando mantener a distancia al enemigo, después de haberle causado muchas bajas.

Pero Pizarro no temía por su propia situación, sino por la de sus hermanos y compatriotas del Cuzco. Lima estaba cerca de la playa. Era fácil, por tanto, pedir refuerzos a los gobernadores de Panamá, Nicaragua, Guatemala y México, como lo hizo Pizarro al darse cuenta de que con su pequeña tropa de guarnición no podía aventurarse a cruzar la sierra. Los indios habían cerrado todos los pasos, y la incomunicación con las otras colonias del imperio era absoluta. Cuantos correos despachó el gobernador con dirección al Cuzco fueron detenidos por los rebeldes y asesinados todos los mensajeros. De los españoles dispersos no se salvó ni uno, aparte los desdichados cogidos vivos y a quienes el Inca redujo a la esclavitud más ignominiosa.

Aunque nunca había sido tanta la inquietud del conquistador

a través de sus innumerables y peligrosas aventuras, porque ahora temía perder en un momento la obra que representaba los esfuerzos y sacrificios de muchos años, no por esto se entregó a la desesperación; antes bien manifestóse férrea, como siempre, su voluntad. Durante muchos días se estuvo batiendo con los indios, porque la lucha le era necesaria para entretener su impaciencia, y el tiempo que tardaran en enviarle refuerzos los gobernadores a quienes había escrito, se lo haría pagar en sangre a los insurrectos.

En los momentos de mayor peligro tuvo un rasgo semejante al muy famoso de Hernán Cortés cuando hizo quemar las naves. Pizarro, para impedir a sus soldados la retirada por mar, que hubiera sido una huída vergonzosa y la renuncia a la ambición de toda su vida, dispuso que los navíos se alejaran de la costa, teniendo orden sus pilotos de no volver en mucho tiempo. Perecerían todos los españoles empeñados en la conquista del Perú, si Dios no les amparaba — Pizarro sabía que habían sido asesinados ya setecientos colonos —; pero si era su destino morir en aquel trance, morirían con honor y sin volver la espalda al país cuya posesión todavía era el objeto de sus más hermosos sueños.

Pizarro, para socorrer a sus hermanos, había enviado al Cuzco un refuerzo de quinientos hombres, al mando de Alonso de Alvarado, que no llegó oportunamente. En la ciudad sitiada iban las cosas de mal en peor, pues los indios, cada vez más numerosos y atrevidos, estrechaban el cerco. Algunos castellanos, considerando inútil la resistencia, proponían retirarse a la costa y abrirse paso entre los sitiadores con la punta de la espada. Pero los Pizarro lo aceptaban todo menos retroceder. Hernando, Juan y Gonzalo pensaban en el Cuzco igual que su hermano Francisco pensaba en Lima. Todos tenían la misma sangre y en ninguna ocasión hubieran desmentido su casta heroica. Puestos de acuerdo con otros oficiales, prefirieron salir a dar cara al enemigo, para hos-

tilizarle; de modo que el sitio puesto a la antigua capital del imperio le costase caro. Y en efecto, lanzada la caballería, formada en tres divisiones, contra las filas del Inca, se repitieron los combates cuerpo a cuerpo y las matanzas de indios, con lo cual a éstos no pudo serles cómodo el tener encerrada la ciudad dentro de un círculo de guerreros.

Produjo gran sorpresa a los españoles el hecho de haber encontrado muchos indios armados de arcabuces, escudos y espadas. Hasta los había que montaban briosos corceles, sin duda arrebatados a los colonos, y el mismo Manco, vistiendo la armadura de los conquistadores, alardeaba de buen jinete, haciendo caracolear a su caballo en lo más rudo de los combates. De suerte que los castellanos se veían acometidos por un ejército bien equipado, pudiendo decirse que, sin prever las consecuencias fatales de su enseñanza, habían adiestrado a los indios en el arte de la guerra. Estos demostraban haber aprendido hasta cierto punto la organización militar de sus enemigos; tenían espadas de fábrica europea y pólvora para sus armas de fuego; sabían montar a caballo, habiéndose curado, por consiguiente, de aquel terror supersticioso que les hacía correr despavoridos al cargar los escuadrones, y disparaban los arcabuces con sorprendente pericia.

Pero lo que no tenían era la experiencia de la guerra ni la intrepidez de los hijos de España. Llegó un momento en que el pequeño ejército sitiado necesitó desalojar a los indios del fuerte tomado por sorpresa, y entonces se vió que el valor de los españoles no conocía límites.

* * *

El castillo, edificado sobre una roca formidable, que no permitía el acceso a los asaltantes, se llamaba de Sacsahuaman,

siendo una obra ciclópea, cuyas ruinas se conservan todavía. Los castellanos pensaron atacar la fortaleza por la parte que miraba a la ciudad, donde sólo la defendía un grueso muro; pero era imposible trepar por el cerro si no se echaban cuerdas desde arriba. En cambio, por el otro lado, que daba al campo, había un declive bastante pronunciado. Bien es cierto que cerraban el paso a los españoles dos enormes murallas semicirculares, levantadas una más arriba que la otra y abarcando una extensión de mil doscientos pies. Estos murallones eran de mucho espesor, construídos con rocas de gran tamaño. Habría sido locura pensar en removerlas. Entre ambos muros se había levantado el terreno, formando parapeto, y pasada la segunda línea de defensa, o sea la muralla interior, había las tres torres del castillo, una de ellas muy alta.

Lanzáronse al asalto de la fortaleza tres divisiones que mandaban Gonzalo Pizarro, Hernando Ponce de León y Gabriel de Rojas; pero habiendo fracasado su objetivo, después de una lucha cruenta, se confió la dirección del segundo ataque a Juan Pizarro.

Sería difícil escoger las páginas más heroicas de la conquista del Perú, pues que son tantas y todas causan asombro; pero no hay duda: Juan Pizarro escribió con su sangre una de las más caballerescas y hermosas.

Al caer la tarde, el intrépido Juan, con un pelotón de jinetes escogidos, salió del Cuzco como si fuera a forrajear, despistando de este modo a las tropas del Inca. Dió un gran rodeo, atravesando algunos pasos difíciles de la montaña; pues era su intención dar la vuelta a la fortaleza y atacarla desde el campo cuando cerrara la noche.

Retrocedió de improviso, después que hubo inspirado confianza al enemigo, y, lanzando los caballos al galope, llegó al pie de las murallas cuando la guarnición del castillo parecía entregada al sueño. Reinaba un silencio absoluto. Los españoles se acercaron a la entrada de la fortaleza sigilosamente, pero la entrada estaba obstruída por grandes piedras. Cuidando de no hacer el menor ruido, aunque costándoles este trabajo muchos sudores, los asaltantes fueron quitando las piedras hasta tener libre el paso por la poterna. Metiéronse entre las dos murallas, sin apearse de sus caballos; pero en aquel momento despertaron los indios, que recibieron a los intrusos con un diluvio de piedras y flechas.

La resistencia de los dueños de la fortaleza fué obstinada y terrible. Juan Pizarro ordenó a una parte de sus soldados que desmontaran para atacar a pie firme a los defensores de la segunda muralla. Ya hemos dicho que era ésta más elevada que la primera, pero los asaltantes redoblaron el brío y salvaron el obstáculo, sirviéndoles de escalera los montones de muertos.

Iba delante el capitán, sin hacer ningún caso de las rocas que los indios dejaban caer sobre él en copiosa lluvia. Herido por una flecha en la mandíbula, le molestaba el yelmo, y se lo quitó, quedando con la cabeza descubierta, aunque siguió avanzando, protegiéndose con el escudo. Marchaban detrás sus hombres, descargando terribles mandobles para abrirse paso entre el enjambre de enemigos. El choque fué tremendo y siguióle una pugna en la cual aparecieron vacilando por unos minutos ambas fuerzas opuestas, hasta que, al fin, retrocedieron los indios para ir a refugiarse en las torres.

La granizada de jabalinas y piedras continuaba con la misma furia. Los infantes primero y la caballería después, hicieron irrupción entre los indios, atropellándoles, destrozándoles. Caían a centenares, resbalando por el parapeto. Juan Pizarro, dando voces para animar a su gente, se dirigió a las torres, con intención de

asaltarlas, mientras hundía cien veces su espada en la barrera humana que le cerraba el paso. En aquel momento cayó sobre su cabeza una piedra enorme. El héroe no pudo dar ni un solo paso más: tendido en el suelo, en medio de un gran charco de sangre, continuó excitando el ardor de los españoles, para que no cejaran en su empeño de vencer o morir. Un ejemplo de tan alto heroísmo debía ser por fuerza eficaz. Juan fué trasladado a la ciudad y su hermano Hernando vino a la fortaleza a substituirle en el mando de la tropa española.

Los indios eran muchos y no se rendían. El combate continuó encarnizado, logrando los cristianos apoderarse de una torre; pero en otra más alta, el que parecía jefe de los bárbaros mataba con su propia mano a todos aquellos de sus hombres que osaban proponerle la entrega del castillo. Era un indio alto, fuerte, de formas atléticas, que usaba coraza y escudo como los españoles. Estos mismos, a quienes no podía asombrar ningún acto de valor, aun siendo inaudito, admiraban la fuerza, la agilidad y el desprecio a la vida demostrados por el hércules peruano. Hernando Pizarro, como guerrero denodado, llegó a entusiasmarse viendo pelear al capitán enemigo y recomendó a sus soldados que procuraran cogerle vivo.

No fué posible. El indio se defendió cuanto pudo. A los españoles que intentaban asaltar la torre, trepando por escalas de mano, los cogía al llegar arriba, arrojándoles como si fueran muñecos. Aunque, al fin, venció la obstinación de los asaltantes, y el capitán indio no pudo seguir resistiéndose. Pero no se entregó. Subió hasta lo más alto de la torre, y desde allí, cubriéndose la cara con su manto, se precipitó en el vacío, yendo a estrellarse su cuerpo contra las rocas de las murallas.

Dueños de la fortaleza los españoles, Hernando dejó en ella una guarnición y volvió a la ciudad, donde le esperaba la pena



... cayó sobre su cabeza una piedra enorme ...

de ver morir a su hermano Juan entre horribles padecimientos. La agonía del héroe de Sacsahuaman duró quince días.

Pero también era una agonía, que duró más tiempo, la de todo el ejército sitiado en el Cuzco; pues faltaban los víveres, y cuando los españoles salían al campo para buscar algún alimento, tenían que disputárselo a los indios en sangrientos combates. Duró el sitio hasta que los peruanos agotaron las provisiones y tuvieron que volver a trabajar sus campos para librarse del hambre. Pero aun así quedó delante de la ciudad una numerosa hueste y continuaron los combates por algunos meses más. Hernando, para acabar de una vez, concibió el arriesgado plan de apoderarse del Inca en su fortaleza de Tambo. No le acompañó la fortuna en esta empresa, en la cual perdieron la vida muchos españoles. Pero ya la insurrección iba de vencida y era voluntad del Todopoderoso que se afirmara la soberanía española en aquellas tierras, ganadas a costa de tanta sangre generosamente vertida. Un grande, un inmenso dolor fué que las negras nubes que mantenían la cerrazón del horizonte, resolviéronse más tarde en una guerra civil, y el odio entre hijos de una misma patria, para cuya gloria inmortal habían trabajado todos con admirable tesón, causó mayores estragos que el alzamiento de los indios, fieros defensores de su independencia.

XIV

La traición de Almagro

Diego de Almagro fracasó en su intento de conquistar los territorios de Chile. Era un capitán valiente, pero de ahí no pasaba. Aparte su gran valor, demostrado mil veces en los combates, cualidad frecuentísima entre los españoles que realizaron la conquista de América, Almagro era un aventurero vulgar, rastrero en su ambición, pobre de inteligencia, sin fuerza moral para elevarse en aquellos hechos que podían decorar gloriosamente su vida, atrabiliario, inconstante, envidioso y fácil a dejarse convencer por una habladuría cualquiera que se susurrara a su oído.

Puestos Almagro y Pizarro frente a frente, como rivales, nadie que guarde respeto a la justicia y sea admirador imparcial del verdadero mérito, podría demostrar preferencia por el primero de dichos caudillos.

Decíamos que Diego de Almagro fracasó en su expedición a Chile. Su marcha a través de los desfiladeros de las montañas y de páramos interminables, fué muy penosa. El frío era intenso y azotaban a los expedicionarios terribles ventiscas. Muchos murieron helados entre la nieve eterna de las cumbres. También hubo de sostener Almagro repetidos combates con los indios, pero a los que hacía prisioneros les trataba con gran crueldad.

Por fin, el mariscal, mal aconsejado por sus oficiales, decidió abandonar su empresa, que había de culminar más tarde el

glorioso Valdivia, y emprendió la retirada por el desierto de Atacama, para volverse al Cuzco a reanudar su querella con Pizarro.

Dicen que el viejo don Diego adoraba en su hijo, el gran amor de su vida, y que para éste quería todos los honores y riquezas. Esto puede servir para atenuar en parte sus muchos yerros y negras culpas.

También es de advertir, para disculparle, que tuvo de confidente e inspirador a un hombre fatal, el teniente Rodrigo de Orgóñez, tan buen soldado como mala persona. Orgóñez contribuyó con sugestiones malévolas a que su jefe perdiera por completo la cabeza. Almagro, desvanecido por las mercedes que la corte le hacía, era ya incapaz de pensar por sí mismo, y encontró en su teniente un demonio director. Rodrigo de Orgóñez había alcanzado alguna notoriedad y el grado de alférez en las guerras de Italia. Estuvo presente en el saqueo de Roma. Para Almagro fué un amigo fiel, pero de influencia perniciosa; pues le empujó con sus consejos a la traición y a la locura.

Cuando el mariscal, renunciando a la conquista de Chile, volvió sobre sus pasos, supo, al llegar a la ciudad de Arequipa, que el Inca Manco se había insurreccionado, provocando el alzamiento de todo el imperio.

Diego de Almagro intentó ponerse al habla con el Inca, y al efecto le envió una embajada, que no fué por éste mal recibida. Dijo Manco que se entrevistaría con el mariscal en el valle de Yucay. La tropa retornada de Chile se dirigió con su jefe a dicho punto; pero ya Hernando Pizarro habíase dado cuenta del regreso de Almagro. Sospechaba de sus intenciones y quiso salir de dudas; su sospecha quedó dolorosamente confirmada. Supo Hernando — quien había salido del Cuzco con una pequeña escolta para dirigirse a Urcos, lugar donde Almagro tenía estable-

cidos sus cuarteles — que su rencoroso enemigo pensaba tomar el mando de la antigua capital del imperio, bien fuera por las buenas o por las malas. Hernando no era hombre para humillarse a nadie, y menos a un hombre a quien detestaba cordialmente; en consecuencia, hizo firme propósito de oponerse a las pretensiones de don Diego, defendiendo, como era su deber, los derechos de su hermano Francisco.

Entretanto el Inca, que al citar al mariscal en el valle de Yucay no había pensado sino en prepararle una emboscada, cayó sobre la tropa española cuando ésta esperaba ser recibida por los indios con demostraciones jubilosas, brindando amistad y buena armonía. Los guerreros del Inca eran quince mil; los soldados de Almagro no pasaban de quinientos. El combate fué duro, alcanzando los castellanos, no obstante su inferioridad numérica, una completa victoria.

Al verse vencedor de los indios, todavía se creció más el vanidoso Almagro, e insistió, con varias embajadas enviadas al Cuzco, para que le fuera entregada la ciudad sin pérdida de tiempo. Hernando y Gonzalo Pizarro, que habían defendido durante meses y con heroísmo insuperable la sede de los reyes Incas; que vieron morir a su hermano Juan en el asalto de la fortaleza de Sacsahuaman, y que no podían entregar el Cuzco sin hacer traición a su sangre, contestaron a don Diego que si venía como amigo del gobernador, que estaba en Lima, "le recibirían con todo agasajo y homenaje, no haciendo sino su voluntad". Ofreciéronle la mitad de la ciudad para su alojamiento y le reiteraron sus deseos de concordia y mutua consideración. Intervino el Ayuntamiento, recomendando al mariscal que tuviera paciencia hasta que se dispusiera de buenos geógrafos para señalar en justicia los límites de su gobierno.

Pero Almagro estaba decidido a todo y no pedía razones,

sino la entrega inmediata de la antigua metrópoli. Llegó en su impertinencia hasta querer que se cortara la mano a un embajador de los Pizarro, sólo por el delito de haberle entregado una carta amistosa y digna.

Y cometió la más repugnante de las traiciones.

Habiendo sabido que se acercaba al Cuzco una fuerza bajo el mando de Alonso de Alvarado, aquella que envió el gobernador desde Lima para socorrer a los sitiados en la capital del imperio, el viejo don Diego concibió el plan de tomar la plaza por sorpresa y atacar después a los demás compatriotas que mandaba Alvarado, ignorante del regreso del mariscal.

Éste aprovechó una noche lluviosa, cuando los soldados de guarnición en el Cuzco se habían recogido, fatigados por las velas de otras muchas noches. Eran doscientos en junto, y disponía Almagro de una fuerza tres veces superior. El ataque, por las circunstancias en que se llevó a efecto, parecía una emboscada de los indios y no lucha franca de caballeros castellanos.

Los centinelas fueron asesinados en sus puestos, y el malvado Orgóñez se dirigió en seguida a la casa de los hermanos Pizarro para intimarles a que se rindieran. Hernando y Gonzalo contaban con veinte soldados y se defendieron como leones, cubriendo con sus cuerpos las puertas y ventanas. Para hacerles prisioneros, Orgóñez tuvo que incendiar la casa: los hermanos Pizarro fueron sacados desvanecidos de entre los escombros.

Así se hizo dueño del Cuzco, obrando como un mal caballero, el mariscal Diego de Almagro.

* * *

Sin embargo, faltaba completar la victoria con la prisión de Alonso de Alvarado, que estaba en Xauxa con quinientos hom-

bres. Almagro le envió una embajada, y Alvarado, fiel a su jefe, notificó a éste lo acontecido en el Cuzco, haciendo prender al mismo tiempo a los mensajeros del mariscal. Almagro lo supo y montó en cólera. Orgóñez le aconsejaba que hiciera cortar la cabeza a Hernando y Gonzalo Pizarro. No se atrevió a tanto el exaltado don Diego, pero marchó en busca de Alvarado, logrando vencerle en el río de Abancay, por traición de Pedro de Lerma, uno de los capitanes en quienes tenía Alvarado depositada su confianza.

Francisco Pizarro, entretanto, recibía en Lima los refuerzos que tenía pedidos a los gobernadores de otros establecimientos españoles de América. Eran grandes su fama y su crédito, y por esto no se mostraron sordos a su llamamiento, cuando pidió tropas para dominar la insurrección peruana, los compatriotas que tenían en el Nuevo Mundo poder y mando. Llegó a Lima el licenciado Gaspar de Espinosa, antiguo socio de Pizarro, Almagro y Luque, a quien acompañaba un pequeño ejército de doscientos cincuenta hombres. Hernán Cortés quiso también ayudar a su pariente, enviando desde México un buque cargado de víveres y municiones, más algunos valiosos regalos de vestidos, colgaduras, ropa blanca y enseres domésticos. Entre dichos regalos había una ropa de martas que vistió Pizarro, desde entonces, en los días de gran solemnidad.

Cuando supo el gobernador, a quien algunos comenzaban a nombrar por el título de marqués de Atavillos, la barrabasada cometida por Almagro en el Cuzco, apresuróse a enviar una embajada al viejo y falso amigo, dando poderes a Gaspar de Espinosa para negociar la paz. Y mientras esperaba el resultado de estas primeras gestiones, puso a Lima en estado de defensa; pues temía, no sin fundamento, que Almagro quisiera apoderarse también de la nueva capital del Perú.

Tampoco desmintió Pizarro esta vez su buen sentido y alteza de miras, ya que su primer pensamiento no fué el vengar agravios, sino evitar que continuara encendida la guerra civil y que salieran perjudicados, por una lucha fratricida, el nombre de España y los intereses de la Corona.

Desgraciadamente, la misión conciliadora del licenciado Espinosa no tuvo un éxito feliz. Diego de Almagro no daba su brazo a torcer, y aun profería la amenaza de marchar sobre Lima, como lo había temido el gobernador. Estando en estas negociaciones, enfermó de calenturas el licenciado y falleció a los pocos días, quedando para siempre perdido el fruto que podía esperarse de sus prudentes consejos.

Seguían encarcelados Hernando y Gonzalo Pizarro, el Inca andaba fugitivo por las más remotas escabrosidades de los Andes y Almagro era señor absoluto del Cuzco y sus contornos, disponiéndose a serlo también de todo el imperio. Su fatal consejero Orgóñez volvió a insistir para que mandase ahorcar a los prisioneros, pero en defensa de los Pizarro salió un oficial de sangre noble, don Diego de Alvarado, hermano del conquistador de Guatemala. Don Diego de Alvarado no podía consentir que se cometiera en su presencia tamaño crimen; reprochó a Orgóñez su conducta impropia de un caballero y consiguió que Almagro se desentendiera de las sugestiones sanguinarias de su teniente.

El mariscal, reventando de orgullo, estaba ansioso por demostrar sus talentos de colonizador. Quiso bajar al valle de Chincha para fundar allí una ciudad que llevara su nombre. Su objeto era tener un puerto para comunicar con las demás colonias de América y con la madre patria. Dejó a Gonzalo Pizarro bajo una fuerte guardia en el Cuzco y se llevó a Hernando consigo, por supuesto en la triste condición de prisionero. Pero mientras se ocupaba en echar los fundamentos de la nueva ciudad,

Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado se escaparon del Cuzco y se fueron a Lima. Entonces el gobernador envió al mariscal una nueva embajada, instándole todavía para que volviera a su amistad. Cuando los mensajeros llegaron al valle de Chincha, Almagro estaba a punto de ordenar la muerte de Hernando, saciando en un prisionero indefenso los deseos de venganza que nacieron en su corazón, envenenado por la vanidad y los malos consejos, al saber la fuga de Gonzalo.

* * *

Ya habrá observado el lector discreto, en el curso de las desavenencias y hostilidades entre Diego de Almagro y Francisco Pizarro, que este último, del mismo modo que era un hombre admirable por su valor y su voluntad de hierro, lo era igualmente por su paciencia. No se cansó nunca de buscar fórmulas de armonía ni de enviar embajadas conciliadoras a su rival y falso amigo.

Mientras Almagro se ocupaba en dictar sentencias de muerte contra su prisionero, el indefenso Hernando — sentencias que luego se suspendían, por intervenir algunos caballeros inclinados a las actitudes nobles y a los sentimientos justos —, Pizarro esforzábase por olvidar los agravios y reconquistarse la estimación del mariscal. Para dejar de una vez resuelta la disputa sobre los límites de sus respectivas jurisdicciones, propuso a don Diego el arbitrio de un religioso de la orden de la Merced, fray Francisco de Bobadilla, cuya integridad reconocían cuantos frecuentaron su trato.

Almagro aceptó. Se convino en que ambos jefes celebraran una conferencia en Mala. Esta entrevista, que no dió ningún resultado satisfactorio, terminando de un modo inesperado y desconcertante, tuvo efecto el 13 de noviembre de 1537. Pizarro recriminó al mariscal su deslealtad y el cautiverio a que había reducido a sus hermanos; contestó don Diego con insolencia, y como se acentuara la acrimonia en las palabras del gobernador, Almagro tuvo miedo de que se le quisiera prender: salió de la estancia donde se celebraba la entrevista, montó a caballo bruscamente y escapó como alma que lleva el diablo.

El fraile mercedario dió, sin embargo, la opinión que se le había pedido, y era ésta que se enviase un barco, piloteado por un experto marino, a que determinara la latitud exacta del río Santiago, midiendo desde allí con dirección al Sur, para señalar el límite por aquel lado del gobierno de Pizarro. Almagro, mientras esto se hiciera, entregaría el Cuzco y el oro y la plata pertenecientes a los quintos del rey, además de libertar a Hernando, quien, al objeto de evitar nuevas disputas, saldría para España en el término de seis semanas.

El fallo no podía ser más equitativo, pero Almagro lo rechazó, considerándolo injusto. Sus oficiales y soldados, especialmente Orgóñez, le obligaron a ello, creyendo que se les enviaba a poblar tierras estériles, pues así parecían entonces las de la jurisdicción de Almagro.

La paciencia de Francisco Pizarro era mucha, pero no inagotable. Comprendió el gobernador que se estrellarían todos sus esfuerzos contra la obstinación del mariscal, y como, además, le importaba salvar la vida de su hermano, que otra vez estaba a punto de ser entregado al verdugo, recurrió a la astucia cuando ya no le quedaba otro camino a seguir. El engaño con el engaño se paga: Pizarro envió un mensajero a don Diego para decirle que haría toda clase de concesiones si dejaba en libertad a Hernando. El mariscal pidió quedarse con el Cuzco y su territorio,

imponiendo, además, la condición de que Hernando se marcharía a España inmediatamente. Debía escoger entre el regreso a la patria o que le cortaran la cabeza. Fingió Pizarro aceptarlo todo, para ver libre a su hermano, el cual, por estar a merced de don Diego, era el obstáculo que impedía al gobernador castigar tanta insolencia y perfidia. Orgóñez debió adivinar algo de lo que proyectaba Pizarro, pues dijo a sus amigos que, desde aquel momento, ya no tenía segura la cabeza sobre los hombros. — "¡Ay, Orgóñez! — exclamó con palabra profética. — Por la amistad de don Diego de Almagro, te la van a cortar". No tardaron en cumplirse estos negros augurios.

Hernando vióse libre, al fin; pero no podía disiparse el odio acumulado en su corazón durante su larga y amarguísima cautividad. En vano Almagro quiso desenojarle con finezas y agasajos: Hernando aparentó agradecerlos, aunque no podía ser amigo de quien pretendió repetidas veces llevarle al patíbulo. Fué conducido al campo del gobernador, dándole escolta los oficiales de Almagro más distinguidos, y hasta el hijo del mariscal, todavía muy mozo, figuró en esta guardia de honor.

También Pizarro, que tuvo una inmensa alegría al ver a su hermano sano y salvo y al poder estrecharle contra su pecho, colmó de atenciones a los oficiales del bando enemigo y muy especialmente al hijo de don Diego. Pero había sonado la hora de la revancha; aquellas protestas de amistad, seguidas de extremadas cortesías, no eran sino una comedia. Ardía el rencor en los corazones.

No bien los soldados de Almagro hubieron emprendido el regreso a sus cuarteles, el gobernador reunió a toda su gente, que deseaba, tanto como él mismo, castigar la brutalidad cometida por el mariscal en el Cuzco. Con entusiasmo recibieron los soldados la noticia de que iban a combatir contra los traidores.

Entristece el ánimo ver cómo de las rencillas pasaban los conquistadores de América a la guerra entre hermanos; pero no fué Francisco Pizarro el culpable de que se derramara torpemente la sangre de los hijos de España en una feroz contienda de banderías. Cierto que una vez más pudo el gobernador olvidar los agravios recibidos y ser tolerante con su viejo y desleal amigo. Aunque — creemos haberlo dicho ya — Pizarro, siendo un hombre naturalmente inclinado a la bondad, no era un santo, y por fuerza había de estallar, al fin, su indignación ante tamaño cúmulo de ofensas y traiciones. Le empujaban a tomar venganza sus mismos capitanes, mucho más rencorosos; y por otra parte, el justo deseo de pacificar el país, castigando a los agitadores como lo merecían, le condujo a la adopción de medidas que no estaban en armonía con la política seguida hasta entonces, siempre serena y conciliadora. Se supone que Hernando exigió la revancha, recordando su cautividad y terribles trances en que le había puesto el odio de Almagro. Pudo ser así; pero debe observarse que Hernando, a quien el gobernador ofreció el mando de las fuerzas que debían combatir contra el bando del mariscal, dijo y repitió muchas veces que más prefería embarcarse para España, cumpliendo de este modo la palabra dada a su irreconciliable enemigo.

¿Mentía al decir esto? Es posible. Sin embargo, Hernando, a pesar de su soberbia y su rencor, sabía portarse siempre como un caballero. Sólo aceptó el mando de la fuerza después que su hermano le hubo amenazado con castigarle si no obedecía.

El gobernador estaba ya muy viejo y no le faltaban achaques. Por esto no se puso él en persona al frente de sus soldados. Acordado que sería Hernando el jefe, envió a Diego de Almagro un mensaje conminatorio: le advertía que el pacto estaba roto y que se retirase el mariscal a su jurisdicción o caería sobre su cabeza

la responsabilidad de cuanto aconteciera como consecuencia de su negativa.

También Almagro sentíase achacoso, pero mucho más que su antiguo camarada. Había llevado en su juventud una vida de licencia y excesos; ahora hallábase afligido, postrado por una grave enfermedad. Le sorprendió el mensaje del gobernador en esta situación lamentable; pero era terco y vengativo: le amenazaban con la guerra y contestó del mismo modo. El mando de su hueste lo tomaría Orgóñez. ¿Quién más indicado para llevar adelante la guerra civil?

Orgóñez corrió a cerrar los pasos de la cordillera que circunda el valle de Zangalla, lugar donde Almagro tenía establecidos sus reales. Pero llegó tarde: las tropas del gobernador habían ya pasado aquella cadena de montes. Entonces Almagro dispuso que todas las fuerzas se trasladaran al Cuzco y él mismo se hizo llevar en una litera, advertido que le era imposible montar a caballo. Tuvo que detenerse tres semanas en Bilcas por haberse agravado en su dolencia.

Francisco Pizarro acompañó a su ejército, reforzado por una manga de arcabuceros que acababan de llegar de Europa, hasta el valle de Ica, y desde allí se volvió a Lima, mientras Hernando, dando un rodeo para burlar la vigilancia del enemigo, seguía su camino por la costa. A fines del mes de abril de 1538, llegó a las inmediaciones del Cuzco, cuando ya Almagro se hallaba con toda su hueste en la antigua capital del imperio. Orgóñez se dispuso entonces a dar la batalla en la llanura. Se jugaba en este trance la cabeza, según dijo él mismo, y estaba en la justicia de Dios que debía perderla.

* * *

No queremos ocupar mucho espacio en la descripción de la batalla librada en el campo de las Salinas, lugar donde se resolvieron sangrientamente las querellas de los dos bandos enemigos. Nos duele en el alma ocupar nuestra pluma en la evocación de esta página lamentable de la Historia, una de las pocas que restan esplendor glorioso a la conquista de América realizada por los españoles del siglo XVI. En el campo de las Salinas, distante una legua del Cuzco, se vertió torpemente y en abundancia la sangre generosa y heroica de los hijos de España, mientras las cumbres de las montañas vecinas estaban coronadas por una multitud de indios, espectadores malévolos de una lucha entre hermanos.

Almagro, cuyos achaques le retenían postrado en el Cuzco, cedió el mando al fiero Orgóñez, que contaba con cerca de trescientos jinetes, doscientos infantes y seis pequeños cañones, más un número considerable de indios auxiliares. Numéricamente sus fuerzas eran superiores a las de Hernando Pizarro; pero la infantería de este último estaba mejor provista de arcabuces. En cuanto a los caballos, no eran de tener muy en cuenta, advertido lo accidentado del terreno.

Porque Orgóñez, queriendo poner obstáculos a la tropa enemiga, al objeto de entorpecer las maniobras que ordenara Hernando Pizarro, escogió para dar la batalla un terreno escabroso, del cual ocuparía la posición más elevada, protegida, además, por una ciénaga y un río que cortaba la llanura. Fué un mal cálculo, pues de este modo se creó obstáculos a sí mismo, ya que la caballería, que constituía el grueso de su fuerza, no pudo moverse con facilidad, circunstancia que advirtió Orgóñez cuando ya no le quedaba tiempo para cambiar de situación, es decir, cuando las tropas de Hernando Pizarro aparecieron por los desfiladeros de la montaña, desplegadas al aire sus banderas.

¡Momento de intensa emoción para los miles de espectadores

que coronaban las alturas vecinas! Pero no comenzó el combate inmediatamente. Se había echado encima la noche, y Hernando Pizarro ordenó el alto antes de vadear el río en el cual Orgóñez había creído encontrar una defensa natural. Hernando, para que sus enemigos le distinguieran y pudieran dirigir contra él toda su furia, vestía una magnífica sobrevesta de damasco anaranjado y llevaba en la cimera de su yelmo un altivo penacho blanco.

El sol enrojecía el cielo con sus postreros resplandores cuando las fuerzas leales al gobernador acamparon en el valle, dispuestas a marchar al ataque al siguiente día. Así aumentó el público que había tomado como lugares de observación las cumbres de las montañas. Durante la noche salieron del Cuzco para buscarse un puesto en las cimas de las rocas, las esposas y los hijos de los españoles que iban a medir sus armas con hombres de su misma raza. Los indios aparentaban mostrarse compungidos y espantados, pero interiormente debían regocijarse del odio fratricida encendido en el corazón de los conquistadores. Cualquiera que fuese el bando vencedor, siempre saldrían beneficiados los indígenas con la muerte de los hombres blancos que cayeran en el combate.

Por fin, y tras una noche de angustia mortal, amaneció el sábado 26 de abril de 1538. Al apuntar la aurora, Hernando Pizarro, teniendo la infantería en el centro y la caballería en los flancos, dió la señal de ataque. Tenía Hernando como jefes encargados de secundar sus órdenes, a su hermano Gonzalo, a don Alonso de Alvarado y al futuro conquistador de Chile, don Pedro de Valdivia. La superioridad numérica de los soldados de Orgóñez no arredró a los leales, que atravesaron el río y se internaron luego por la ciénaga con asombrosa intrepidez.

Fué al aventurarse en este segundo paso, más difícil que el primero, cuando rompieron el fuego los seis falconetes de Orgóñez, causando las primeras víctimas. Gonzalo Pizarro y Pedro

de Valdivia, viendo vacilar a sus hombres, acudieron al lugar de más peligro para infundir ánimos a los pusilánimes con su ejemplo heroico. Al mismo tiempo adelantóse Hernando con sus jinetes, y al grito de "¡A las astas arboladas!" atravesó el pantano cenagoso. Al llegar a la orilla opuesta, cargó sobre el enemigo, mientras los arcabuceros, disparando con certera puntería, ponían fuera de combate a más de cincuenta contrarios. Orgóñez lanzó su caballería al galope, queriendo detener el empuje de los jinetes de Hernando, y se produjo el choque, que fué fatal para los amigos de Almagro. Habían caído muchos caballeros, heridos por las balas de los arcabuces. Los infantes huían acobardados, buscando refugio en la ciudad, y otros se pasaban al enemigo, no dudando ya del resultado de la batalla. Uno de los primeros en tomar esta resolución vergonzosa fué don Pedro Hurtado, alférez de Orgóñez. Y mientras la lucha continuaba, sostenida por los más esforzados, los gritos del combate se confundían con la chillería de los indios espectadores, locos de entusiasmo al ver correr la sangre de aquellos a quienes consideraban sus tiranos.

Orgóñez, aunque malvado, también era valiente, y se batió como cumplía a un caballero español. Había dado muerte a tres contrarios, cuando cayó herido por una bala de arcabuz. Fué en el momento en que se decidía la victoria a favor del bando de Pizarro. Un soldado remató al jefe caído, hundiéndole en el cuello su puñal. La cabeza de Orgóñez, el demonio inspirador de Diego de Almagro, fué clavada en una pica y llevada al Cuzco para escarmiento de traidores.

Hernando Pizarro, como su hermano Gonzalo y los capitanes Alvarado y Valdivia, lucharon con indomable fiereza, y su ejemplo infundió a sus hombres el valor necesario para vencer en la sangrienta batalla. Un caballero partidario de Almagro, don

Pedro de Lerma, arremetió contra Hernando lanza en ristre. Hernando esperó el choque, y con su lanza atravesó un muslo de su enemigo, haciéndole caer del caballo; pero también resultó herido, aunque levemente, el caudillo de las fuerzas leales, y allí habría terminado su vida a no ser por la resistencia de la armadura que protegía su cuerpo.

Una hora después de haber comenzado el combate, huían los vencidos hacia la ciudad y la tropa de Hernando Pizaro les perseguía con encarnizamiento. Almagro, que, llevado en una litera, quiso presenciar la batalla desde lo alto de un collado, al ver derrotados a los suyos buscó refugio en la fortaleza del Cuzco. Allí fueron a buscarle los vencedores y le cargaron de cadenas. Por su culpa acababan de perecer en el campo de las Salinas, destrozándose en una lucha absurda, cerca de doscientos españoles. Sobre los cuerpos de estos desgraciados se lanzaron como buitres los indios, que desde las cimas de las rocas habían visto la batalla; se llevaron cuanto quisieron de los sangrientos despojos, preferentemente armas y vestidos, dejando desnudos a los muertos, que más tarde tuvieron cristiana sepultura en la iglesia de San Lázaro, levantada en el mismo lugar del combate.

A Diego de Almagro se le formó proceso. Más le valiera haber muerto de un tiro cuando, al caer prisionero después de la batalla, hubo un soldado que le apuntó su arcabuz, diciendo: "¡Mirad por quién han perdido la vida tantos y tan valientes castellanos!" Se interpuso entonces Alonso de Alvarado, pero con ello no se hizo más que prolongar por algún tiempo la existencia miserable del traidor. Hernando Pizarro tuvo un rasgo piadoso, y fué el enviar a su hermano Francisco, que continuaba en Lima, al hijo de don Diego. Sabía que a éste le esperaba una muerte afrentosa y cruel.

En efecto, declararon en el proceso muchos testigos, y como

en su inmensa mayoría eran contrarios al prisionero y, por otra parte, pesaban sobre la cabeza de Almagro muy grandes y muy negras culpas, la sentencia fué condenatoria. Don Diego de Almagro dió muestras, en sus últimos días, de un debilidad inexplicable en quien tan bravamente se había portado en los combates. Tal vez por verse viejo y enfermo, flaqueó su ánimo hasta el punto de pedir perdón a Hernando Pizarro, hombre de corazón duro, que no supo inclinarse a la clemencia como lo hubiera hecho su hermano Francisco. Los buenos oficios de Diego de Alvarado, que intercedió en favor del reo, tampoco se tuvieron en cuenta, y al fin pudo decir Almagro a sus enemigos, antes de entregarse al verdugo: "¡Estad contentos, porque os veréis hartos de mis carnes!"

Merecía la muerte, pero no la que tuvo en su obscuro calabozo, que fué la vil del garrote. Murió así por ser traidor, pero también había sido un héroe. Sus restos fueron llevados con toda pompa a la casa de su amigo Hernando Ponce de León y enterrados después en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced.

Días antes había Almagro designado por sucesor a su hijo, nombrando administrador de sus bienes para mientras durara la menor edad del heredero, a don Diego de Alvarado, el más probo y ecuánime de los españoles del Cuzco.

XV

Muerte de Francisco Pizarro

Es asunto discutido por los historiadores la impresión que produjo en el ánimo de Francisco Pizarro la noticia del triste fin de su antiguo socio. Dicen unos que sintió profundamente la muerte de Almagro, a quien seguía queriendo, a pesar de todo, porque no se arrancan de cuajo y sin dolor las raíces de una tan anciana amistad; aseguran otros que estuvo enterado de las intenciones de Hernando y que nada hizo por detener el rigor de su hermano.

Nos parece temerario bucear en el alma del marqués de Atavillos, pasadas cuatro centurias, con la pretensión, asaz jactanciosa, de fijar cuáles fueron sus sentimientos al enterarse de que el mariscal había sido ejecutado en el Cuzco. De sus sentimientos puede juzgarse por sus obras, por las líneas generales de su carácter, por su prudencia, su templanza y su heroísmo que no admiten paridad. Nosotros no creemos que Pizarro fuera un hombre rencoroso y de intenciones aviesas; pues repetidas veces dió pruebas de ser todo lo contrario y es de razón tener siempre presente la ejemplaridad de su vida para juzgarle.

Estaba en Xauxa cuando le notificaron la muerte de su rival, y precisamente tenía entonces en su casa, tratándole como si fuera un hijo suyo, al hijo de don Diego. Al enterarse de lo ocurrido en el Cuzco marchó a la antigua metrópoli del imperio inca, en

donde fué recibido jubilosamente igual por los españoles que por los indígenas. Entró en el Cuzco vistiendo la rica ropa de martas que le había regalado Hernán Cortés, y en su paso por las calles fué aclamado como César.

Es de suponer que sus hermanos Hernando y Gonzalo le convencerían de la razón que tuvieron para ser implacables en el pleito con Almagro, porque el gobernador no les retiró su confianza: por el contrario, dióles el mando de una fuerza que debía operar contra los rebeldes de Charcas, operación que prontamente se vió coronada por el éxito, como tantas otras en las cuales intervino algún miembro de aquella bizarra familia.

Uno de los hechos que desdicen de la rectitud y serenidad de juicio de Francisco Pizarro es el de haberse negado a reconocer los derechos del hijo de Almagro al gobierno de las provincias del Sur. Protegía al joven Almagro su tutor don Diego de Alvarado, un caballero pundonoroso, que, como se ha dicho, fué gran amigo del mariscal, pero a quien debía Hernando asimismo inolvidables favores. El gobernador no vaciló en desafiar la enemistad de Alvarado, arrostrando el riesgo de tenerle por enemigo, y Alvarado, fiel a la promesa hecha solemnemente a su antiguo jefe, marchó a España para reclamar a la Corona.

Había pasado el tiempo desde la muerte de Almagro, y el rencor hervía, sin embargo, en el pecho de los caballeros vencidos, llamados "los de Chile", en memoria de la desgraciada expedición del mariscal al gran desierto de Atacama. Pizarro se ocupaba en organizar el gobierno de su imperio, dictaba leyes y ensanchaba sus dominios con la conquista de nuevos territorios. La riqueza obtenida iba creciendo con la explotación de los ricos filones del Potosí, emprendida por Hernando, y la paz volvió a reinar en el país, libre, por el momento, de agitadores.

Un año después de haber entrado el gobernador en el Cuzco,

cuando su turbulento enemigo dormía bajo la madre tierra el último sueño, dijo Hernando que era su deseo embarcarse para volver a España; pues cerca de la corte estaban intrigando don Diego de Alvarado y otros "de Chile", para influir en el ánimo del emperador con daño de los dueños legítimos del Perú. La cuestión en litigio eran los derechos del hijo de Almagro.

Comprendió don Francisco la razón que asistía a su hermano y dióle algunos prudentes consejos para que, ya en la madre patria, estuviese al cuidado de una emboscada.

— Llevo conmigo mucho dinero — parece que dijo Hernando —. Derrochando el oro yo sabré ganarme amigos en Castilla y llegar sin peligro al palacio del rey.

Y advirtió después:

— Pero también vos debéis cuidaros, porque estáis rodeado de enemigos. Recelad siempre de los que estuvieron en el bando de don Diego; procurad tenerles a distancia y no permitáis que se reunan, porque sería para conspirar contra vuestra vida.

El gobernador chanceó a propósito de estos temores de su hermano; pero éste, que conocía la perfidia de "los hombres de Chile", insistió más todavía en recomendarle cautela.

— Cada cabello de los soldados de Almagro es una garantía de mi seguridad — advirtió Pizarro.

Se engañaba. Cuando Hernando le abrazó para despedirse, éste sentía en su alma el doloroso influjo de un presagio de muerte. No volvería a abrazarle ya nunca más. Había muerto Diego de Almagro, pero quedaban vivos muchos de los que fueron sus amigos. Aunque Francisco Pizarro, demasiado seguro de su posición y de que el tiempo todo lo borra, no pensaba en ellos.

* * *

Hernando se embarcó en Lima e hizo rumbo a la bahía de Tehuantepec, guardándose de pasar por Panamá, porque le dijeron que el gobernador de esta colonia tenía el propósito de detenerle. La muerte afrentosa de Diego de Almagro había creado en las colonias del Nuevo Mundo y aun en la misma España un ambiente hostil para los Pizarro. Era por esto que Hernando volvía a la península, con el propósito de aclarar los hechos y reconquistarse la confianza de la Corona. Los oficiales que habían estado en Chile tenían amigos en todos los establecimientos españoles de América y cerca del emperador. Resultado de perfidiosas intrigas, era la hostilidad levantada en todas partes contra el marqués de Atavillos y sus hermanos. Hernando, para librarse de enemigos que podían entorpecer su viaje a la metrópoli, dió un gran rodeo; pero no fué tan hábil que lograra evitar que le prendieran en tierras mexicanas, aunque, al fin, pudo embarcarse otra vez en Veracruz y continuar su viaje hasta las islas Azores. Desde allí se puso en comunicación con sus amigos de España, al objeto de que le limpiaran de obstáculos el paso y pudiese llegar sin tropiezo a Valladolid, como así aconteció, presentándose Hernando en dicha ciudad, donde estaba la corte, rodeado de un lujo fastuoso y de sus riquezas deslumbrantes.

Entretanto su hermano Francisco se había vuelto a Lima y ocupábase en acelerar la colonización del imperio conquistado, fundando nuevas ciudades y pueblos. Sentíase ya muy viejo y quería aprovechar lo que le quedase de vida en robustecer la gloria de Castilla en tierras del Nuevo Mundo y en afirmar bien los cimientos de la civilización española en el Perú. Datan de aquella época las fundaciones de Arequipa, La Plata, León de Guanuco y Pasto, cuando ya sus dominios se extendían en más de novecientas leguas desde Charcas a Popayan.

Quiso Pizarro desarmar de su enojo a los hombres de Chile,

a quienes alguna vez, por recordar su traición, había tratado con severidad. Para ello acudió a los repartimientos de tierras y a otras mercedes, que no fueron agradecidas. Entre los antiguos capitanes de Almagro que pudieron mejorar su fortuna gracias a la protección del gobernador, se contaban Gómez de Alvarado, Juan de Saavedra y Cristóbal de Sotelo. Pero aquella gente tenía demasiado crecido el odio en el corazón; rechazó orgullosamente la mano amiga que les tendía Pizarro y prefirió madurar en la sombra sus proyectos de venganza. El hijo de Almagro, a quien el gobernador no quiso tener a su lado por un rasgo de delicadeza, vivía en casa de unos antiguos amigos de su padre, bien atendido y ajeno a todo cuidado que no fuera por la reivindicación de sus derechos al gobierno de las provincias del Sur.

Estos derechos los litigaban en España, cerca de la Corona, Hernando Pizarro y Diego de Alvarado. Hernando tuvo elocuencia y recursos eficaces para detener el fallo de los jueces, con lo cual Alvarado, impaciente, se empeñó en castigar por su propia mano a su contrincante y le desafió públicamente. No quiso Hernando batirse con un caballero a quien debía la vida, y dió la casualidad que, a los cinco días, moría Alvarado de muerte natural, aunque los malévolos atribuyeron aquel desenlace imprevisto a una droga misteriosa. Es absurdo suponer que hombre de un valor tan probado como Hernando Pizarro se sirviera de un veneno para evitarse el peligro de un desafío.

Ni la corte pensó por un momento en acusar a Hernando de asesino. Todo lo contrario: le había otorgado para su hermano Francisco el nuevo marquesado de las Charcas y la facultad de agregar diez y seis mil vasallos a su mayorazgo. Todavía siguió tratándole con deferencia, después de la muerte repentina de Alvarado, y sólo más tarde, sucumbiendo los jueces a un juego de intrigas hábilmente llevadas, se mandó encerrar a Hernando en

el alcázar de Madrid y luego en la fortaleza de Medina del Campo, sin que se le hubiese impuesto sentencia alguna formal y únicamente para dar satisfacción a la ansiedad rencorosa de sus enemigos. En el castillo de la Mota de Medina estuvo preso por espacio de veinte años.

* * *

Al ordenar la Corona la prisión de Hernando, recelaba de la lealtad de Francisco, acusado injustamente de ser cruel con los indios, cuando, en realidad, la guerra constante que le hacía el Inca Manco, cuyos hombres asolaban los sembrados, robaban los rebaños y asesinaban a los colonos, era la causa de que algunas veces hubiese extremado su rigor. Pero el gobierno de España, obrando por sugestiones de la perfidia, había hecho encarcelar a Hernando y del mismo modo quería saber cuál era la verdadera conducta de los otros Pizarro en el Perú.

Francisco no se inquietó ni poco ni mucho cuando supo que había salido de España con rumbo al Perú un ministro del rey, encargado de informarse sobre su conducta. Estaba seguro de haber cumplido con su deber y prestado a su patria grandes servicios. ¿Iban a echarle en cara su crueldad? En la guerra, el gobernador era inflexible; es bien cierto que repetidas veces demostró tener la mano dura. Era un hombre de su tiempo, hecho a toda clase de trabajos y penalidades, y sabía lo que le costaba haberse apoderado de sus vastos dominios. Francisco Pizarro fué blando en la paz, pero en la lucha era como todos sus contemporáneos, a quienes tampoco es justo enterrar bajo un cúmulo de acusaciones, cuando en el siglo XX, en la guerra grande de Europa, hemos visto resucitar y multiplicar hasta lo infinito, por na-

ciones que están en la vanguardia de la civilización, todos los procedimientos de tortura, de muerte y de exterminio.

Quería Pizarro a toda costa poblar el país por él descubierto; fomentar sus riquezas naturales; levantar grandes ciudades; arrancar a los indios de su torpe idolatría, enseñándoles la verdadera religión; establecer las costumbres del viejo continente en aquellas tierras vírgenes, y, en fin, acrecentar la gloria de su patria y añadir nuevos florones a la corona de su rey. En su lucha por satisfacer esta ambición tan legítima — la otra, la personal y egoísta, de sobras la tenía satisfecha con el oro alcanzado — fué inexorable, duro, hasta cruel en algunas ocasiones. Así, por ejemplo, pudo desear injustamente la muerte de Atahualpa cuando sabía que de su crueldad usada con el Inca dependía el éxito de su empresa; así también, estando en guerra con Manco, hizo matar a una de las favoritas de este rebelde, por haber sido asesinado un mensajero suyo que fué a ofrecerle a Manco ricos presentes y la amistad del gobernador. Pero Pizarro no se complació jamás en extremar sus rigores, aunque necesitara repartir castigos, y para los indios dóciles fué siempre humano y generoso, logrando tener entre el elemento indígena partidarios numerosísimos y fervientes.

El representante enviado por la Corona era el licenciado Vaca de Castro, que salió de Valladolid, para embarcarse en Sevilla, en el otoño de 1540. Su travesía por el Atlántico fué muy accidentada, y arribó casi náufrago al puerto septentrional de Buena Ventura, pasado el istmo de Panamá, y después de haber resistido otras furiosas tempestades en el Mar del Sur. Supo Pizarro que en los despachos que traía Vaca de Castro se guardaba a su persona mucha consideración y respeto, otra razón más para que no recibiera inquietud de esta visita.

Su inquietud única era la que le daban las fechorías del

Inca Manco, quien se había establecido con sus huestes en las montañas intermedias entre el Cuzco y la costa. Gonzalo, el hermano del gobernador, salió en persecución del Inca y le batió repetidas veces; pero el rebelde lograba siempre reponerse de sus descalabros y volvía a sus incursiones, a sus incendios y rapiñas en las colonias de españoles. Esto cuando Pizarro se afanaba en fomentar la agricultura, ensayando las simientes traídas de Europa, y hacía construir caminos que facilitaran el tráfico hasta los puertos, recibiendo con ello el comercio un poderoso impulso. Al mismo tiempo aumentaba las edificaciones, creaba escuelas, erigía templos, organizaba servicios de utilidad general y hacía más intensa la explotación de las minas, que darían con el tiempo una inconmensurable producción de oro y plata.

Francisco Pizarro, cuyo tiempo y pensar absorbían los negocios públicos, iba de este modo acercándose al sepulcro paso a paso, satisfecho de su obra portentosa y seguro de la inmortalidad. Vivía en Lima confiado y distraído. El Inca Manco, derrotado muchas veces, todavía le daba quebraderos de cabeza; pero ya las fechorías del rebelde eran menos frecuentes, por lo cual se aventuró el gobernador a distraer su ejército en nuevas empresas. Envió a Pedro de Valdivia a la expedición memorable de Chile, y a su hermano Gonzalo le dió facultad y medios para que ampliara los dominios de España en el antiguo reino de Quito, sobre todo con dirección al Este, pues decían los indios que en aquellas comarcas desconocidas se criaba el árbol de la canela.

Esperaba Pizarro que llegase a Lima Vaca de Castro, el ministro de la Corona, para darle cuenta detallada de sus hechos y ventilar finalmente su pleito con los amigos de Almagro, de quienes sabía que continuaban alimentando sentimientos de venganza. Pero no despertaba con ello en el corazón del héroe temor alguno; jamás quiso dar crédito a los leales que, temiendo

por su vida, le advirtieron el peligro de convivir con sus enemigos. En cierta ocasión, uno de los conspiradores, sintiendo remordimientos porque se había comprometido en la conjura para asesinar al gobernador, lo reveló todo a un religioso en secreto de confesión. El fraile, alarmado, dijo al secretario del gobernador, Antonio Picado, lo que sabía, y Picado, a su vez, se lo comunicó a su jefe. Pero el gobernador no dió importancia a la delación y acusó al fraile de intrigante, diciendo:

— ¡Bah! Ese clérigo quiere ser obispo.

A Pizarro le faltaban pocos años para cumplir los setenta. No pensaba que le quedasen muchos de vida, advertidos sus achaques, entre los cuales le molestaba particularmente la pérdida de la vista; pues, en sus últimos tiempos, ya no reconocía, a cierta distancia, a las personas más adictas. ¿Iban a ser tan bárbaros sus enemigos que se atrevieran con un viejo casi ciego, de quien no podían tener ofensa ni daño?

Era éste un mal cálculo, pues la traición es traición precisamente porque no conoce escrúpulos.

* * *

Al principio, los "hombres de Chile" habían tenido paciencia, confiando en la llegada del ministro del rey, que sentenciaría en su pleito como juez supremo. Y de antemano tenían acordado que si la sentencia de Vaca de Castro les era adversa, prescindirían de su autoridad, ya que de ningún modo se conformaban con dejar al gobernador sin castigo. Según ellos, clamaban venganza los manes de Diego de Almagro y los derechos desconocidos del hijo del mariscal; aunque, en realidad, era el odio acumulado en sus corazones y una ambición desmedida lo que

inducía a los descontentos a desear la muerte del gobernador y de las personas a éste más allegadas: el secretario Picado y el juez Velázquez.

El ministro del rey no llegó. Sabemos nosotros que tuvo que desembarcar casi náufrago en el puerto de Buena Ventura, pero en Lima corrió el rumor de que había perecido.

Esta noticia dió origen a que los conspiradores, reunidos en la casa donde vivía el joven Almagro, acordaran llevar a la práctica cuanto antes su criminal proyecto. Un día, al amanecer, se descubrió una horca de la que pendían tres sogas, apuntando una al palacio del gobernador, otra a la casa del juez Velázquez y la tercera a la del secretario Picado. Al mismo tiempo se supo que los de Chile habían hecho gran acopio de armas, como si se prepararan a reñir una batalla.

Francisco Pizarro sonrió, cuando le comunicaron el hecho, y dijo simplemente que se llamara a Juan de Rada, el más significado de sus enemigos.

— El mismo me dirá la verdad — advirtió el gobernador.

Pizarro recibió a Juan de Rada en la huerta de su casa, familiarmente, como se recibe a un amigo íntimo. Estaba contemplando unos naranjos cuajados de fruto, cuando se le presentó el traidor, vacilante y tembloroso.

— A ver, acercaos, que no veo bien — dijo Pizarro.

Rada se le acercó sin levantar la vista del suelo. Pizarro sonreía en medio de su huerta llena de luz, donde había logrado aclimatar las plantas traídas de España.

— ¿Dicen que andáis comprando armas para matarme? — preguntó dulcemente.

Juan de Rada no se atrevió a negarlo, pero dijo que este negro pensamiento lo habían tenido él y sus camaradas de la campaña de Chile porque sabían que era la intención del gobernador

acabar con todos ellos y aun con el enviado del rey, Vaca de Castro.

— ¿Quién os ha hecho entender tan gran maldad y traición como es esa? — replicó Pizarro, indignado. — Nunca pensé tal cosa, y deseo tanto o más que vos que llegue ese juez del rey, a ver si pone paz entre quienes no debimos nunca estar en guerra. Permita Dios, Juan de Rada, que llegue pronto el ministro de la Corona, para que estas cosas tengan fin y os ayude el cielo a conocer la verdad.

A estas sinceras palabras añadió una delicada demostración de amistad, ofreciendo a Juan de Rada las más hermosas naranjas de su huerta.

El traidor aceptó el obsequio y se retiró; pero aquella misma noche, en la casa del joven Almagro, los conjurados decidieron precipitar la ejecución de su torpe venganza.

Tenía el gobernador sobrados partidarios que estaban alerta y que descubrieron el plan siniestro de los hombres de Chile. Sin embargo, Pizarro se reía de cuantos avisos y consejos le daban, y aun la noche antes de consumarse el crimen que pondría fin a su heroica vida, puso mal gesto a uno de sus pajes porque éste, temblando, fué a decirle que pensaban asesinarle al siguiente día.

— Esas cosas no son para ti, rapaz — dijo el gobernador, malhumorado.

No era jactancia este descuido; era que su alma noble rechazaba la posibilidad de tamaña traición. No podía creer que hubiese hombres tenidos por caballeros y compatriotas suyos capaces de verter sangre inocente, sólo por dar satisfacción a sus malas pasiones. Le perdió esta confianza, esta ciega fe en la nobleza de los demás, porque de lealtad y de nobleza rebosaba su corazón.

Al día siguiente los amigos de Almagro, convertidos en una banda de asesinos, se situaron cerca de la iglesia, esperando que el gobernador acudiría a oir misa, como era su costumbre. Pero precisamente aquella mañana los achaques de Pizarro le retuvieron en su casa, y los conjurados esperaron en vano hasta el mediodía. Dado el primer paso, les era difícil retroceder, pues temieron haber sido descubiertos. Uno propuso que fueran a matar al gobernador en su misma casa. La idea gustó a todos, y como una exhalación atravesaron la plaza, dirigiéndose al palacio.

Fué cosa de un momento. Las gentes pacíficas que les vieron correr con las espadas desnudas, dijeron asustadas: "¡Esos van a matar al marqués!" Otros añadían: "¡No es el marqués, sino a Picado!" Y sonaron a continuación algunos gritos pidiendo socorro.

Los asaltantes del palacio eran unos veinte; por su número y por la sorpresa del ataque se hacía punto menos que imposible la resistencia. La gente que había en la plaza huyó despavorida. Uno de los conjurados, de nombre Gómez Pérez, antes de llegar a la puerta del palacio, dió un rodeo por no meterse en una charca que le salía al paso; visto lo cual por Juan de Rada, capitán de la facción, éste le gritó:

— ¿Cómo es eso? ¡Vamos a bañarnos en sangre humana y cuidáis de no mojaros los pies!

En aquellos instantes el paje daba aviso a Pizarro de la proximidad de los traidores.

— ¡Aquí están! ¡Vienen a mataros, señor! — gritó el mancebo, presentándose descompuesto en el comedor, donde estaban almorzando Pizarro y sus íntimos.

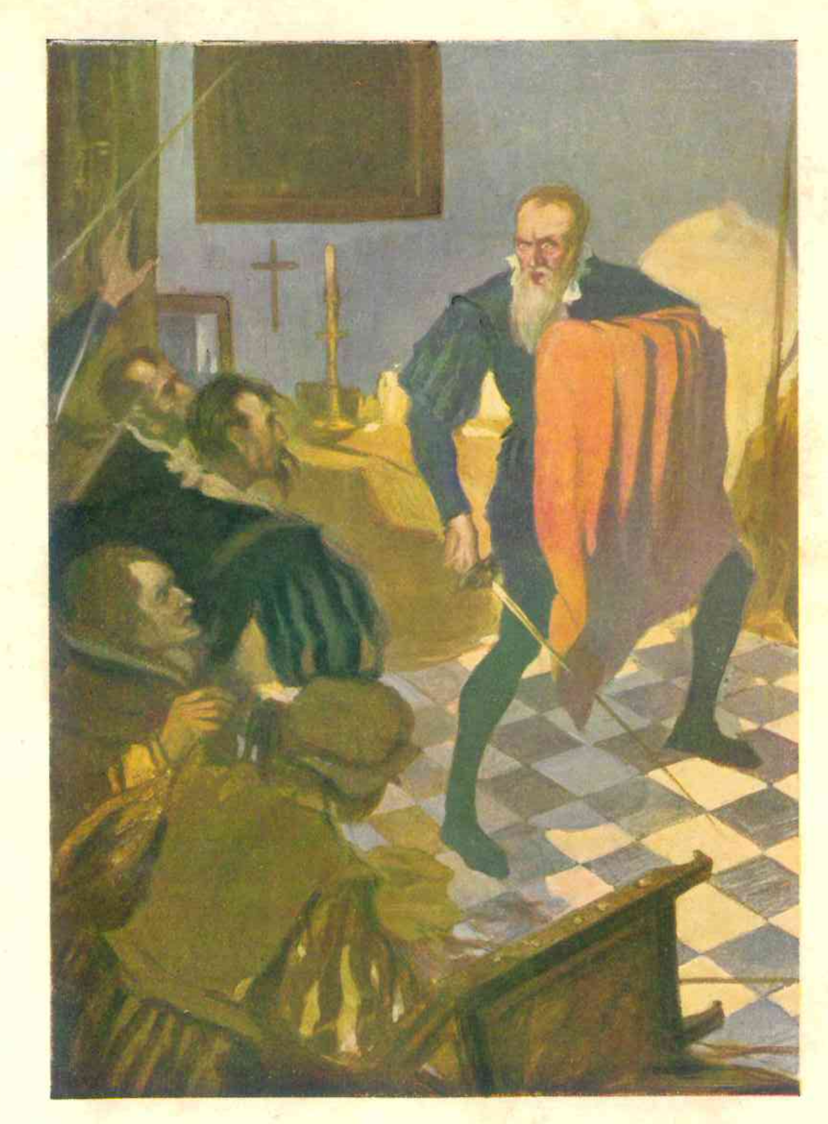
Se levantaron todos de la mesa. Era un grupo escaso de caballeros principales, entre los cuales se contaban, además del marqués, su hermano por parte de madre, Martínez de Alcántara,

el obispo electo de Quito y el juez Velázquez. Ninguno de ellos estaba armado.

Por esta circunstancia, la mayor parte, que al oir los gritos que se daban en el patio se habían precipitado por la escalera, a ver qué ocurría, no volvieron a subir, sino antes bien pensaron sólo en poner a salvo sus personas. Con ello únicamente se quedaron al lado del marqués, su hermano, un caballero llamado Gómez de Luna, el capitán Francisco de Chaves, dos criados y dos pajes.

Pizarro no perdió ni por un momento la serenidad. Dijo a Chaves que cerrara la puerta de la escalera, por donde ya subían los traidores, dando gritos de muerte. Entretanto el gobernador y su hermano, Martínez de Alcántara, pasáronse a una sala vecina para ponerse las armaduras. Pero Chaves cometió la imprudencia, que pagó con la vida y en el acto, de intentar detener con buenas razones a los asaltantes. Apenas se hubo puesto al habla con ellos, olvidando cerrar la puerta, los hombres de Juan de Rada cortáronle el discurso y el aliento con una estocada que le atravesó de parte a parte. Su cuerpo exánime fué arrojado escalera abajo. Los gritos de "¡Muera el gobernador! ¡Muera el tirano!" sonaron a dos pasos de la puerta. Dos criados que habían acudido en socorro del capitán Chaves murieron también acuchillados.

Entonces salieron, para cubrir la puerta con sus cuerpos, mientras Pizarro acababa de abrocharse la armadura, Martínez de Alcántara, Gómez de Luna y los dos pajes, quienes resistieron al choque y se defendieron como leones. La lucha fué desigual y terrible: Martínez de Alcántara, haciendo honor a su sangre, resistió como un héroe, logrando matar a dos de sus enemigos. Pero también él recibió tremendas heridas, como su compañero Gómez de Luna, y comenzaron a flaquear sus fuerzas. Al verle caer, debilitado por la pérdida de sangre, Pizarro arrojó lejos de



— ¡Atrás, traidores! — gritó a los asesinos. — ¿Por qué queréis matarme?

F. P. 229

sí la armadura, que no lograba abrocharse con la precipitación. Lióse una capa en el brazo izquierdo para parar los golpes, y a cuerpo limpio, empuñando la espada con el vigor de sus mejores tiempos, lanzóse al combate.

—¡Atrás, traidores! —gritó a los asesinos. —¿Por qué queréis matarme?

La lucha se sostenía en una estancia angosta, y en el suelo había ya grandes charcos de sangre. Los combatientes resbalaban al pisar la sangre o tropezaban con los muertos, pero no por esto cedía su furor homicida. Pizarro atravesó con su espada al primer enemigo que se le puso delante. Después acometió a otro, haciendo un sobrehumano esfuerzo, y también lo mató, mientras repetía con voz ronca por la ira:

—¡Traidores! ¡Traidores!

Le cercaban, sin embargo, muchas espadas. Los asesinos, viendo que el viejo marqués había matado dos de los suyos, vacilaron un momento, retrocediendo algunos pasos. Pero Pizarro estaba solo. Su hermano había muerto ya y Gómez de Luna se revolcaba por el suelo, gravemente herido.

—¡Ea! ¡Acabemos! —gritó Juan de Rada, impaciente por ver derribado al gobernador.

Y otra vez se echaron sobre el heroico viejo, a quien no quedaban otros defensores que sus dos pobres pajes. Estos cayeron en seguida. Juan de Rada, traidor hasta el último momento, no vaciló en sacrificar a otro de sus compañeros, a cambio de tener seguro el golpe decisivo. Dió un empujón a su amigo Narváez, echándole sobre Pizarro, que le enterró su espada en el corazón. Pero, en aquel instante, otra espada traicionera hería a Pizarro en la garganta. El héroe se desplomó en el acto.

—¡Jesús! —dijo al caer.

Fué su última palabra. Al verle caído, sus asesinos se apresu-

raron a rematarle. Pero aún tuvo tiempo aquel hombre admirable de mojar los dedos en su propia sangre para pintar una cruz roja en el suelo. Cuando besaba la cruz, dando una postrera prueba de su fervor cristiano, un golpe certero puso término rápido a su vida.

El cadáver de Francisco Pizarro halló cristiana sepultura, por misericordia de algunos amigos fieles, en un rincón obscuro de la catedral de Lima. Años más tarde, después de cruentas guerras civiles, cuando ya los asesinos del héroe habían acabado de mala muerte — entre ellos el joven Almagro, que murió en el patíbulo, como su padre —, los restos del conquistador fueron guardados en un suntuoso féretro, quedando en la misma iglesia bajo un monumento, hasta que, en 1607, se trasladaron a la nueva catedral con la solemnidad y pompa debidas a tan gloriosas cenizas.

Pizarro dejó una hija y un hijo, habidos de una nieta del Inca Huayna Capac, con la cual no llegó a casarse. El hijo de Pizarro murió muy joven; la hija se casó en España con su tío Hernando, preso a la sazón en Medina del Campo. No hubo herederos legítimos al marquesado hasta la tercera generación, siendo el rey Felipe IV quien restableció el título a favor de don Juan Hernando Pizarro, marqués de la Conquista.

En cuanto a fortuna, a pesar de que *halló i tuvo mas oro i plata que otro ningun español de quantos han pasado á Indias ni que ninguno de quantos capitanes han sido por el mundo*, no se tiene noticia de que la dejase: disipó sus tesoros en empresas de exploración y conquista, en levantar ciudades y en embellecerlas. Para sí no atesoraba valor alguno, no siendo el de su gloria, y era tan poca su ambición egoísta, que ni siquiera se aprovechó de su mayorazgo, con los veinte mil vasallos que le otorgara la Corona.

Fué un gran español, acaso el más admirable de cuantos emprendieron y realizaron la conquista del Nuevo Mundo.

INDICE

		Págs.
I.	— Porquerizo, soldado, aventurero	5
II.	— Rumbo al país del oro	27
III.	— Exploraciones heroicas	41
IV.	— De la isla del Gallo a Túmbez	57
V.	— Pizarro en España	67
VI.	— Nuevas aventuras y los mismos sueños	83
VII.	— El imperio de los Incas	95
VIII.	— Comienza la conquista	109
IX.	— El Inca, prisionero de Pizarro	122
X.	— Una montaña de oro para rescate de un rey	136
XI.	— La entrada en el Cuzco	154
XII.	— Política sabia, administración eficaz...	167
XIII.	— El alzamiento de los indios	184
XIV.	— La traición de Almagro	200
XV.	— Muerte de Francisco Pizarro	216

1103


1103
S. A. INDUSTRIAS GRÁFICAS
1103
SEIX & BARRAL HERMS.

